

LE

819

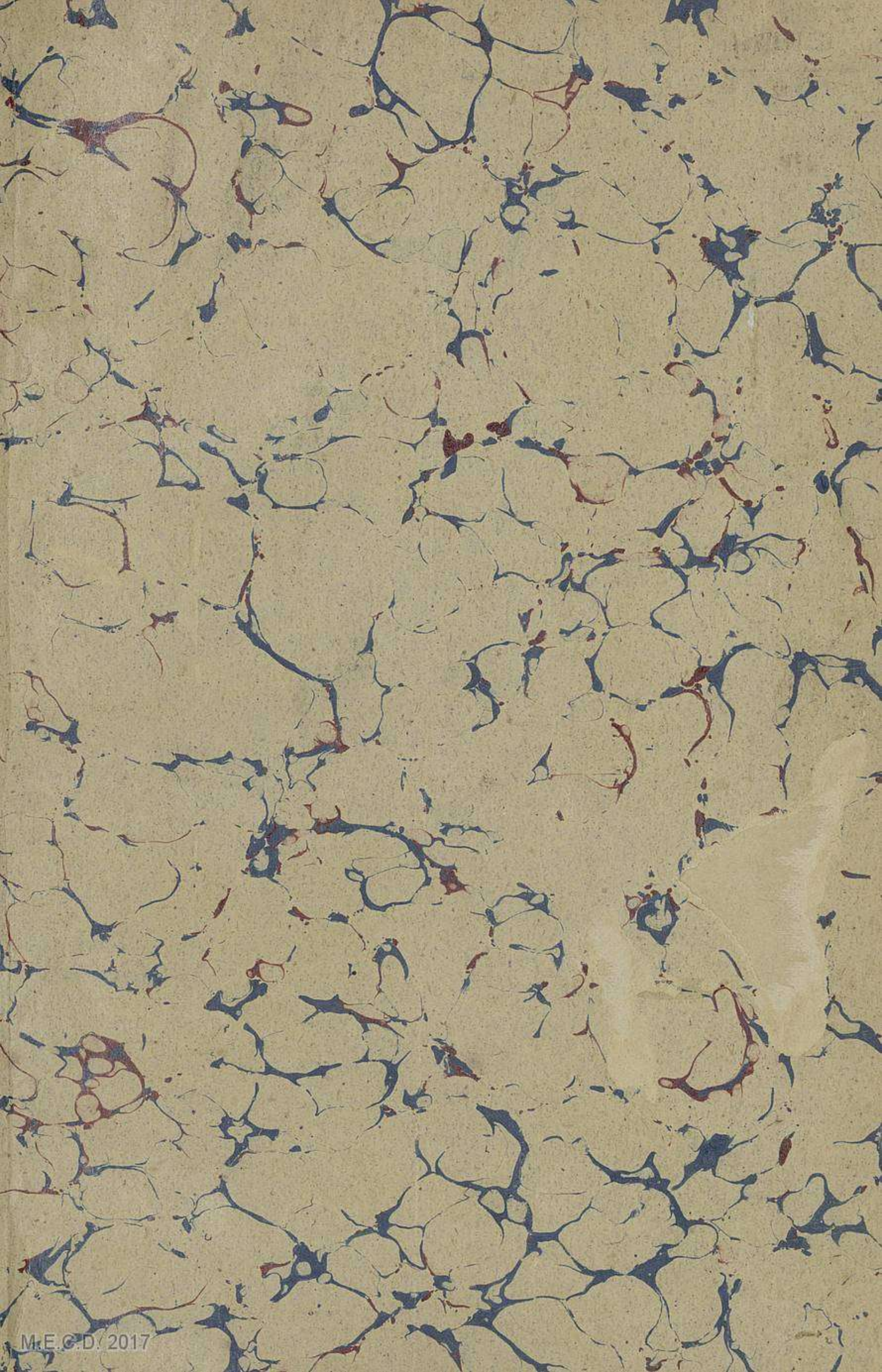
NO

TR-

MNO

Dia





V 91,04(83)
gia

DIARIO
DE
UN JOVEN NORTE-AMERICANO
DETENIDO EN CHILE
DURANTE
EL PERÍODO REVOLUCIONARIO DE 1817 A 1819

TRADUCIDO DEL INGLÉS

POR

J. T. M.



SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA ELZEVIANA
1898

DIARIO DE UN NORTE-AMERICANO

DIARIO
DE
UN JOVEN NORTE-AMERICANO
DETENIDO EN CHILE
DURANTE
EL PERÍODO REVOLUCIONARIO DE 1817 A 1819

TRADUCIDO DEL INGLÉS

POR

J. T. M.



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA ELZEVIPIANA
1898



I. C. H.

R. 80333



PRÓLOGO

Tengo para mí, que el que se propusiese recopilar en un libro lo que los viajeros extranjeros han dicho á cerca de este país, haria una obra útil al par que interesante para nosotros.

Por muy abundante que sea, en realidad, nuestra documentación histórica, hay ciertos puntos de vista que afectan en general los detalles íntimos de nuestra sociabilidad en muchas de sus fases, de que no es posible encontrar comprobantes en nuestros archivos. Como se deja fácilmente comprender, sólo el que llega de fuera, puede, de ordinario, darse cuenta cabal de una multitud de particularidades que tienen forzosamente que pasar ignoradas para los que han vivido sufriendo sus influencias. De aquí la conveniencia de oír en esos casos el juicio de personas extrañas que sin preocupaciones y con la preparación necesaria se propongan estudiar un país cualquiera, y, cuando más no sea, contar sus impresiones de viajeros.

Apenas necesito recordar que no sería posible pretender encontrar por lo relativo á Chile narraciones de extranjeros que hubiesen visitado el país en los primeros tiempos de nuestra vida colonial. Por su situación peculiar en el continente americano, que constituía á Chile, para valerme de la expresión clásica, en la *última tellus* de los dominios españoles; por las leyes de la antigua monarquía de Felipe II que vedaban en absoluto el acceso á sus apartadas colonias de América á quien no hubiese nacido en el reino; por los inmensos tropiezos que habia que vencer en viajes que duraban años muchas veces, no es difícil persuadirse de que en aquellos remotos tiempos los extranjeros no alcanzaban hasta Chile, al menos los que incorporados de algún modo en nuestra sociedad colonial hubiesen podido referir las impresiones de su estadia en este país. Y, sin embargo, apesar de la distancia y á pesar de las leyes prohibitivas, es sabido de todos que en la cortisima hueste con que Pedro Valdivia llegó á establecerse á orillas del Mapocho se contaban algunos extranjeros, de los cuales los más conspicuos fueron, sin duda, el italiano Juan Bautista Pastene, á quien creó almirante de la

escuadrilla destinada á recorrer las extensas costas del territorio que se proponía colonizar, y Bartolomé Blumen, de origen alemán, que hubo que españolizar su nombre cambiándolo por el de Flores, y que ya antes que ninguno comenzó á implantar entre los indígenas, á cuya raza hubo de ligarse por los lazos del amor, los primeros ensayos de la mecánica, enseñando á construir carretas, á fabricar molinos y á arar el suelo por un sistema aún desconocido aquí en aquel entonces.

Pero esos extranjeros se radicaron definitivamente en la naciente colonia, constituyeron sus familias en el país y en él permanecieron hasta su muerte, sin que nos dejaran relación alguna de lo que vieron y observaron entre los primeros colonos.

Bajo este aspecto, Chile fué menos afortunado que otros países de la América del Sur que recibieron en su seno, entre los mismos conquistadores, á hombres que de regreso á sus patrias dieron á luz sus impresiones. Así, por ejemplo, Jerónimo Benzoni, oriundo de Milán, gasta los primeros años de su juventud en Venezuela; acompaña allí á Jerónimo de Ortal en sus correrías, en las cuales es probable que tratase de cerca á los más conspicuos funda-

dores de Santiago, á Jerónimo de Alderete, á Fernández de Alderete y al mismo Pedro de Valdivia; y cuando más tarde regresa á Italia da á luz sus *Relaciones del Nuevo Mundo*, que las prensas italianas primero y luego las de otros países europeos se encargaron de popularizar.

En el Perú encontramos poco más tarde á Nicolás Albenino, italiano como Benzoni, que nos ha dejado un libro de verdadero alcance histórico de todo el periodo del gobierno del primer virrey, Blasco Núñez Vela.

Al Río de la Plata vino Ulderico Schmidel, que en 1567 publicó en Alemania, su patria, uno de los relatos más interesantes que se refieran á la América del Sur en el siglo XVI.

Seria inoficioso que recordáramos los libros de esta índole de otros viajeros europeos, porque, como digo, ninguno de ellos atañe, desgraciadamente, á Chile.

El hecho es que durante el siglo XVI sólo una media docena de ingleses penetraron en este país, y ¡en qué circunstancias y con qué tremenda suerte! como vamos á verlo.

En realidad, los europeos no se conformaron con las prohibiciones de los sobe-

ranos españoles que les vedaban el acceso á los puertos americanos, y ya que no les era permitido comerciar, se propusieron robar, —esta es la palabra— las riquezas tenidas entonces por fabulosas, de los colonos españoles del Nuevo Mundo.

Francisco Drake, el primero de todos, cuyo nombre españolizaron llamándole el Draque y cuyas correrías dieron tema al insigne Lope de Vega para escribir su poema de la *Dragon tea*, y con cuyo nombre aun á principios de este siglo, las nodrizas santiaguinas atemorizaban á los chiquillos, según lo afirma un verídico viajero, á fines de 1577 salía de Plimouth con cinco naves, la mayor de las cuales, según se cuenta, no excedía de cien toneladas, y después de tocar en la isla de la Mocha y de recorrer las costas de Chile desde Noviembre á Enero del año siguiente, daba una vuelta completa á la redondez de la tierra, y llegaba, por fin, á su patria cargado de riquezas y de gloria.

Siguiendo las huellas de este famosísimo pirata y navegante, en Abril de 1587, tres embarcaciones también inglesas, comandadas por Tomás Cavendish, á quien nuestros antepasados, siempre rebeldes á la pronunciación inglesa, llamaron Tomás

Candali, venían á dar fondo en la rada de Quintero.

La llegada de las naves de Cavendish á las aguas de Chile fué bien pronto sabida en Santiago. Formáronse sin pérdida de tiempo dos compañías de milicias que se trasladaron á Valparaíso para combatir al enemigo por si intentara desembarcar; y como se trataba de una guerra contra los herejes, el provisor del obispado, licenciado don Francisco Pastene reunió á todos los clérigos que habian en la ciudad y que alcanzaban al número de 30 ó 40, y con ellos armó una tercera compañía, á cuya cabeza se puso para marchar también á Valparaíso.

De aquel puerto, la cohorte santiaguina al dia siguiente de llegar, siguió á Quintero, donde supo que en una quebrada de la vecindad andaba una partida de quince ingleses, á quienes lograron pronto cercar, matando á algunos y aprisionando á otros, los cuales fueron luego conducidos á Santiago, «donde ahorcaron á seis, no con poca dicha suya, refiere un piadoso cronista de la época, porque dejándose persuadir de la verdad de nuestra fe, se reconciliaron con la Iglesia Católica Romana, dejando prendas de su predestinación.»

Así concluyeron su vida aquellos animosos extranjeros, que, á haber escapado con mejor suerte, acaso alguno de ellos nos hubiese dejado un cuadro interesante de lo que en esos remotos tiempos eran nuestra capital y los habitantes que la poblaban.

Piratas como éstos fueron en su casi totalidad los extranjeros que de paso y desembarcando en nuestros puertos á guisa de enemigos nos visitaron durante todo el siglo XVIII. Sólo la expedición holandesa de Brower, que se proponía colonizar á Valdivia, fué la única que á mediados de aquel siglo, asentó pié en nuestras tierras, pero como era enemiga, apenas si tuvo alguna comunicación con los indios de aquellas vecindades, y su relato, por consiguiente, no nos interesa bajo el punto de vista que en este momento nos ocupa.

Mas, con el advenimiento de Felipe V al trono de España, las teorías españolas tocantes á los extranjeros comenzaron á cambiar, de tal modo que ya en los primeros años del siglo XVIII, llegaban á nuestro país dos expediciones, cuyo principal objetivo era realizar estudios de carácter científico entre nosotros. La primera de esas expediciones fué la que llevó á cabo Luis Feuillée, religioso francés que con título de

matemático del Rey y provisto de un plan de observaciones, salió de Marsella á fines de 1707, embarcado en uno de los buques de su nación que por aquella época frecuentaban los puertos de Chile con propósitos mercantiles. Habiendo doblado el cabo de Hornos en Diciembre de 1708, en Enero del año siguiente, arribaba á Concepción, donde fué acogido con acatamiento por su carácter sacerdotal, y después de haber practicado algunas observaciones astronómicas, siguió viaje al Perú.

A principios de 1712 otro viajero francés llamado Amadeo Francisco Frézier, llegaba con una comisión idéntica. Visitó á Concepción, Valparaíso, Santiago y la Serena, y dos años después de haber regresado á su país, publicaba allí la relación de su viaje, que durante mucho tiempo fué considerada como la mejor fuente de información relativa á Chile.

La apertura momentánea de nuestros puertos á las naves francesas dió ocasión para que pocos años más tarde se radicasen entre nosotros algunos comerciantes de aquella nación, uno de los cuales Reinaldo Le Breton dejó su nombre á una calle de la capital, y otro, Francisco Subercaseaux, minero de las provincias del norte, dió ori-

gen á una de las más distinguidas familias de Santiago.

Seria exceder los límites de este artículo si me propusiese historiar, aunque fuese en breves rasgos, el desarrollo del elemento extranjero en este país. He de concretarme, por lo tanto, á enunciar simplemente la estadía de Byron como prisionero de guerra en Santiago, á mediados del siglo pasado, y el relato de cuyos sufrimientos después de su naufragio en las costas del Sur, y los recuerdos que dejó en nuestra sociedad, tanto interesaban á nuestros antepasados casi un siglo después. Suttcliffe cuenta, en efecto, en su Historia de la Isla de Juan Fernández que la Marquesa de Aguirre, á quien habia conocido cuando tenia cerca de noventa años, bien que conservaba enteras sus facultades, le referia con frecuencia anécdotas del abuelo del gran poeta inglés, y que Don Manuel de Salas le aseguró que se habia propuesto aprender el inglés para leer las aventuras del joven prisionero. Suttcliffe añade que ese libro era tan conocido en Chile que á él se lo habia prestado don Diego Donoso, caballero de Curicó, en el seno de cuya familia habia vivido Byron la mayor parte del tiempo que pasó en Chile.

Apenas debo mencionar también el viaje del ilustre Lapeyrouse, á quien atendió debidamente en Concepción el no menos ilustre D. Ambrosio O'Higgins, más tarde virrey del Perú; el del norte-americano Délano, que nos visitó en el último año del siglo pasado; el del inglés Robertson, que vivió de fraile en el convento de San Francisco de Santiago, y que por la época en que aquí estuvo, en los comienzos de nuestra revolución de la independencia, pudo dejarnos una pintura de nuestros padres de la patria, que habría resultado interesantísima.

Y aquí llego, por fin, después de este preámbulo que he creído indispensable, á dar cuenta del libro que me propongo traducir á nuestro idioma.

En efecto, si la lectura del relato de Robertson produce las mas amarga é inesperada decepción, poco después que él, pero cuando ya se había librado Chacabuco y comenzaba á abrirse definitivamente el horizonte de nuestra vida independiente, arribaban á este pais dos viajeros, inglés el uno, que había de formar en las filas de los patriotas, Samuel Haigh, y norte-americano el otro, jóven que iniciaba su carrera de comerciante embarcándose á bordo de

un buque de su nación consignado á nuestros puertos, y á quien un conjunto singular de circunstancias iba á permitirle ser testigo de muchas de las operaciones del ejército realista.

Como el libro de Haigh, es mucho más conocido, voy á concretarme por ahora á decir dos palabras acerca del que escribió el jóven norte-americano de mi referencia.

Fué publicado en Boston en 1823¹ y es una especie de diario que contiene las impresiones del autor desde su llegada á Talcahuano, á fines de Agosto de 1817, hasta Marzo de 1819, con más unas cuantas páginas destinadas á imponer al lector de los acontecimientos políticos que se habían desarrollado en Chile hasta la fecha en que comienza el diario. Escrito por un joven de alguna ilustración pero sin la suficiente cultura literaria, su estilo se resiente de poco correcto, si bien hay que disculparle en parte, pues sus notas las destinaba á ser leídas por los amigos que dejara en Estados Unidos y no para la prensa. Esta circunstancia que perjudica al mérito literario

1. Su título es: *Journal of residence in Chili. By a Young American, detained in that country, during the revolutionary scenes of 1817-1819*, Boston: Wells and Lilly—Court Street, 1823, 8.º

de la obra, ofrece, sin embargo, para nosotros la ventaja de que así podemos sorprender observaciones del autor expresadas como las sentía, sin ambajes ni reticencias.

Sería inútil que pretendiera poner de relieve los errores en que el autor ha podido incurrir al relatar algunos sucesos históricos de nuestro país en aquella época: son éstos demasiado conocidos de los chilenos para que me vea en el caso de rectificarlos por medio de notas. El interés del libro no estriba tampoco en eso, ya que debe deducirse por entero de las observaciones consignadas por el autor respecto de los hombres y de las cosas, tan nuevas para él, dentro de cuya esfera se desarrollaban aquellos sucesos, ó lo que es lo mismo, en este cuadro lo que nos interesa no es lo acabado de los detalles sino el conjunto mismo.

Hasta qué punto son exactas, sin embargo, esas observaciones? El lector podrá convencerse pronto de que nuestros abuelos, en general, son tratados á veces con dureza, y sin duda con mucho más el elemento femenino de la provincia de Concepción, única del país á que se extienden las notas del joven yankee. Está demás de-

cir que el autor no tenía interés alguno en alterar la verdad y que si se ha equivocado ha sido por su inexperiencia de las cosas, por su calidad de extranjero, que no le permitía quizás á veces interpretarlas correctamente; en parte por su desconocimiento del idioma castellano, y en parte también como hombre de otra raza, educado y colocado en un centro absolutamente distinto de aquel en que como por encanto se vió transportado de la noche á la mañana. Sin embargo, por más triste que nos parezca la pintura hecha de las costumbres y estado social de una parte de nuestro país, debemos sentirnos satisfechos al contemplar hoy los inmensos adelantos realizados en la vía del progreso, y para admirar también más los esfuerzos de nuestros próceres, al llevar á término con tan pobres elementos, el triunfo de la independencia de la nación.

Sea como quiera, el hecho innegable es que su libro lo consideramos como un testimonio de valor y acaso el único que hasta ahora se conozca sobre la vida íntima de los habitantes de una gran parte de Chile, en aquel entónces; sobre como pensaban nuestros abuelos en las cuestiones trascendentales de la epopeya realizada por los hombres que nos dieron libertad; sobre

los sufrimientos experimentados por las familias en aquella época de trastornos políticos; sobre el estado de las artes y de la agricultura; sobre la instrucción del pueblo, las creencias religiosas y hábitos políticos, y aún á veces relatando detalles é incidencias de sucesos históricos de gran valia, que no es posible encontrar en los documentos. Baste con decir que fué testigo de la captura de la *María Isabel*; que habló con los vencedores de Cancharrayada y los fugitivos de Maipú; que presenció todos los incidentes de la defensa intentada por Sánchez después de la partida de Osorio: asuntos todos de gran importancia histórica para nosotros y sobre los cuales consigna algunos detalles y revela incidentes que sería inútil tratar de descubrir en otras fuentes.

El libro se publicó sin nombre de autor, pero el bibliógrafo norte-americano Sabin, en la página 209 del tomo IV de su *Dictionary of books relating to America* dió á conocer que se llamaba J. F. Coffin, dato que hemos podido verificar en un expediente que existe en la Biblioteca Nacional de Santiago, donde constan, en efecto, las gestiones hechas en Lima por Francisco Coffin, años más tarde de su llegada á Chi-

le, para que se le pagase el cargamento del *Canton*, que así se llamaba el buque en que llegó. Esto se comprueba aún con la firma que aparece de la dedicatoria en el ejemplar que he tenido á la vista, dirigida á don Enrique Hill, bostonense como él, que por aquellos años vivía también entre nosotros y que ha muerto no hace mucho ya muy anciano en su ciudad natal. Embarcado á bordo del bergantin *Canton* despachado á Chile con un cargamento de fusiles y paños militares, acaso destinado á venderse á los patriotas de Chile, y confiscado el buque por las autoridades realistas á su llegada á Talcahuano en Agosto de 1817, Coffin fué detenido en calidad de preso y hubo de permanecer en la provincia de Concepción hasta que esta ciudad fué ocupada por Freire, en Febrero de 1819. El libro, como he dicho, se publicó en 1823, fecha en que su autor aún permanecía en Chile. Es sensible que por circunstancias que desconocemos no realizase al fin el proyecto que por ese entonces parece abrigaba de escribir y dar á luz un trabajo mucho más extenso sobre los países de la América del Sur que habia visitado.

Su *Diario*, impreso sin duda en corto

número de ejemplares, como que estaba destinado á solos sus amigos, es hoy por extremo raro y poco menos que del todo desconocido en Chile. En su traducción me he ajustado literalmente al original, creyendo que así, lo que pierde en galas del estilo, lo ganará como fiel reflejo del pensamiento del que lo escribió.

J. T. M.



ADVERTENCIA

Los editores de este pequeño volumen creen se hallan en el caso de manifestar que el autor no le destinaba á la publicidad.

Como se encuentra demasiado lejos para ser consultado, sus amigos, para cuyo solaz únicamente fué compuesto, han asumido sobre sí la responsabilidad de sacarlo á luz.

El gran interés político que está vinculado al espacio de tiempo que abraza este *Diario*, la variedad de asuntos y de observaciones que contiene y el constante incremento de las relaciones entre el país que describe y el nuestro, lo harán, según es de esperar, agradable á lectores de diversa índole.

A todos se ofrece respetuosamente como obra de un joven norte-americano. Si mereciese favorable acogida de sus compatriotas, es probable que el autor se animase á coger la pluma con más elevados propósitos y aprovechase su ya larga estadía en Sud-América para transmitir á Estados Unidos noticias que, seguramente, habrían de interesar, por referirse á nuestros hermanos independientes del Sur.



Para que se pueda entender mejor la parte de mis apuntes que se refiere á los negocios públicos de Chile, será conveniente hacer un compendioso resumen de los sucesos políticos que en el país se desarrollaron en los años que precedieron á mi llegada.

Las conmociones que agitaban á España por causa de la invasión de los franceses y de la cautividad de Fernando VII y de su padre, se anunciaron inmediatamente, con mas ó menos detalles, á todas las colonias españolas de la América del Sur. La primera revolución se llevó á cabo en Chile con rapidez y facilidad, casi sin oposición ni derramamiento de sangre.

El 15 de Abril de 1810 se celebró en la plaza mayor de Santiago una reunión de los principales ciudadanos con el propósito de deliberar acerca del estado de los negocios públicos. Se decidió allí por gran mayoría, que el pueblo debía asumir el gobierno del reino hasta que en España las

cosas volviesen á su estado normal. El Presidente Carrasco y algunos otros funcionarios realistas trataron de oponerse á este nuevo régimen, pero fueron en el acto encarcelados y desterrados del otro lado de los Andes. Resultado de esta reunión fué la elección de una Junta que debia gobernar en nombre de Fernando VII. Destituyóse á los antiguos empleados y se nombraron otros en los diferentes ramos de la administración. Pocos dias después de esto, el comandante de las fuerzas reales, á la cabeza de unos pocos soldados que le habian permanecido fieles, se apoderó de la plaza é intentó una contra-revolución en favor del Rey. Fueron, sin embargo, dispersados en el acto por la milicia y el pueblo. Unos cuantos soldados resultaron muertos y á su jefe, que se habia refugiado en el convento de Santo Domingo, se le extrajo de allí y se le fusiló en seguida en la misma plaza.

A causa de haberse puesto al habla los de Santiago con algunos de los principales ciudadanos de Concepción, casi en los mismos dias tuvo lugar allí un movimiento revolucionario, con resultados semejantes, bajo la dirección de don Juan Rozas, hombre hábil y rico, quien fué en el acto envia-

do como diputado á la Junta de la capital. Estos procedimientos merecieron la aprobación de la Junta Central de la Península; entablándose negociaciones para que todas las provincias estuviesen allí igualmente representadas, idea que, sin embargo, sucesos posteriores hicieron fracasar.

Por cerca de cuatro meses las cosas permanecieron tranquilas sin que ocurriese ningún acontecimiento público de importancia. Entre los más conspicuos revolucionarios se contaban los Carreras,—una de las más respetables familias del país,—cuyos miembros caracterizados eran tres hermanos, José Miguel, Juan José y Luis: jóvenes, valientes, ricos, generosos, cumplidos y apuestos, un tanto caballerescos en su modo de ser y perfectamente unidos en sus miras. El mayor acababa de regresar de España, donde habia permanecido algunos años en servicio del rey. Eran casi de idéntica estatura, parecían de la misma edad, y sobresalian entre la juventud chilena, tanto por sus dotes, como por su talento, sus fuerzas físicas y varoniles prendas. Estos tres hermanos, que conocían el escaso poder de las nuevas autoridades constituidas de modo tan repentino y violento, resolvieron arrebatarse el mando de

las débiles manos de la Junta, dándole fuerza y energía al concentrar su poder en las suyas. Su generosidad, que á menudo rayaba en prodigalidad, les captó completamente el cariño de los soldados y sus numerosas relaciones, y la popularidad de que disfrutaban en la ciudad, lograron que su plan se realizase fácilmente. Sin convocar al pueblo y sin aparato alguno militar, en el día convenido con sus amigos, se apoderaron del Palacio, del Arsenal, de la Casa de Moneda y de otros edificios públicos, en los cuales colocaron guardias de su amaño, y sin oposición ni disturbios, se sentaron tranquilamente en la silla del gobierno. José Miguel asumió el título de presidente y comandante en jefe de las fuerzas, y sus dos hermanos fueron colocados en varios de los cargos civiles y militares de mayor importancia. Se dejó subsistir la Junta, que quedó en su totalidad compuesta de parientes y amigos ligados á los intereses de los tres hermanos. En esta época comenzó á diseñarse por primera vez en público la idea de la separación é independencia de la metrópoli, y se inició el desarrollo de los recursos del país. En el presente año 1820, y después de diez de luchas intestinas y reiterados préstamos forzosos y con-

tribuciones, Chile ha podido, sin ayuda de empréstitos extranjeros equipar una flota de veinte naves de guerra y transportar siete mil soldados á Lima: de aquí podemos deducir el cálculo aproximado de las rentas públicas que durante algunos años estuvieron á la omnimoda disposición de los Carreras. Estos dedicáronse entónces á aumentar y equipar el ejército, á construir edificios públicos y á hermohear la ciudad; sin que ocurriera nada de importancia hasta los comienzos de 1813, en que Pareja, general enviado de Lima, desembarcó en Talcahuano á la cabeza de cerca de mil doscientos soldados, en su mayor parte oriundos de la isla de Chiloé. Como habia muy pocas tropas que poderle oponer en Concepción, Pareja se apoderó luego de casi toda la provincia, adelantándose hasta el río Maule, limite entre aquella parte del país y Chile propiamente dicho, antes que los Carreras completasen sus preparativos y pudiesen marchar contra él y detener su avance. Al fin, sin embargo, salieron de Santiago, con cerca de tres mil soldados, cruzaron el Maule y se avistaron con Pareja, que se hallaba á la cabeza de fuerzas casi iguales. En el combate que tuvo lugar, los realistas fueron derrotados, muerto su

general, y las tropas que escaparon se retiraron á Chillán, plaza que no era fuerte por su posición natural pero que fortificaron y defendieron bajo el mando de Sánchez, (que sucedió á Pareja) durante el sitio y los repetidos ataques de los patriotas. Pasaron luego los Carreras con unos pocos soldados á la ciudad de Concepción, y el núcleo principal del ejército patriota, al mando de O'Higgins, hijo del último virrey de Lima, y entonces capitán, se retiró á Talca, en las vecindades del Maule. Mientras entre los Carreras y las tropas de Chillán se seguían negociaciones para ajustar la paz y obtener la rendición de aquéllas, en Agosto de 1814, Osorio, general realista, arribó á Talcahuano trayendo de Lima cerca de tres mil soldados. Huyeron con esto los Carreras á Santiago, siendo tomados prisioneros en el camino por una partida salida de Chillán, adonde fueron conducidos, y de cuya prisión, sin embargo, lograron pronto escaparse, con la pérdida de sus equipages y de una considerable suma de dinero. Llegaron á Santiago disfrazados de buhoneros, reasumiendo al día siguiente el mando, si bien durante su ausencia se habían realizado contra ellos en la ciudad revueltas formidables.

Hacíanse entonces con actividad los preparativos para resistir á Osorio, quien pronto se unia con las tropas de Chillán y continuaba avanzando á la cabeza de un ejército bien equipado, en tanto que los patriotas carecían aun de armas y disciplina. Se dió orden á O'Higgins que retrocediese y se situase en Rancagua, ciudad de importancia, á treinta y cuatro leguas al sur de Santiago y á seis de Río Claro. Allí se le unieron en Septiembre los Carreras con cerca de dos mil hombres sacados de la capital, para esperar á los realistas, quienes se presentaron en los arrabales del pueblo el 3 de Octubre. A la mañana siguiente penetraron en la ciudad en són de combate, entablándose una lucha obstinada y sangrienta en la plaza principal y calles adyacentes. Comenzó el fuego el viérnes á mediodía y continuó sin más interrupción que las horas de la noche hasta cerca de la puesta de sol del domingo. Cedieron al fin los patriotas, estenuados más por la falta de agua, que los realistas les habían cortado, que por las fatigas de la lucha. Su ejército fué casi aniquilado, pero pocos quedaron prisioneros y aun menos lograron huir. O'Higgins y Juan José Carrera saltaron las paredes de una trinchera, debiendo

su salvación á la velocidad de sus caballos. Los otros dos de los hermanos Carreras no tomaron parte en el combate, permaneciendo mientras tanto á distancia de cerca de dos leguas de la ciudad, con un cuerpo de reserva de ochocientos hombres. Su conducta en esta ocasión es inexplicable, y ni aun sus amigos tratan de disculparla. Las noticias del resultado del combate produjeron en la capital la mayor consternación. Los que se sentían más comprometidos en la causa de la revolución, huyeron en todas direcciones. Los Carreras, O'Higgins y los gefes militares y civiles, después de permanecer dos dias en la ciudad, cruzaron juntos los Andes y se dirigieron á Buenos-Aires.

No teniendo ya Osorio enemigos que combatir, marchó directamente á la capital, de la cual tomó tranquila posesión. Se restableció el antiguo orden de cosas y ocuparon de nuevo sus puestos aquellos empleados del Rey que habían permanecido en Chile. Efectuáronse algunas prisiones y confiscaciones y se impusieron al pueblo fuertes contribuciones; pero la mayoría conviene en que Osorio no abusó de su victoria. De esta manera concluyó lo que se llama *la Patria vieja*.

Después de restablecer la paz y la tranquilidad en el reino, y de arreglar los negocios del gobierno, Osorio, con parte de sus tropas, regresó á Lima, dejando de presidente de Chile á don Francisco Marcó del Pont, noble español de gran fortuna y que contaba con poderosas influencias.

Pasaron más de dos años sin que ningún acontecimiento de importancia viniese á perturbar la tranquilidad pública, y la tempestad que se levantara en favor de la independencia habiase trocado en la más perfecta calma; pero nuevas nubes amontonábanse del otro lado de los Andes que se descargarían bien pronto sobre los chilenos envolviéndolos otra vez en las turbulencias de la guerra civil.

En Buenos Aires la revolución de la independencia se habia efectuado antes y bajo auspicios más felices que en Chile. Su extenso comercio con el extranjero logró proporcionarle mayores facilidades para procurarse municiones de guerra, y su situación la libraba de temores de una invasión, con excepción tan sólo de la vieja España. El ejército patriota era respetable y estaba bien armado y el gobierno parecia fuerte y estable. Una alianza ofensiva y defensiva estaba ya formada entre

aquel Gobierno y Chile y se había estudiado un proyecto de unión con los Estados, que no llegó á realizarse completamente. En las postrimerías de 1816 resolvió el Gobierno de Buenos Aires llevar á cabo la emancipación de Chile. Con sigilo y rapidez formóse un ejército de naturales de Buenos Aires y patriotas de Chile, que se habían refugiado en aquella ciudad, ordenándoseles que se reunieran en Mendoza, ciudad populosa situada al pié y del lado oriental de los Andes. Se confió el mando de este ejército á José San Martín, nacido hacia el interior de Buenos Aires, y quien gozaba ya de la reputación de ser un hábil y valiente oficial. O'Higgins, el actual Director Supremo, cuyo valor tan bien se había probado, era su segundo en el mando. Los Carreras, cuyo poder había descendido con más rapidez de lo que se levantara, se habían hecho odiosos al Gobierno de Buenos Aires y no se les permitió tomar participación alguna en esta expedición. El ejército cruzó los Andes en Enero de 1817, llegando á Chile antes que, al parecer, la masa del pueblo y el Gobierno tuvieran noticia de la proyectada invasión.

Preparábase activamente la resistencia

en todas partes y se concentraban las fuerzas reales en la capital. Se confió su mando á San Bruno, oficial español que habia venido con Osorio, y que se habia hecho extremadamente odioso al pueblo por el trato cruel y brutal que dió á aquellos que tuvieron la desgracia de caer en sus manos. El ejército real ascendia á más de ocho mil hombres; pero sus fuerzas se dividieron merced á una estratagema de San Martín. Mientras que éste con la mayoría del ejército tomaba el camino directo de Mendoza á Santiago, Freire, (actual gobernador de Concepción) recibió orden de cruzar los Andes más al sur, entrando á Chile con sólo ciento cincuenta hombres, cerca de los límites de la provincia de Concepción. El rumor de una invasión por el sur llegó pronto á la capital y se mandó parte del ejército real hacia Talca con objeto de repelerla. Mientras tanto, San Martín se aproximaba á la capital, y San Bruno salió á resistirle á la cabeza de cuatro mil soldados. Los ejércitos se encontraron en un lugar llamado Chacabuco, diez leguas al norte de Santiago, en la mañana del 12 de Febrero, empezando inmediatamente la acción. La batalla principió por una carga de la caballería de los patriotas, que consi-

guió romper la línea de los realistas, poniéndolos casi inmediatamente en desorden, y rechazándolos en todas partes antes que la infantería patriota pudiera tomar parte en la acción. Fueron completamente derrotados y perseguidos con gran encarnizamiento. San Bruno con los gefes de más graduación y gran parte del ejército cayeron prisioneros. Al recibir Freire la noticia de la acción, avanzó con un puñado de hombres, el pueblo se levantó casi en masa y se unió á su gente, y muy pronto se encontró en situación de dispersar ó hacer prisioneras las tropas que se habían enviado al sur para combatirlo.

Los principales realistas sólo pensaron entonces en escapar, tomando algunos el camino de Concepción y Talcahuano, y otros el del puerto de Valparaiso, con la esperanza de encontrar ocasión de embarcarse. La mayor parte de ellos, sin embargo, en su huida fueron capturados por el pueblo, que ahora se levantaba en todas partes á favor de la causa del patriotismo. En el camino al puerto fué tomado prisionero Marcó con su escolta de cerca de cien hombres. Poco más tarde fué enviado á un fuerte entre Mendoza y Buenos Aires, donde permanece todavía. A San Bruno, á

los cinco días se le sacó de la prisión y se le fusiló entre las excecaciones del pueblo. El ejército libertador entró á Santiago en triunfo, recibíendosele con toda clase de demostraciones de júbilo, é inmediatamente se tomaron medidas para la organización del nuevo Gobierno. Se decidió, en una asamblea compuesta de los principales ciudadanos, oficiales, etc., que la autoridad suprema residiese en un Director, quien debia consultarse y ser auxiliado por un Senado formado por seis miembros. A San Martín se le eligió por aclamación para el puesto de Director. El, sin embargo, se negó á aceptarlo y recomendó á las diputaciones que le llevaron el nombramiento que se fijasen en un chileno.

Se eligió entónces de la manera más popular que permitieron el tiempo y las circunstancias, á O'Higgins, el actual Director. A San Martín se le nombró Comandante en jefe de las fuerzas militares, cuyo puesto desempeña todavía. De esta manera concluyó el dominio de los realistas en lo que propiamente se llamaba Chile. Sin embargo, aun estaba en manos de los realistas la provincia de Concepción y sus fuerzas se habian aumentado con los que escaparon ó emigraron de Santiago.

Habiendo organizado en la capital los diversos ramos de gobierno y aumentado el ejército, el Director en persona, con cerca de cuatro mil hombres, bajo las órdenes del general francés — se dirigió á Concepción con el objeto de arreglar allí los negocios públicos. Entraron en la provincia sin oposición y siguieron directamente á la capital. Retiráronse los realistas al puerto de Talcahuano, distante tres leguas de la ciudad, no encontrándose con fuerzas suficientes para esperarlos en campo abierto. Esta plaza, defendida naturalmente, ofrecia gran facilidad para ser fortificada, tarea á que se dedicaron desde el primer momento con gran empeño soldados y paisanos. Además, habia en el puerto una fragata y dos corbetas españolas de guerra. Talcahuano llegó á ser así el lugar de refugio de los más conspicuos realistas de la provincia, en tanto que los patriotas sentaban sus reales en Concepción para sitiarse el puerto é irse preparando para el asalto. Tal era el estado de las cosas á mi llegada á Chile.

CHILE, 1820.

El fin que ha tenido la desgraciada familia de los Carreras es realmente lamentable y no puede menos de despertar simpatías,

cualesquiera que hayan sido sus locuras y aún sus crímenes. Los Carreras fueron, en cuanto he podido informarme, disipados, pródigos, poco reservados en sus aventuras galantes, pero á la vez que perdieron por estos defectos la confianza de las clases elevadas de la sociedad, poseían ciertamente en alto grado, todas aquellas cualidades que aseguran la estimación popular. Aun, es indubitable que eran muy queridos, y que cerca de los militares su influencia era ilimitada. Una conspiración en favor del mayor de los hermanos, que aún vive, fué descubierta en Santiago este año en el momento de realizarse, y gran parte de la oficialidad de un regimiento y juntamente un ciudadano de los Estados Unidos, á quien conocí, fueron condenados á destierro perpétuo.

En los años venideros, cuando Chile haya asumido entre las naciones el rango que su situación y recursos le prometen y cuando aquellos que se distinguieron por sus trabajos en favor de la independencia, se vean enaltecidos por una observación retrospectiva, el carácter de los Carreras ha de suministrar no sólo abundantes materiales al estudio del historiador, sino también escenas interesantes en que pueda

emplearse la musa de la tragedia. Una hermana única, Javiera, íntimamente afecta á ellos y que habia sido partícipe de los acontecimientos en que figuraron, resolvió acompañarles en su suerte, pasando con ellos los Andes. El mayor de los hermanos, José Miguel, se embarcó luego para los Estados Unidos en busca de ayuda extranjera.

Los otros dos hermanos, después de la batalla de Chacabuco resolvieron regresar al país. A su vuelta, encarcelados en Mendoza y acusados y convictos de una conspiración contra las autoridades constituidas en Chile, fueron públicamente fusilados en unión de algunos amigos en la plaza de Mendoza, el 8 ó 9 de Abril de 1818. Las haciendas y propiedades de toda la familia fueron confiscadas, y su anciano padre desterrado á la isla desierta de Juan Fernández. En el año último se le permitió regresar, llegando precisamente á tiempo para morir.

La hermana permanece en Buenos Aires, abandonada y pobre, después de haber sido desde sus primeros años el modelo del gusto y de la elegancia en Chile. José Miguel regresó de Estados Unidos con recursos bastante considerables, pero después

que sus partidarios habian caído en Chile, probablemente para no levantarse más. Al presente es caudillo de cierta parcialidad en las vecindades de Buenos-Aires, y se dice que es enemigo de aquel Gobierno. Fué amigo íntimo del comisionado americano Poinsett, compañero suyo en varios de sus peligros y trabajos.

AGOSTO DE 1817.—EN EL MAR.

Abandonamos la Isla de los Estados el primero de Agosto y no volvimos á ver tierra mientras permanecimos en las vecindades del Cabo de Hornos. El tiempo se puso gradualmente más frio y el mar borrascoso. Tratando de doblar el Cabo estuvimos cerca de catorce dias, luchando siempre con vientos contrarios y frecuentes tormentas de granizo y nieve. Sin embargo, sólo una noche nos vimos obligados á estarnos á la capa y, según creo, nunca conocimos un peligro inminente, pero la mar gruesa y el constante vaivén del buque, el frio y los frecuentes chubascos de granizo y nieve, agregado esto á la extrema duración de las noches y á la falta de luna, todo nos hizo sumamente pesada y desagradable nuestra navegación por las vecin-

dades del Cabo de Hornos. Al fin lo doblamos en los 56 grados de latitud sur é inmediatamente después comenzamos á experimentar un cambio favorable en la dirección del viento y en la temperatura de la atmósfera.

Hácia el norte del Cabo logramos un buen andar. Las berlingas del barco y especialmente el bauprés resultaron notablemente averiados á causa del mal tiempo que experimentamos cerca del Cabo, sin que tuviésemos ocasión inmediata de poner á prueba su resistencia. Ni nada notable ocurrió hasta el

22 DE AGOSTO, LAT. 37.° S.

Esta mañana, á las seis, descubrimos la tierra, que conforme á nuestros cálculos resultó ser la costa de las vecindades de Concepción. Se decidió dirigimos á la isla de Santa Maria para desembarcar allí, con la esperanza de encontrar viveres frescos y poder reparar nuestras averias. Hacia el medio dia avistamos la isla. Aunque el dia estaba lluvioso y desagradable, sin embargo, el aspecto de la isla á medida que nos acercábamos era en extremo alegre y como que convidaba á bajar á tierra. Penetramos

por la entrada más meridional de la bahía, y á las cuatro de la tarde fondeábamos en cinco brazas de agua. Había un fuerte oleaje en la bahía, debido á la tormenta que acababa de pasar, pero, por lo demás, una apariencia completa de seguridad y tranquilidad. Como esta era la primera vez que echábamos el ancla desde que habíamos salido, nos sentíamos en verdad no poco confortados con el prospecto de una noche de completo reposo.

AGOSTO 23.

Al levantarnos por la mañana, el paisaje que se ofrecía á nuestra vista era uno de los más encantadores que jamás hubiera presenciado. Nuestro barco tranquilamente al ancla en una extensa y hermosa bahía, el mar en calma, el cielo sin nubes, y aunque en mitad del invierno, la temperatura suave y propicia, como entre nosotros á fines de Mayo. En la isla, de cuya parte más cercana distábamos cosa de dos millas, divisábamos una espléndida vegetación y un paisaje hermosísimo. Los cerros que se divisaban á lo lejos de la costa de Chile, elevándose á considerable altura, se hallaban cubiertos de vegetación y presentaban el aspecto de un país rico y fértil.

En la bahía, desde que entramos en ella, nos vimos rodeados por bandadas de millares de pájaros de diferentes especies, bandadas que á menudo se extendían mar afuera hasta donde podía alcanzar la vista. Matamos y comimos algunas de las especies más pequeñas, que hallamos sumamente gustosas, de color gris, como palomas, pero que tenían ojos encendidos y brillantes.

Sabiendo que la isla se hallaba á menudo, cuando no siempre, deshabitada, nos entretuvimos durante la mañana formando conjeturas con respecto á quienes hallaríamos en ella y qué acogida se nos dispensaría. Distinguíamos tres ó cuatro chozas á la orilla de la playa, pero con los anteojos sólo pudimos divisar algunas aves que al parecer se movían.

A eso de las nueve, el capitán, el sobrecargo y yo, con un marinero y un grumete, nuestras escopetas á la espalda, comenzamos á bogar hacia tierra. En unos cuantos minutos desembarcábamos sin novedad en la playa, y por primera vez, después de más de ochenta días, pisábamos tierra. La isla respondía en un todo á las ideas que de ella nos habíamos forjado viéndola desde lejos. Cerca de las cabañas de la playa en-

contramos el esqueleto de una ballena y una porción de objetos de uso doméstico en algunos de los cuales se leía «Ship N. América, Philadelphia, Jan. 7. 1817,» que fueron probablemente del último buque norte-americano cuya tripulación habia estado allí.

La isla se eleva gradualmente por todos lados, hácia el centro, aunque en su mayor altura es mucho más baja que los lugares inmediatos del continente. Nos dirigimos luego hácia la cumbre, algunas veces con notable dificultad á causa de la abundancia del pasto y hierbas, y de allí gozamos de la vista del gran océano del Sur y del pintoresco y grandioso paisaje de la costa de Chile que se levantaba á nuestro frente. El aspecto de la campiña no es quizás en ninguna estación más hermoso que por aquellos dias, aunque en mitad del invierno, como que los árboles y arbustos se hallan brotados y floridos y las producciones espontáneas del suelo sobrepasan por lo abundantes á cuanto habia podido concebir. En muchos lugares de la isla, el pasto, de la mejor calidad, se eleva casi á la altura de un hombre y es tan denso como en la mejor pradera de la Nueva Inglaterra en tiempo de la ciega. Aquí florece y aquí se

pudre y ni un hombre ni una bestia logra la cosecha de una naturaleza pródiga. La isla entera alterna entre cerros y cañadas, con un suelo rico por igual y apropiado para cultivos de primer orden. Un pequeño arroyo divide la isla en partes casi iguales, cuyas riberas á trechos son elevadas y profundas, cubiertas con variedad de árboles y arbustos, entre los cuales pueden distinguirse muchos que se cuidan con esmero en los conservatorios de Estados Unidos.

Las cumbres de los cerros se hallan cubiertas con aloes. No vimos gran variedad de aves en tierra, aunque la más común se asemejaba mucho á una de las nuestras. Después de vagar por los cerros durante dos ó tres horas, regresamos á la playa, sin que nos ocurriese ninguna aventura ni encontráramos á ser alguno viviente, á no ser los pájaros. Cerca de las chozas hallamos lo que supusimos habría sido huerta de la tripulación de algún buque que hubiera invernado allí y sembrados en ella algunas pocas patatas, muchos nabos y verduras de toda especie, con las cuales cargamos nuestro bote. A la una regresamos á bordo, habiéndonos cerciorado que allí no podríamos obtener los viveres ni verificar las reparaciones que necesitábamos.

La isla tiene doce ó catorce millas de circunferencia y reviste aproximadamente la forma de una media luna.

AGOSTO 23.

Cerca de las cuatro de la tarde, levamos anclas y nos dirigimos hácia el continente. Durante la noche tuvimos sólo una ligera brisa, de modo que al amanecer nos hallábamos aún á algunas leguas de distancia del puerto de Concepción. A medio día enfrentábamos las Tetas de Bio-Bio, pudiendo distinguir algunas señales en los cerros. Pasamos á lo largo cerca de la costa, despacio, hasta eso de las cuatro en que se levantó una brisa que nos dejó junto á Concepción. Llegamos á un extremo de la bahía cerca de las seis de la tarde y á la vista de los barcos que estaban fondeados. Un poco antes de oscurecerse, y cuando nos acercábamos á la isla de la Quiriquina, que divide la entrada del puerto de Concepción, fuimos abordados por un bote; sus tripulantes solicitaron permiso para subir á cubierta, informándonos que todo estaba tranquilo en tierra y el país entero en poder de los realistas. Esta visita fué pronto seguida de otra de más individuos y en

un bote mayor. Como era ya tarde, resolvimos no entrar al puerto esa noche sino anclar afuera, lo que ejecutamos á las siete, hácia el oriente de la Quiriquina y en veinte brazas de agua.

AGOSTO 24.

Anoche antes de las ocho éramos abordados por la lancha de una fragata tripulada por dos oficiales y treinta ó cuarenta hombres, quienes tomaron posesión del bergantín y pusieron centinelas para todos nosotros. Ordenóse al capitán que pasara á bordo de la fragata al ancla en la bahia, quien partió á las nueve y media para regresar á eso de la una de la mañana. A las cuatro levaron nuestras anclas y á las siete fondeábamos sin novedad en la bahia de Talcahuano entre una fragata de treinta y seis cañones y una corbeta de veintiocho. Ese dia el tiempo parecia responder á la situación en que nos hallábamos: viento fuerte del norte, lluvioso, frio y triste, como para darnos á entender que estábamos en realidad prisioneros. Hasta aquí es lo que he podido escribir esta mañana en presencia de los oficiales de los buques de guerra; otros, acompañados de los empleados de la

aduana nos invaden en este momento, teniendo en perspectiva sólo desagrados y sufrimientos.

AGOSTO 25.

Nuestras habituales ocupaciones de á bordo se encuentran ahora totalmente en suspenso; el camarote y todo el bergantín se halla atestado de oficiales y soldados, de tal manera que preveo que para lo de adelante ni he de tener ocasión de escribir ni de leer, ni aún de tomar apuntes de los sucesos que hayan de venir.

SEPTIEMBRE, 1817.

Durante los tres ó cuatro días que siguieron á nuestra llegada aquí, hemos tenido vientos del norte, á menudo acompañados de lluvias, vientos predominantes aquí durante los tres meses de invierno. En este momento disfrutamos, sin embargo, de un cielo despejado, de un sol brillante y de una atmósfera serena y templada.

La bahía de Talcahuano es espaciosa y segura, por extremo hermosa, reviste la forma de una herradura, y está casi en su totalidad rodeada de cerros de alturas diversas que presentan un aspecto bastante variado y

pintoresco. La bahía tiene dos entradas, una á cada lado de la isla de la Quiriquina, aunque la del oriente es la única por la que pueden entrar con seguridad buques de gran calado. La isla de la Quiriquina es una miniatura de la Santa Maria, parece estar formada de un terreno análogo y poseer las mismas peculiaridades. Es famosa por los *choros* que se hallan en sus riberas, que el pueblo come aquí como nosotros las ostras, y de los cuales puede decirse que se alimenta principalmente: son sumamente gustosos y agradables al paladar y mucho mayores que las ostras más grandes que he visto. La bahía entera en realidad está cubierta de estos moluscos, de tal modo que desde la cubierta de nuestro buque los recogíamos á menudo en gran cantidad, valiéndonos de una especie de rastrillo que tirábamos con una cuerda.

Durante varias semanas hemos estado á cargo de un teniente de la fragata «Venganza», don José Solari, hombre caballeroso y buen oficial, juntamente con cuatro y á veces hasta con seis empleados de la aduana que han vivido con nosotros en la cámara. En ese tiempo se han efectuado dos registros de toda la carga, bulto por bulto, habiéndose diputado para el caso á tres co-

merciantes de Concepción residentes por ahora en Talcahuano; pero después de llenar su cometido con gran minuciosidad no han encontrado nada que no viniese declarado.

Antes de este exámen, sin embargo, se señalaron varios delegados para tomar sus declaraciones á los oficiales y tripulación. Nuestras deposiciones fueron recibidas en español, habiendo podido disponerse de un solo intérprete que explicase nuestras respuestas á las largas é intrincadas preguntas que nos hicieron, un muchacho de Guernsey, que habia sido tomado prisionero en estas aguas por los españoles algunos años atrás, y quien á causa de la edad critica en que habia salido de su patria y los diferentes empleos y situaciones en que después se encontrara, tenia olvidado en gran parte su idioma nativo, sin haber aprendido bien otro cualquiera. Confiamos, con todo, en que antes de mucho tiempo seremos enviados ante un tribunal donde se nos haga justicia acerca de este punto y otros.

OCTUBRE

Pasóse algún tiempo antes que pudiéramos darnos cuenta cabal del estado de las

cosas en el lugar á que nuestra mala estrella nos habia conducido. Poco á poco supimos que la bahía y puerto de Talcahuano era todo lo que del reino de Chile permanecía por entónces en poder de los realistas; que la ciudad de Concepción, distante sólo nueve millas, era el cuartel general del ejército de los patriotas, y que por esos dias proyectaban éstos un ataque sobre Talcahuano.

Los hemos divisado ya varias veces practicar reconocimientos desde las alturas inmediatas, á distancia de cuatro ó cinco millas, y en tales ocasiones se arman inmediatamente las lanchas de los barcos de guerra y se da la alarma desde los fuertes.

NOVIEMBRE

Se nos ha permitido bajar á tierra y hemos visitado todas las lineas de defensa y los fuertes, acompañados por los edecanes y oficiales del comandante general Ordóñez.

Se ocupan todavia actualmente en la construcción de fosos y trincheras, obligando á trabajar en esta faena á casi todos los habitantes del puerto.

El terreno de las inmediaciones de éste que al presente poseen los realistas, se

dilata de sur á norte en una extensión de cerca de diez millas de largo y de tres ó cuatro de ancho, limitado hácia el sur por la bahía de San Vicente, y hácia el oriente por la de Talcahuano; las playas en ambos lados y en casi todos los contornos tienen la altura de verdaderos cerros, tan pendientes y llenos de precipicios, que es raro encontrar sitio por donde pueda subir una mula.

El extremo oriental de esta península, la más cercana á Concepción y más expuesta á un ataque, no presenta obstáculos naturales de esa magnitud, porque los cerros no son tan escarpados; pero aun allí ofrece tales facilidades para ser fortificada, á juzgar, al menos por su aspecto, que la han hecho casi tan inexpugnable como Gibraltar. Parece que los vecinos no se manifiestan muy alarmados, aunque viven en diaria expectativa de un asalto general.

En el entretanto, el «Beaver», espléndido barco procedente de Nueva-York, al mando del capitán Cleveland, en viaje como nosotros á la costa nordoeste, tocó aquí, siendo apresado del mismo modo que el «Canton». Durante varias semanas no se nos permitió comunicar con sus tripulantes, pero ya se ha retirado la prohibición y podemos

visitarnos á nuestro sabor. El cargamento de ambos buques ha venido de molde á la guarnición. Las tropas estaban armadas y proveidas pésimamente bajo todos aspectos. Pudimos reconocer nuestros fusiles sobre sus hombros el mismo dia en que se extrajeron de á bordo. Una gran parte del cargamento mismo, que habia sido sólo embargado (al estilo suyo) se halla ya convertido en trajes para los soldados, quienes han sido también pagados con nuestro dinero.

Las autoridades del lugar parece que no saben que proceden arbitrariamente, aunque se ven no poco embarazadas para justificar sus actos con apariencias legales, si bien comprenden que deben hacer algo, y, sobre todo, que la actual confiscación del cargamento que providencialmente ha caído en su poder, es absolutamente necesaria, *fas aut nefas*, á la defensa de los intereses del Rey. Que tienen la suficiente justificación que la ley de la necesidad puede atribuirles, está fuera de cuestión, y por mi parte abrigo muy pocas dudas de que nuestra llegada ha de ser el medio que les permita sostenerse en el país.

DICIEMBRE

Así permanecemos, con alarmas diarias de la aproximación de los patriotas, aunque

sin ningún ataque formal, hasta la noche del seis de este mes, en que después de un día tranquilo y cuando estábamos durmiendo, tocóse á rebato por todas partes, con tal viveza y entusiasmo que parecían indicar un ataque serio y formidable. Así resultó ser, en efecto. En un instante nos hallamos todos sobre cubierta, presentándonos una escena la más brillante y espléndida que jamás por mi parte hubiese presenciado. Todas las baterías que daban frente á Concepción despedían constantes llamaradas, y las descargas de fusil en todas direcciones eran tan rápidas y repentinas que no podíamos seguirlas con la vista. Estábamos amarrados cerca de tierra, posición en que lográbamos disfrutar por completo de todo el campo de la acción. Un fuego sostenido, rápido y terrible, se mantuvo por cerca de una hora, y al clarear el día, pudimos distinguir perfectamente que los patriotas habían rebalsado las líneas enemigas y que el combate era ya de hombre á hombre y tenía lugar á la bayoneta. Los oficiales de los buques de guerra daban ya la plaza por perdida, disponiendo que algunos marineros pasasen á nuestro barco para ayudar á levar anclas y prepararnos para salir inmediatamente. Mien-

tras se trabajaba en esa tarea y cuando hacia media hora que habia amanecido oímos resonar el toque de retirada del lado de los patriotas y antes que el sol se levantara, les vimos retirarse en buen orden á sus campamentos de los cerros de enfrente.

DICIEMBRE 8.

De cuantos informes hemos podido recoger con respecto á esta batalla, aparece que por ambas partes se desplegó un valor extraordinario; y aunque los patriotas se hallaban en número mucho mayor y bastante mejor equipados, y aunque lograron forzar las líneas enemigas por dos distintos puntos, apoderarse de una de las baterías más importantes y clavar el cañón que en ella habia, sin embargo, al fin fueron rechazados, dejando sus muertos, aunque ninguno de sus heridos, en poder de los vencedores.

Bajamos á tierra en la tarde para visitar el campo de la acción, encontrando á las tropas ocupadas en enterrar los muertos, y como doscientos ó trescientos de los patriotas tendidos en los fosos, traspasados y destrozados de la manera más horrible. Las escenas que se desarrollaban en la playa la

mañana del combate eran verdaderamente desgarradoras: centenares de mujeres y niños cubrían la orilla del mar, pidiendo con voces lastimeras que se les llevase á bordo. En el acto se habilitaron nuestros botes con el objeto de transportar al buque toda la gente que se pudiese; pero, antes de que desatracasen, nos llegó orden de la fragata para que ningún bote se dirigiese á tierra, de modo que durante horas enteras tuvimos que presenciar las angustias de aquellos infelices, pues, apesar de que teníamos los medios y el deseo de aliviar su situación, nos lo prohibían.

Después de este ataque, muchas de las familias de Talcahuano obtuvieron autorización para trasladarse á bordo de los buques anclados en la bahía: y como el sobrecargo tenía ya en tierra muchas amistades, no cesaban las peticiones de los que querían venirse á bordo. Tres ó cuatro familias enteras, con un total de treinta ó cuarenta personas, permanecieron á bordo durante la época de alarma, que duró cerca de un mes.

Por ese tiempo los patriotas, tan formidablemente acampados frente al puerto, comenzaron á dar señales de retirarse; y en efecto, después de incendiar sus barra-

cones y demás obras que habían levantado en los cerros vecinos, se replegaron nuevamente á Concepción; y en el curso de unos cuantos días más, habiendo probablemente recibido noticias del convoy de tropas que por momentos se esperaba de Lima, resolvieron alejarse hácia el norte; y después de incendiar las casas que en la ciudad poseían los realistas principales y destruido todos los muebles de algún valor que no pudieron llevarse consigo, iniciaron su marcha hácia Santiago, acompañados por casi todos los vecinos, á quienes, según se dice, obligaron á seguirles por la fuerza.

FEBRERO, 1818.

Unos cuantos días después de la retirada de los patriotas llegó la expedición tanto tiempo esperada de Lima. Consistía en una fragata y nueve grandes transportes que traían cuatro mil hombres de tropas regulares (entre ellos muchos veteranos de España) al mando de Osorio, el mismo general que en la primera revolución de hacia cuatro años reconquistó el país de manos de los patriotas y restableció el orden y el gobierno del Rey. Logró hacerse muy popular por la manera tan suave con que

trató á los patriotas durante su mando, así como por su bravura y buen comportamiento en el campo de batalla. Por estas razones las esperanzas de los realistas parecen tan amplias como fundadas. Los empleados civiles de Chile, muchos de los cuales habían emigrado á Lima, han regresado con él, en la expectativa de que pronto han de ser colocados en sus antiguos puestos.

Osorio se halla actualmente en Concepción á la cabeza de cerca de cinco mil hombres y á punto de emprender la persecución del ejército patriota. Por las últimas noticias que de ellos se tienen, se sabe que se encuentran en Talca, en el camino de Santiago, y á de cerca de ochenta leguas distantes de Concepción.

Aun no he estado en esta ciudad, aunque la comunicación con ella está ya restablecida. Es casi imposible procurarse caballos, á causa de que en muchas millas á la redonda han sido acaparados para el servicio del ejército real; ni en verdad que puede haber allí hasta ahora nada atrayente, como que la han abandonado todos los patriotas que en ella había, siguiendo al ejército, y los realistas que se hallaban ocultos en los montes ó estaban refugiados en el

puerto no han tenido aún tiempo de regresar y establecerse nuevamente.

Con respecto al ataque del 6 de Diciembre, no hay duda de que con un poco de más empuje en la primera acometida y con media hora más de noche, los patriotas hubieran forzado las líneas de defensa y tomado á Talcahuano. Al amanecer, todavía la opinión de los oficiales de los buques de guerra al ancla en la bahía era de que lo habrían conseguido, y tan era así, que inmediatamente nos enviaron las velas de nuestro buque, que estaban en la fragata, iniciando nuestros preparativos para partir á la primera señal.

Los patriotas en ese entonces tenían pocas fuerzas y acaso no mayores de las que habían mantenido durante los seis últimos meses en las vecindades de Concepción. En los días en que llegamos, Talcahuano se hallaba, relativamente hablando, sin fortificar, y desde esa época hasta el momento del ataque á casi todos los hombres, mujeres y niños se les obligaba á trabajar en las obras de defensa.

En ese entonces, con mil soldados resueltos, la plaza hubiera podido ser fácilmente tomada. ¿Por qué, pues, los patriotas, que ciertamente se hallaban en situación de sa-

ber lo que ocurría, demoraron el asalto hasta que los realistas tuvieron tiempo de fortificar por completo la península, y lo efectuaron justamente en el momento en que se terminaba la última de sus obras de defensa? es esto absolutamente inexplicable y ha sido tema de admiración para todos nosotros. Las fuerzas patriotas alcanzaban por lo menos á cinco mil hombres, muchas de ellas de caballería, bien montadas y equipadas.

FEBRERO 10.

Hoy han comenzado las tropas su marcha á *Chile* (como llaman á Santiago y sus vecindades por vía de preeminencia y para distinguirla de Concepción) acontecimiento muy grato y de buenos auspicios para nosotros, como que nos abre la puérta á una libre comunicación con los lugares vecinos, y al mismo tiempo mejora nuestro mercado y abarata los alimentos. Durante el último tiempo todo ha sido monopolizado para el uso del ejército, y en verdad, mientras ha durado el sitio, el precio de los artículos de primera necesidad ha alcanzado precios enormes. A la retirada de los patriotas, las provisiones de toda especie bajaron á me-



I. C. H.

nos de la mitad del precio que tenían, y con la partida del ejército, los productos han de ponerse á su precio ordinario.

Hoy podemos comprar un buey de buena calidad por diez pesos, la fanega de trigo á un peso veinticinco centavos, y vino por un peso el cántaro (cerca de nueve botellas). Se nos permite quedarnos en el bergantín y comprar nuestras provisiones, presentando al Fiscal nuestras cuentas al fin de la quincena ó del mes, cuentas que se admiten siempre sin reparos. No vemos que nuestro modo de vida lleve aspecto de trocarse y sin duda continuará así hasta que tenga lugar un encuentro decisivo entre ambos ejércitos, lo que ahora no puede tardar en verificarse. Entónces, probablemente, si su resultado fuese favorable á los realistas se nos despachará para Valparaíso para que nuestra causa se juzgue en Santiago; y si pierden los realistas, para Lima inmediatamente, aunque esta emergencia es tan poco esperada que casi todos los empleados civiles de Santiago acompañan al ejército y se preparan á reasumir sus puestos.

Según los datos que hemos podido procurarnos aquí, el Gobierno de Chile obra con independencia del de Lima, y no hay

apelación de los tribunales superiores de Santiago, á no ser á la corte de España. Tal debe ser la constitución del país, aunque es notorio que las causas de varios buques americanos capturados en Chile han sido resueltas en última instancia por el Virrey y sus consejeros en Lima. Como á nuestra llegada al país sólo se hallaba en posesión de los realistas un palmo de suelo y no existían tribunales de justicia regularmente establecidos, creemos que desde luego se nos enviará á Lima, lo que sin duda hubiera acontecido ya á no mediar las circunstancias especiales en que hallamos á los realistas. Consideramos nuestro arribo como un recurso providencial para su sostén, y así fué, en verdad, y apenas se habian ejecutado por lo tocante al bergantín y la carga ciertas medidas de pura fórmula, cuando veíamos ya nuestros fusiles á la espalda, nuestros paños en el cuerpo y nuestro dinero en los bolsillos de las tropas de Su Majestad en Talcahuano. Su intento de formar un proceso legal para condenarnos era absolutamente ridículo.

Ninguna violación de las leyes de España ó de las naciones habíamos cometido; pero el fundamento principal de nuestra condenación era la supuesta violación de

una de las decisiones de nuestro Congreso que prohibía la indebida ingerencia de los norte-americanos en las cuestiones de los revolucionarios españoles; habiendo sido sentenciados á que después de la confiscación, seamos enviados á los Estados Unidos, para ser allí castigados en conformidad al texto de la citada ley. El general (y gobernador) Ordóñez, que parece ser un hombre de honor, ha delegado estos asuntos en un asesor que se envió de Lima para que actuase en Talcahuano como fiscal, quien nos merece la opinión de que posee poco ó ningún conocimiento de las leyes, miras estrechas y honradez no muy intachable. Bajo la dirección de este individuo, nuestro cargamento ha sido desembarcado y vendido por completo, no en pública subasta, para sacar un precio mejor, después que el ejército, etc., etc., fué socorrido, sino en lotes y á un tanto alzado, sin permitirse que nadie excediese del valor fijado en la tasación. Muchas de las mercaderías fueron de este modo vendidas más baratas de lo á que habrían podido comprarse en Boston. Semejante modo de proceder parece del todo absurdo, bajo cualquier punto de vista que se considere, aunque ese fué el hecho; y tal es, además, la manera en que

mercaderías por valor de más de cien mil pesos, procedentes del cargamento del *Beaver*, se están realizando al presente en Concepción. Como apología de ese sistema de conducta, estas autoridades han manifestado por escrito al capitán Cleaveland la extremada pobreza de los habitantes en el momento presente, y las atroces penalidades sufridas por ellos durante el sitio y el indomable valor que desplegaron al resistir los ataques del enemigo.

Desde que nos hallamos en Talcahuano han llegado varios delegados de los indios, siendo uno de los tópicos más notables que distinguen á la presente lucha, que estos antiguos é inveterados enemigos del Rey, que tanta sangre y dinero han costado al tratar de subyugarlos, son ahora sus fieles aliados y declarados enemigos de los patriotas.

Ultimamente los indios han tenido algunos encuentros con los patriotas en el interior del país con resultados varios. Cualquiera ventaja obtenida por los indios se anuncia en el acto al Cuartel General por diputaciones de caciques, á quienes siempre se recibe con gran aparato y se despachan á su regreso cargados de regalos. Se dice que han degenerado mucho del primi-

tivo carácter araucano, que su comunicación con los españoles les ha sido altamente perjudicial, y que el hecho de conservar sus antiguos territorios, que se sabe ser los más ricos en minerales y más fértiles que los restantes del país, se debe quizás á la debilidad de los españoles que no á su propia fuerza. He visto varios pelotones de veinte á sesenta de estos indigenas. Su aspecto, en general, no difiere del de las tribus de indios de las fronteras de Estados Unidos.

FEBRERO

Antes que la carga que traíamos fuese llevada á tierra nos veíamos completamente invadidos por oficiales y soldados, pero desde hace poco sólo tenemos en la cámara dos de aquéllos, Solar y Eguía, ambos complacientes y caballerosos, de modo que comenzamos á disfrutar de una relativa holgura.

Cuando llegamos, los soldados y casi todos los oficiales de que se componía la guarnición eran hispanos-americanos y de aspecto ligeramente cobrizo. Tenían un continente marcial y no carecían de cierto despejo. Adquirieron cierto renombre, y no sin fundamento, por la fortaleza y perseve-

rancia que desplegaron en tiempo del sitio y por su valor en repeler el ataque. Durante las seis semanas que el enemigo mantuvo el asedio ni oficiales ni soldados pudieron dormir por las noches. Casi hora por hora se daba el alerta y rara era la noche que transcurria sin un cañoneo formal. Las obras avanzadas del campamento patriota estaban tan cercanas á nosotros que podían lanzar bombas á la ciudad por sobre los fuertes, que á veces produjeron destrozos considerables: murieron dos ó tres personas y varias casas sufrieron desperfectos. Se nos permitia avanzar hasta las líneas de defensa cuando queriamos, y así fuimos testigos varias veces de la pericia que los artilleros trataban de manifestar. Los proyectiles de los cañones de más calibre de varios de los fuertes llegaban hasta el campamento patriota, empañándose á veces un fuego graneado, al parecer, sin embargo, de pocos resultados.

FEBRERO, 1818.

Los buques de guerra se han hecho á la vela para Lima, con excepción de la fragata «Esmeralda», que vino con el convoy. Hemos sentido mucho su partida, como que

con ellos manteníamos nuestras relaciones más íntimas: á bordo éramos siempre recibidos con cordialidad y con frecuencia nos devolvían nuestras visitas.

En la corbeta «Sebastiana» pasé muchas horas agradables, pues el capitán y el cirujano eran personas tan amistosas como cuerdas. El capitán, Tosta, poseía algunas nociones de nuestro idioma, gastando ambos todas las mañanas una hora ó dos en aprender recíprocamente el castellano y el inglés. Con la partida de los buques, nuestras amistades españolas han quedado reducidas, á su más simple expresión, tanto en número como en calidad. Hablan de volver antes de que salgamos de aquí, lo que naturalmente dependerá del incierto resultado de las batallas.

Creo y estoy convencido de que sería injusto con los chilenos, tomando la sociedad, hábitos, costumbres, modo de vivir y aspecto de Talcaguano como muestra de lo que es el país, aunque es innegable que gran parte de la mejor sociedad y muchas de las familias más ricas y de posición de la provincia se hallan aquí. En tiempos ordinarios, este lugar no reviste otra importancia que el de puerto de salida de Concepción, donde se cargan y se descar-

gan las mercancías, los buques fondean con seguridad y renuevan sus provisiones. Muchos de los edificios son simples almacenes, largos y anchos, de un solo piso, con paredes sumamente gruesas y toscas, hechas de adobes. Las habitaciones son del mismo estilo, generalmente enlucidas y pintadas de blanco. Casi siempre constan de una pieza grande, á la que cae la puerta de calle, y á los costados dos más pequeñas que sirven de dormitorios. Hay pocas casas que tengan más de una ventana, y ésta sin cristales. Los pisos de algunas casas son enladrillados, pero de ordinario no hay otro pavimento que el suelo, y éste no siempre bien aplanado.

En el puerto había quizás trescientas casas de esta especie, hallándose las mejores ocupadas por los oficiales del ejército y las familias de realistas que han venido á refugiarse aquí. Carecen de chimineas, aún en la cocina, y el único modo que tienen para templar las habitaciones es por medio de braseros. En sus casas son extremada, abominablemente desaseados. En la sala, ó habitación principal, que de ordinario se parece á un almacén descuidado, se encuentran mezclados sillas, mesas, alfombras, algunas veces camas, carne, leña,

carbón, sacos de trigo, vino, cuadros, guitarras, santos, y en realidad casi todo cuanto posee la familia: de aquí que las pulgas hormigueen por todas partes. De seguro que nadie estará media hora de visita en una casa de Talcaguano sin llevarse consigo más bichos de esos que pelos tiene en la cabeza. A bordo del bergantín aparecieron una infinidad en las camas de los que en él se asilaron después del ataque, desde cuya época se han incrementado tanto que hoy constituyen la mayor incomodidad de nuestros días. A causa de esto es imposible dormir por las noches, á no ser de puro cansancio.

Nuestra ocupación en las primeras horas de la mañana es buscar las que andan en los cobertores y que han hecho su agosto á costa nuestra durante la noche. Me hallo del todo dispuesto á creer que este fenómeno debe atribuirse en mucha parte á las circunstancias por que atravesaba la población, pues en verdad que la situación de Talcaguano durante el año último ha sido para prescindir en absoluto de las comodidades ordinarias de la vida. En ese tiempo han vivido en la pequeña ciudad cerca de diez mil personas, cuyo sustento dependía en absoluto de lo que se traía de

Lima, que llegaba siempre de tarde en tarde, de un comercio precario y de un peligroso contrabando que se hacia en canoas por la costa de enfrente. A la partida de los patriotas, el cambio fue tan grande como instantáneo. Dos días después que se alejaron, las calles se veían llenas de ganado y el mercado rebosando de trigo y legumbres. La fruta comienza ahora á aparecer: hemos disfrutado de las cerezas comunes y de las frutillas, de las cuales media docena bastan para una comida, pues de ordinario tienen más de una pulgada de diámetro, sin ser notablemente buenas ni sabrosas. Las peras de temprano y las manzanas se ven también en la recoba y son de las mismas especies y calidad de las que se presentan primero á la venta entre nosotros. Actualmente podemos adquirir un carnero ó una pierna de buey por un peso. No hemos tenido pescado sino hace poco, pero ya se vende en abundancia de algunas especies, aunque el salmón, bacalao y otros no se encuentran en estas aguas, que yo sepa.

Nuestra principal diversión ha consistido desde que se nos ha permitido bajar á tierra en hacer excursiones por los cerros vecinos, que por todas partes ofrecen pai-

sajes realmente pintorescos y románticos. A lo largo de la costa de toda la orilla occidental de la bahía, las colinas se levantan á varios centenares de pies de altura, que desde á bordo parecen cortadas á pico, como en realidad lo están de ordinario, con subidas en extremo pendientes y elevadas, que sólo de trecho en trecho ofrecen acceso al hombre y á los animales. Por espacios de un cuarto de milla hay quebradas formadas por la caída de las aguas, con arroyuelos que tienen por sus orillas sendas de fácil acceso á las mulas. La subida á pie es no poco fatigosa, pero ya arriba se considera uno compensado del trabajo. En la meseta superior, por toda la península, se dilata un llano grande y fértil, sembrado de arbustos de rica vegetación y en grupos muy variados. No hay árboles altos ni corpulentos, pero son numerosos y de follaje bastante rico; las faldas de los cerros se hallan también cubiertas de plantas y arbustos verdes, y la senda que conduce á las alturas forma á veces una gruta de no interrumpido y fragante follaje. Aquí también se halla abundante caza de loros y tórtolas, que viven muy tranquilas á causa de que nadie las perturba.

Tanto en los extremos de la planicie,

como cerca de las sendas de las faldas de los cerros, se encuentra de trecho en trecho alguna pequeña habitación, que no es precisamente una choza, y que encierra de cuatro á doce robustos chicos, casi otros tantos perros y gallinas y á veces cerdos, que viven todos en la mejor armonia y compañerismo. Los campesinos son universalmente hospitalarios y de buen natural y siempre ofrecen cuanto tienen.

MARZO, 1818.

En la convicción de que ya no ofrecia obstáculos el ir á Concepción, hace algunos días emprendi la marcha, ginete en un buen caballo chileno y en compañía de un joven oficial español. Todos los viajes se hacen aquí á caballo y dudo que en Talcaguano ó Concepción exista un coche ó silla de posta. El camino del puerto á la ciudad, con excepción de una sola colina, se hace por un llano de arena de color gris oscuro, pesada y consistente, que no fatiga al viajero ó su cabalgadura, como sucede en nuestro país con los bancos de arena deleznable y amarillosa. Hacia la derecha se ven los cerros en que los patriotas estuvieron tan largo tiempo acampados,

y hacia la izquierda terrenos pantanosos de varias millas de extensión, que abundan en patos y otras aves, y en seguida grupos de pequeños arbustos.

No pudimos divisar á Concepción hasta que encimamos el cerro á cuyos pies se halla situada, á distancia de cerca de una milla.

No ofrece á primera vista nada de atrayente. Las iglesias y casas se ven en su mayor parte cubiertas de musgo y revisiten una apariencia y color añosos. Nunca he visto ciudad que de cerca ó de lejos se parezca á esta en manera alguna. El estilo arquitectónico de sus edificios públicos es completamente nuevo para mi, no habiendo visto sino en grabados algo que se le asemeje. Me pareció aquello una mezcla de antiguo, gótico y morisco.

Casi desierta y medio destruida como se halla actualmente, al entrar por sus calles me parecía vagar por entre las ruinas de Palmira ó Babilonia. La ciudad está dividida en cuarteles regulares, con las calles cortadas en ángulo recto, y como muy pocas casas tienen más de un piso y muchas de ellas son espaciosas, ocupa de ese modo una área extensísima.

El número de sus habitantes en tiempos

normales se calcula en diez y siete mil. La mayoría de las casas tienen huertos que producen casi sin cultivo y en abundancia, uvas, duraznos, peras, etc., aunque han sufrido mucho durante los ocho meses que los patriotas han estado en posesión de la ciudad. Han dejado huellas de su paso por todas partes; cargaron con cuanto mueble de valor encontraron y los que no consideraron dignos de llevarse, los quemaron ó rompieron. La catedral fue el alojamiento principal de su caballería y se dice aquí que de las otras iglesias se llevaron muchos objetos de valor. Una manzana grande que encerraba las casas más hermosas de la ciudad, lo mismo que el palacio episcopal, fueron arrasadas, y después de separar todas las cosas que pertenecían á los realistas más notables, las quemaron. Por aquí y allá se notaba haber regresado algunas de las familias que se ocultaron en los montes ó buscaron refugio en Talcaguano. Unos pocos oficiales y un centenar de soldados han quedado á retaguardia. Bajo tales circunstancias puede concebirse fácilmente el aspecto triste y sombrío que presenta la ciudad.

Después de breves indagaciones pudimos encontrar á algunos de nuestros antiguos

conocidos de Talcaguano, quienes nos recibieron hospitalariamente; obtuvimos luego alojamiento en casa de una señora viuda á quien habia conocido antes. Hallábase en la misma condición que muchas otras personas de Concepción en esas circunstancias, dueña de una casa grande y hermosa, con una pensión del rey de tres mil pesos al año, de la cual no habia percibido un centavo en los cuatro ó cinco últimos, y sin una peseta con que mandar á la plaza. Nos recibió de la manera más afable y atenta, y nosotros hubimos de enviar á buscar fuera por la comida, sin desdoro alguno para ella, ya que nos habia manifestado su situación. Pronto fuimos invitados á casa de otra familia que habia regresado y á quien conocia de antes (la de R...) En esta familia se contaban siete niñas ya formadas, todas amables, bien hechas y sonrosadas, que hubieran sido hermosas á no ser por la pésima dentadura que tenian, defecto que es aquí muy común. Es raro encontrar una mujer joven, y mucho más una de cierta edad, que pudiera pasar entre nosotros por tener medianos dientes, lo que es debido probablemente no sólo al absoluto descuido en que los dejan, sino también á la cantidad

enorme de mate que beben, que reemplaza al te entre nosotros y tiene el gusto de una hierba medicinal. Tómase á toda hora del día, se chupa con una bombilla de plata de diez á doce pulgadas de largo y no se considera á punto mientras no está hirviendo. Es siempre la primera atención que se dispensa á una visita. Al querer probarlo, me quemé los labios y la lengua, de tal suerte que los tuve sumamente adoloridos durante no pocos días. Algunos de nuestros paisanos se van familiarizando yá con él, aunque al principio cuesta no pocos gestos, que producen la diversión de las señoras que lo sirven. Su uso es general en todo Sud-América. Con la familia de que hablamos pasamos gran parte de los dos días que aquí permanecemos. En la casa hallamos un piano, que tocaban de manera aceptable algunas de las niñas.

Hay en Concepción siete iglesias, sin contar la Catedral, que aún está inconclusa. Son todas grandes y vistosas y para un norte-americano revisten cierta apariencia imponente. Ninguna tiene las altas torres y elevadas cúpulas que llaman desde luego la atención al aproximarse á una de nuestras ciudades, pero en ellas todo es macizo, sólido y con cierto aire de antigüedad.

Están hechas de adobes, unidas por un mal cemento y pintadas de blanco, de modo que en poco tiempo presentan el aspecto de hallarse en ruinas. Aunque la ciudad es tan reciente no hay un solo edificio público que no esté tapizado de musgo y en muchos crece el pasto á cinco ó seis piés de altura.

Sólo entré á una de las iglesias, la que está contigua al convento de monjas, que los patriotas no tocaron: sus proporciones son hermosas y sus altares brillantes é imponentes, aunque en su mayor parte dorados con oropel. En ella oímos misa y conversamos en seguida con las monjas, que nos prestaron la llave del órgano, en que se entretuvo en tocar uno de nuestros compañeros. Nos obsequiaron con ramos de flores y estuvieron hablando con nosotros desembarazada y amistosamente, aunque no las podíamos ver. La manera de comunicarse con ellas es por un torno que gira sobre un gozne y está admirablemente adaptado para transmitir la voz y pasar cualquiera cosa, pero que no permite ver. Durante los disturbios de la revolución, su número no se ha aumentado, y, según supimos, no hay entre ellas ninguna novicia.

El plan de la Catedral es grandioso, y en unión de la casa arzobispal forma uno de los costados de la plaza mayor; en el opuesto se halla el palacio de gobierno. La iglesia tiene en el interior más de doscientos pies de largo, está sostenido por dieziseis macizas columnas, entre las cuales, á uno y otro lado, se hallan los altares á medio concluir y aun sin decorar, pero todos, sin exceptuar el mayor, son de un estilo de alta magnificencia y grandiosidad. El techo está formado por hermosas bóvedas y muy recargado de dorados, habiéndosenos prevenido que no formásemos todavía juicio de la obra por estar recién redimida de manos sacrilegas. El palacio de enfrente no ofrece nada de particular por afuera, por ser de un solo piso, y aunque de gran tamaño, en nada difiere por su aspecto exterior de los demás edificios. Hay en realidad una gran similitud en todas sus construcciones, exceptuadas las iglesias, y muy poco gusto en la manera de construir; pero como he estado en la ciudad sólo dos días, no he tenido aún ocasión de formar una opinión decisiva sobre este particular.

Las comunicaciones con el interior se encuentran actualmente corrientes en un radio de treinta ó cuarenta leguas y tene-

mos abundante surtido de frutas y provisiones de toda especie. Sin embargo, no hay nada parecido á lo que podríamos llamar libre comercio. El Gobierno se apodera, al precio y número que quiere, de los mejores caballos y mulas, del trigo, etc. que necesita para el servicio del rey. Bajo este aspecto el gobernador de Talcaguano es tan despótico como cualquier príncipe europeo. No hay impuestos, ni carga, ni cosa alguna, por indigna que sea, que el pueblo no soporte gustoso si se le exige en nombre del rey. El mismo espíritu (ó mejor, falta de espíritu) era probablemente general en todo el país y las atrocidades y exageraciones atribuidas á los patriotas son sin duda el resultado de la transición repentina de un extremo á otro.

MARZO 15.

Se han recibido informes sobre el ejército realista, según los cuales se hallaba al otro lado del río Maule, que habia pasado sin oposición; y también se dice que los patriotas se retiran de Santiago á Buenos Aires á través de los Andes. Pero todavía no tenemos ninguna noticia oficial.

Se han dado órdenes por el Gobierno de

aquí para la valuación y venta del «Beaver» y del «Cantón» y habiendo rehusado el capitán y el sobrecargo tomar parte en la tasación, han procedido *ex parte* y han valuado en veinte mil pesos el bergantín, que se ofrece ahora al mejor postor. Se nos hace difícil creer todavía en la posibilidad de que dispongan del buque de una manera tan informal, sin que podamos apelar, y cuando por el estado incierto de las cosas en el país, la propiedad, de cualquiera clase que sea, sólo tiene un valor nominal. En pocos días más lo sabremos. Hay en este momento dos grandes balleneros ingleses en el puerto, cargados, que se dirigen á su país. Varios de nosotros tienen pensamiento de embarcarse en ellos, pero habiéndonos dirigido á las autoridades locales solicitando dinero para pagar nuestros pasajes, se nos ha contestado que sólo se concederán al capitán y sobrecargo, y para eso únicamente cien pesos á cada uno. Los capitanes de los balleneros, por lo demás, piden cuatrocientos por el pasaje, lo cual, como disponen de bastante espacio á bordo, pensamos que es muy poco generoso, si bien dicen que obran así de acuerdo con sus instrucciones.

He estado otra vez en Concepción, y en-

cuentro que hay mayor número de habitantes; pero sin notar ningún otro cambio; todas las cosas revisten todavía el mismo aspecto de tristeza y ruinas.

Estas frecuentes revoluciones han desolado completamente la ciudad y los alrededores y por muchos años no recobrarán su prosperidad. Cada partido, según la ocasión que ha tenido, ha confiscado las propiedades é intereses del contrario. Cuando los patriotas se retiraron la última vez, no dejaron ni una silla, ni mesa, ni utensilio alguno en las casas de su propiedad, y destruyeron completamente las de los realistas con todos los muebles que encerraban. Sin embargo ahora podía verse la ciudad alborozada; las campanas repicaban noche y día y se oían continuadas salvas de las baterías. Esto tenía lugar en celebración de las noticias recibidas del ejército, de que había habido un encuentro, cuyo resultado parece haber sido la derrota de los patriotas, con pérdida de tres mil hombres y catorce piezas de artillería. Estamos ahora esperando por momentos el parte oficial de lo que se cuenta de esta batalla.

En Concepción fuimos recibidos afectuosamente y tratados del modo más hospitalario; tanto los hombres como las mujeres

nos abrazaban con un entusiasmo y de un modo como sólo se acostumbra con parientes íntimos en nuestro país. Hay evidentemente mucha desigualdad entre la población masculina y femenina, excediendo esta última á la primera, (como sucede, según tenemos entendido, en muchas partes de Chile) en la proporción de siete á uno; de donde resulta que la influencia de las mujeres es menor, y mayor el número de las que carecen de un estado mejor definido que en la generalidad de las naciones civilizadas.

MARZO 31.

Esta mañana llovió por primera vez después de varios meses; el aguacero duró unas cuantas horas y luego se puso el cielo diáfano y hermoso con una brisa fresca del sur, viento que reina aquí más de ocho meses en el año. En las vecindades del mar generalmente es fresco y fuerte, y sólo hay dos ó tres grados de diferencia en la temperatura del aire entre los meses de verano y los de invierno. El rocío es tan abundante que al subir sobre cubierta por la mañana uno se imagina que acaba de llover con fuerza: esta circunstancia y las lluvias

parciales que ocurren en el verano permiten hacer en el año más de una cosecha de algunos artículos.

ABRIL 1818.

He salido fuera para ver el campamento que los patriotas tuvieron durante el sitio. Imagináos que la península en que está situado Boston es un cerro continuado, de una altura media de trescientos ó cuatrocientos piés, y ligada con Dorchester por una lengua de tierra como la que conduce á Roxbury: en este terreno, el ejército patriota ocupaba unas alturas, que se parecen mucho á las de Dorchester, más bajas que las baterías de los realistas, sobre las cuales habían de pasar las bombas antes de caer en la ciudad. Cuando tuvo lugar el ataque, á medida que los patriotas avanzaban por la angostura, se veían constantemente expuestos al fuego de los fuertes reales de todas las alturas que los rodeaban. Apesar de estos obstáculos, los patriotas treparon esas alturas, defendidas como estaban en su base por fosos profundos y trincheras, y clavaron todos los cañones de uno de los fuertes, pero al rayar el día se retiraron, seguramente con pérdidas con-

siderables, y sin otra causa, según creimos, que el desconocimiento en que se hallaban de la debilidad del enemigo.

Aún no tenemos partes oficiales del teatro de la guerra, aunque parece, generalmente, muy válida la relación de las ventajas obtenidas por el ejército real.

Durante el último tiempo los marinos ingleses y americanos que se encuentran en el puerto, temerosos de una leva, hace unas cuantas noches, diez ó doce de ellos capitaneados por Mr. Robinson, de Connecticut, se escaparon en un bote ballenero para Valparaiso, calculando que aún debía hallarse en poder de los patriotas. Si los realistas han andado tan afortunados como se dice, no es difícil persuadirse que la situación de los prófugos se habrá agravado aún mucho más.

ABRIL 3.

Por momentos estamos esperando tener noticia de la ocupación de Santiago y Valparaiso por los realistas, habiendo partido ya de aquí muchos en esa confianza. Lo que pasará con los buques americanos surtos allí y hasta qué extremo se aventurará á defenderlos, el Capitán Biddle es tema de interesante discusión entre nosotros.

Nos hallamos ahora en la época de la fruta, y si no de mejor calidad, es infinitamente más abundante que en Estados Unidos, de tal modo que á la vuelta de cada esquina se encuentra porción de puestos de uva de distintas variedades y muy buenas. Hasta ahora sólo he visto una clase de duraznos, aunque grandes, sabrosos y buenos, de los que por un real podemos comprar lo suficiente para un postre que en Boston pasaría por succulento. Las legumbres de todo género son también en extremo abundantes. Las papas son mayores y mejores que las que se consiguen entre nosotros, blancas, harinosas y de buen sabor. En los alrededores se cuidan poco los jardines, pues se considera suficiente para tenerlos dejar que logren su completo desarrollo las plantas indígenas. Se me asegura que en el interior se cuida bastante de las viñas, aunque una vez plantadas, necesitan de poco cultivo. El vino es tan abundante como la cidra en Estados Unidos: guárdase casi del mismo modo, y mejora con los años. He bebido aquí el vino ordinario que se extrae de la uva negra, añejo y clarificado, que me ha parecido idéntico al de Burdeos. Se conserva, sin embargo, con menos cuidado que el que nosotros dedicamos al de man-

zanas, y se acostumbra beberlo en la comida.

Al fin hemos tenido del ejército noticias que merecen confianza, y la suerte de Chile parece ya resuelta. He visto el diario de uno de los oficiales del cuerpo que dirige Sánchez, el gobernador de Talcahuano, del cual resulta que el ejército pasó el Maule en las vecindades de Talca, cerca de setenta leguas de Concepción, sin oposición de los patriotas, que se hallaban situados á no mucha distancia. Los dos ejércitos se avistaron en un lugar llamado Cancharrayada, á unas cuantas millas de Talca. En la tarde ocurrieron algunas escaramuzas y hácia la noche ambos se retiraron para acampar. Ordóñez insistió en atacar inmediatamente con su división, y á eso de las ocho de la noche sorprendió á los enemigos en los momentos en que cenaban. Los patriotas relevaban sus centinelas y fueron sobre la marcha completamente derrotados y dispersados con pérdida de toda su artillería (catorce de cuyas piezas han llegado ya aquí) gran parte de sus bagajes, y tres mil hombres entre muertos y heridos. Se dice que los patriotas alcanzaban á más de diez mil y que se hallaban mandados por los gene-

rales San Martín y O'Higgins. El ejército real continúa su marcha sobre Santiago. De todo esto deducimos que la suerte de Chile está ya decidida, aunque algunos ingleses que se encuentran aquí actualmente y que han estado en Valparaíso, todavía aseguran que Chile no será jamás reconquistado.

ABRIL 12.

Ha llegado amplia confirmación del triunfo de los realistas en Cancharrayada, y cuantas medidas aquí se toman es en el supuesto de que todo Chile se halla bajo el dominio del rey.

Un buque ballenero inglés, su capitán Cocksey, ha sido obligado á postergar su salida algunos días para que pueda llevar á Inglaterra la noticia de las victorias realistas, que ha de transmitir á la Corte el embajador español acreditado en Londres. Por momentos esperamos saber que Santiago y Valparaíso han sido tomados y nos preparamos ya para dar nuestro adiós á Talcaguano.

ABRIL 22.

Jamás ha podido verse un cuadro más sorprendente de la inestabilidad de las cosas

humanas que el que se nos ha ofrecido durante la semana última. Desde la cúspide del éxito y de la alegría más completa, las gentes se ven aquí ahora sumidas en el mayor abatimiento y desesperación. Y, si es verdad, como queda dicho, que los realistas obtuvieron una completa victoria en Cancharrayada, quedaron dueños del campo y se apoderaron de la artillería de los patriotas, no se aprovecharon de las ventajas del triunfo.

Los patriotas huyeron en dispersión, pero pronto lograron reunirse y entrar en Santiago con algunos refuerzos. Siguióles Osorio con cierta lentitud, y habiendo llegado el cinco de este mes á distancia de dos leguas de la ciudad, el ejército patriota le salió en el acto al encuentro, trabándose luego una sangrienta batalla que duró cerca de tres horas y en la que el ejército real fué casi aniquilado.

Entraron en combate en dos divisiones, que mandaban respectivamente Osorio y Ordóñez. Osorio, al ver que cedia uno de sus regimientos y que muchos de sus soldados quedaban muertos en el campo, huyó con cerca de cuatrocientos hombres, muchos de los cuales fueron, sin embargo, acuchillados en la fuga. Llegó al fin á Tal-

caguano con sus ayudantes y quince ó veinte ordenanzas, rendidos de cansancio, sin más que lo que llevaban puesto, y en la condición de infelices fugitivos. Ordóñez quedaba sitiado en una casa cerca del campo de batalla y se suponía que hubiese capitulado. Se sabe que la derrota ha sido completa, tanto que escasamente han escapado doscientos hombres, que han ido llegando en grupos de dos y tres, hambrientos y estenuados, habiendo debido su salvación á la velocidad de sus caballos. La batalla tuvo lugar el 5, y el general llegó á Talcaguano el 13 de este mes. Así, este ejército de más de cinco mil hombres, parte de los cuales eran veteranos de Europa, bien equipado, fué hecho pedazos tan completamente en el espacio de tres horas que apenas si han escapado trescientos rezagados. Ambos ejércitos pelearon, según se dice, como desesperados, conociendo que no podían esperar cuartel. No se sabe todavía si Ordóñez queda prisionero ó ha perecido. He visto muchas veces á Osorio después de su regreso; manifiesta buen semblante y parece soportar con fortaleza sus reveses. Es yerno del Virrey de Lima y se había casado sólo unas pocas semanas antes de tomar el mando de la expedición.

El *Beaver* y el *Cantón* se están preparando para conducirlo á Lima con su séquito.

Hace ya diez dias á que llegaron los fugitivos de Maipú y aún no se oye decir nada de los patriotas, de lo que suponemos que deben haber tenido también grandes pérdidas.

Hemos recibido orden de abandonar la fragata y el bergantin, que están abasteciéndose para su viaje á Lima.

Mientras tanto, Talcaguano ofrece un aspecto tal de affixión y miseria como jamás he visto.

Se conocen las pérdidas totales sufridas por los realistas, y para cualquiera es ya evidente que es imposible defenderse con esperanzas de éxito. Los patriotas tienen sus tropas rehechas, caballería incuestionablemente buena y se hallan irritados con la resistencia y obstáculos que han hallado siempre en Talcaguano.

Además de lo que los habitantes de este lugar tienen que temer de los patriotas, se ven completamente invadidos de los realistas que huyen hacia aquí de todos los lugares de la provincia en busca de un último punto de refugio. Todas las casas, cuartos y tinglados están atestados, y centenares de hombres y mujeres, acostumbrados á sus

comodidades, se ven hoy obligados á pasar las noches al aire libre, en las calles, y esto en comienzos del invierno, cuando principian los vientos del norte y las lluvias. En realidad, son muy infelices, y cuanto rancio español existe en el país parece temblar imaginándose que va á descargarse sobre sus cabezas algún rayo de la justiciera venganza del Cielo.

GUALQUI, MAYO DE 1818.

Por cuatro ó cinco días después que se nos ordenó dejar el bergantín, el capitán, el sobrecargo y yo, ocupamos un pequeño cuarto, sucio, lleno de ratas y de pulgas, y nos vimos rodeados de oficiales y soldados. Por ese tiempo, nuestro amigo don Antonio Laso nos ofreció alojamiento en su estancia ó casa de campo, que está á cerca de cuarenta millas del puerto, como igualmente caballos y todas las comodidades que ofrecia el lugar. El capitán y el sobrecargo no podían abandonar todavía los intereses que tenían en el puerto; pero yo me preparé inmediatamente para el viaje, y me hallo ahora en el interior de la provincia y en compañía de una agradable familia de Talcaguano, que para estar más segura se

ha retirado aquí hasta que se arreglen los negocios públicos. La casa es grande y de construcción parecida á las de Concepción, aunque porción considerable de ella se encuentra ahora ocupada por cubas de vino, pues estamos en la estación de la vendimia.

Las tres cuartas partes del camino de Concepción hasta aquí son extremadamente hermosas: sigue á la derecha el curso del rio Biobío y á la izquierda se ve una no interrumpida cadena de montañas abruptas y casi perpendiculares, hijas de los Andes y dignas de tal padre. El rio, bordeado de hermosos arbustos, se divisa casi á cada instante y las montañas se retiran un poco á cada una ó dos millas, dejando un valle bastante grande para poder ubicar una casa y tierra suficiente para sostener una familia. En algunas de estas casas se puede comprar pan y vino y forraje para los caballos. A medida que uno se aproxima á Gualqui, se ascienden las montañas y se encuentra un camino angosto, escarpado y abrupto y que parece á primera vista absolutamente infranqueable.

MAYO, 1818.

He permanecido ya en Gualqui más de una semana, durante la cual hemos tenido

varias veces noticias de la ciudad y del puerto; pero hasta ahora no se ha oído nada de importancia. Los buques están listos para transportar á Lima á todos los oficiales y tropa que han escapado; pero los patriotas no se divisan todavía, ni hay ninguna noticia respecto al lugar donde se encuentran. Se están haciendo preparativos en Talcaguano como para sostener otro sitio. El General ha dado permiso para irse al interior á todo el que quiera hacerlo.

Se sabe de cierto que Ordóñez está prisionero en Santiago, y se dice que se le trata con todo el respeto que merecen su valor y su rango. No se sabe aún cuantos capitularon con él.

MAYO 8.

El ejército patriota no aparece todavía, y se piensa en Talcáhuano que están en Santiago celebrando sus victorias, y que, por el momento, no emprenderán nada por estos lugares. Mientras tanto el General Osorio ha despachado órdenes en todas direcciones, de este lado del río Maule, disponiendo que los hombres en estado de cargar armas (exceptuando los que se ocupan en la vendimia) marchen á Talcaguano para defender la plaza.

Sin embargo, hasta ahora se tienen listos los buques para darse á la vela á la primera señal de alarma.

JUNIO, 1818.

Poco después de los sucesos de Talcahuano que he relatado y cuando nuestro capitán se preparaba para hacerse á la vela para Norte-América en un ballenero, él y el sobrecargo recibieron un recado del General en que les proponía que se dirigiesen á Lima con el bergantin llevando bandera americana y todos los documentos relativos á su apresamiento y condenación, siempre que partiesen inmediatamente; de tal suerte que cuando lo supe, ya se habían marchado. Así, pues, soy actualmente el único norte-americano que se halla en esta región de Chile. Se cree que el «Cantón» regresará aquí muy pronto, y que el sobrecargo se quedará en Lima aguardando las resultas del fallo de las autoridades de aquella ciudad. De esto deducimos que Osorio no espera la inmediata aproximación del ejército patriota.

Nada muy interesante ha ocurrido aquí en la marcha de los negocios públicos. Los patriotas no se han presentado aun de este

lado del Maule y aguardan probablemente antes de avanzar los resultados de una embajada á Lima, ó que pase la estación de las lluvias. Mientras tanto se trabaja constantemente en reforzar las fortificaciones de Talcaguano y en hacer cuantos preparativos se consideran necesarios para soportar otro asedio. Pero sólo los trescientos ó cuatrocientos hombres de tropas regulares que han escapado son los que, con los nuevos realistas que enganchan á toda prisa, forman por el momento la única guarnición de la plaza. Se hallan dotados en abundancia con toda clase de provisiones, como que la provincia entera de Concepción está abierta para ellos. La captura de Ordóñez es muy sentida, pues era sumamente popular en la provincia.

Lo que en Chile llaman invierno se ha presentado ya: los dias son más cortos y llueve casi una cuarta parte del tiempo con viento norte, aunque en las vecindades de la costa se siente poca diferencia en la temperatura del aire. Donde me hallo ahora y á medida que uno se aproxima á las primeras ramificaciones de la cordillera de los Andes, el invierno es á veces frío, tanto que por las mañanas hemos encontrado la escarcha de media pulgada de es-

pesor, y cerca de las montañas nieva con frecuencia. En Chile sólo se conocen tres estaciones, invierno, verano y la primavera, que comienza á mediados de Agosto. Quizás haya aqui uno en ciento que sepa que las estaciones se computan de diferente manera en todos los lugares del globo. Durante los meses de verano llueve muy raras veces, pero las brisas frescas del sur temperan de tal modo el aire que en Concepción jamás se sufre mucho del calor.

El suelo, casi uniformemente de un color gris rojizo, carece de guijarros, es de buena calidad y jamás necesita de abono. En algunas partes de la provincia el trigo ha rendido ciento treinta por uno. El trigo y la viña son sus principales fuentes de cultivo sin cuidarse de las demás, aunque el suelo en que se dan podria producir cuanto se quisiera. Duraznos, manzanas y membrillos se encuentran por doquiera mezclados con árboles y arbustos silvestres, y son sin duda indigenas. He visto duraznos, que son muy sabrosos, casi tan grandes como un huevo de avestruz. Hacen poco caso de las manzanas y membrillos y rara vez los guardan; fabrican poca cidra, dulce pero no buena, sin que exista en toda la provincia nada que se

parezca á una fábrica de cidra, pues se limitan á este respecto á extraer el jugo machacando las manzanas en una artesa.

Al llegar aquí, uno de mis primeros cuidados fué indagar lo relativo á minas y si había alguna en las inmediaciones, habiendo sabido con pena, que, aunque existen muchas, sólo se trabaja ahora una, y eso parcialmente. Es de plata y se halla situada en Calicoa, lugarejo que dista cuatro leguas de Gualqui. Hemos estado á visitarla, pero no hallé nada capaz de satisfacer mi curiosidad, considerada la fama que han alcanzado por su riqueza las minas de este país. Lo único que se ve es un pozo, en las faldas del cerro, rodeado de montones de piedras de color gris oscuro, pues los ingenios para fundir el metal se hallan en otro sitio adonde se transporta el mineral á lomo de mulas. Sólo se hallaban trabajando seis ú ocho peones, como se llama aquí á los jornaleros, habiéndose ocultado los demás por temor á que los reclutasen para soldados. Unas cuantas palas, barretas, picos y taladros de construcción primitiva, constituían las herramientas del establecimiento.

En toda la provincia, el interés por las minas parece no sólo hallarse en suspen-

so, sinó también desprestigiado, pues se me asegura que es punto menos que imposible habilitar una que haya sido abandonada de algún tiempo atrás, como que para el objeto no tienen máquinas ni siquiera bombas. Este forzado abandono de las minas es materia de general lamentación, pues se estima como en otros países una sequia que acarrease la peste y el hambre: en realidad se glorian hoy tanto de sus minas y sus inclinaciones parecen llevarles á ellas, de una manera tan decidida como la que los españoles manifestaban tener hace tres siglos. Muchas de las que se trabajaban en la provincia pertenecían á realistas acaudalados, cuyas familias, por lo general, han emigrado á Lima huyendo de las molestias y peligros de una guerra civil.

Hace unas cuantas noches, el mayordomo ó capataz de la estancia celebró en sus piezas, que están inmediatas á la casa, una tertulia ó fiesta campestre. Invitó á todos sus amigos y vecinos y les brindó con música y baile, vino y cena, pasando toda la noche en gran holgorio y algazara con ocasión de la muerte de su hijo único, un niño, cuyo cadáver permaneció expuesto en la parte más visible de la habitación.

Presencié una vez la misma ceremonia en casa de una familia muy respetable de Concepción. Entré á la pieza enteramente ageno al motivo y naturaleza de la fiesta. El objeto que allí más llamaba la atención era una figura sumamente adornada con flores y cintas, sentada en un banco colocado sobre una especie de altar, con muchas luces encendidas delante, á la cual se dirigían á menudo los que no bailaban. Me pareció indudable que aquella sería la imagen de algún santo patrón cuya festividad celebraba la familia: calcúlese el indescripible horror y repulsión que sentí cuando al acercarme para verla, pude cerciorarme de que esa imágen era la de un niño muerto. Se me asegura que no siempre la madre se mezcla con la muchedumbre, sinó que á veces se sienta en un rincón á llorar, lo que creo, por decoro de nuestra humana naturaleza, que así suceda. Es ya bastante con que semejante cosa dé pretexto á una fiesta y jaleo entre los parientes y amigos. Cuando se trata del fallecimiento de un adulto tienen lugar las mismas demostraciones de dolor y luto que entre nosotros, aunque las ceremonias que acompañan al entierro son notablemente diferentes. Esta fiesta tiene lugar sólo á la muerte

de un niño menor de siete años de edad, y su razón de ser tiene más de filosófico que de sentimental, pues dicen que el «angelito» ha muerto en estado de inocencia y se ha ido al cielo, y que, por lo tanto, debe uno alegrarse y no llorarlo.

La estación de la vendimia acaba de terminar y el vino se está transportando de todas partes á la ciudad y al puerto. Casi todo el caldo es de uva negra; la blanca necesita mayores cuidados, y se cultiva rara vez en grandes cantidades. Una viña que se cuida y poda á su tiempo, producirá durante cien años. Se plantan en las laderas de cerros elevados, donde el sol es más fuerte, y rinden abundante cosecha. El vino es de color obscuro, fuerte y generalmente de agradable sabor. Se manda nuevo al mercado y de la misma manera se vende y se consume, y muy rara vez se clarifica ó se encuentra de muchos años. Cuidando el vino como se hace en otros paises, no hay duda que podría competir también en calidad con aquéllos.

El vino se envía al mercado á lomo de mula y en pellejos de diferentes animales pequeños, y se guarda en grandes tinajas de barro, algunas de las cuales tienen capacidad para dos ó tres pipas.

El precio del vino puro en el campo es como de veinte centavos el galón. La manera de fabricarlo, es, según lo que sé, el mismo que en otros países (no habiendo visto jamás una viña antes de ahora.) Un gran lagar hecho con cueros de vaca y sostenido por postes se cubre encima con cañas, amarradas unas con otras lateralmente, con intersticios casi del ancho conveniente; sobre aquéllas se refriegan y machacan las uvas, hasta que se separan del racimo y caen dentro trituradas.

Se dejan en el lagar como quince días para que fermenten y de cuando en cuando media docena de peones casi desnudos brincan dentro del lagar y las pisan con los pies; después de esto se saca el vino y se endulza con una especie de melaza hecha también de uvas. Del orujo y parte de las que quedan se hace el brandy, ó aguardiente del país, por el conocido procedimiento de la destilación, y el producto de una viña es de cerca de veinte galones de vino por uno de aguardiente; éste es fuerte y algo así entre el brandy español y el ron de Nueva Inglaterra. Este se acarrea también en pellejos, que siempre suplen aquí todos los adelantos de labranza que existen en países más antiguos. En el campo casi to-

dos los artículos de uso doméstico se hacen de cuero, el que les sirve, sin curtir, para casi todo su traje, para zapatos, sogas, cáñamo, hilo, sacos, barriles, botellas, etc., etc.

Apenas ha concluido la vendimia cuando empieza la época de plantar y sembrar, y por todas partes están ahora los campesinos ocupados en ésto. Aran y rastrillan sus campos de trigo lo mismo que nosotros; pero como el terreno es blando, no necesitan usar arados tan firmes y resistentes como los que acostumbramos; se componen de dos pequeños palos atravesados uno en otro en un ángulo de cuarenta y cinco grados y están hechos de la manera más sencilla y tosca; en algunas grandes estancias se emplean en un solo día cincuenta y algunas veces hasta cien. Su manera de uncir es diferente de la nuestra; toda la fuerza se hace estribar sobre el nacimiento de los cuernos de los bueyes, sin el yugo circular, dejando libre el pecho y el pescuezo. Sus carros son de una construcción rudimentaria, las ruedas gruesas, toscas y generalmente de una pieza y de tres ó cuatro pies de diámetro á lo más. No he visto ningún otro instrumento de labranza en cuya construcción sean tan deficientes como en éste.

El ganado es notablemente hermoso, grande, fuerte, bien formado y de vistosa piel; en tiempo ordinario se puede comprar un magnífico par de bueyes por diez ó quince pesos, y por cuatro una buena vaca; sin embargo, la manteca y el queso no son tan abundantes como uno podría imaginarse visto el número y cantidad de los rebaños. La manteca es más cara que en los Estados Unidos. Rara vez matan las terneras, por lo cual esta clase de carne es desconocida en la provincia. Los mercados son sucios y poco provistos, excepción hecha de las frutas y legumbres. Las naranjas y limones no abundan mucho en estas vecindades, aunque en casi todos los jardines se encuentran dos ó tres plantas. El método ordinario de matar en Talcaguano y en las aldeas es degollar el animal en plena calle y despresarlo á medida que se presentan los vecinos á comprar.

Los caballos no desdicen en calidad de los otros animales, aunque en esta parte del país los de primer orden van escaseando. Al tiempo de retirarse los patriotas á Santiago, acapararon y se llevaron consigo los mejores que pudieron hallar. Las tropas de Osorio que llegaron de Lima venían sin caballos, habiendo tenido que to-

mar los que dejaron los patriotas, entre los cuales había muy pocos buenos, apesar de lo cual, sin embargo, se encuentran todavía muchos que pudiéramos calificar de muy hermosos, de buenas formas, airosos, ligeros y mansos. Su andar ordinario no es el trote, sinó más bien una especie de paso, marcha ó galope. Todos son aquí buenos ginetes, hombres, mujeres y niños, no pudiéndose considerar como tal al que á medio galope no recoge un pañuelo del suelo, sin disminuir el andar. Nunca hie-ran los caballos, apesar de lo cual no recuerdo haber visto jamás alguno que tropieze.

Los campesinos tienen gran habilidad para coger los caballos y mulas con una cuerda de cuero de cuarenta ó cincuenta pies de largo con un nudo corredizo en la extremidad, que arrojan á distancia de veinte ó treinta pies, siendo raro que dejen de dar en el cuello del caballo con la lazada. Esta es la diversión favorita de los muchachos, quienes comienzan á manejar su lazo, como le llaman, casi desde que aprenden á andar.

No recuerdo haber visto hasta ahora entre los niños sinó un juego que me fuese desconocido. Consiste en que dos de ellos,

colocados á distancia de doce ó quince pies, provisto cada uno de dos piedras grandes y alisadas y de otras muchas pequeñas las vayan arrojando á la grande del contrario, sin que rara vez dejen de acertar en el blanco.

El mes en que estamos y los otros dos ó tres siguientes son los que dedican aquí á las diversiones; los labradores y los hacendados se visitan recíprocamente, no por espacio de una hora ó de un día, sino de semanas enteras, sin cuidarse para nada del número de visitantes que lleguen á la estancia, ya que treinta pueden instalarse en ella tan bien como tres, pues nunca faltan provisiones, y en cuanto á la cama, todo el mundo, pobre ó rico, la lleva siempre consigo, como que consiste en los ocho ó diez pellones (algunas veces muy bien teñidos) que constituyen la montura. Sus sillas de montar son de diferente hechura, ó, mejor dicho, son como la armadura de las nuestras, que el caballo puede soportar merced al gran número de pellones que se colocan debajo y sobre ella. El avío, como se llama esta montura, es casi tan pesado como el individuo que lo usa, y un chileno al desensillar su caballo luego hace recordar al sepulturero de Hamlet preparándose al tra-

bajo. Después de la cena, todo el mundo extiende su cama, con el avío por almohada, y de este modo se instalan en la sala diez ó quince y á veces más personas. No hay una sola casa y por excepción una choza, donde no se halle una guitarra y alguno de la familia que cante ó toque en ella.

En la ciudad acostumbran á veces danzas campestres, minués y una especie de baile escosés, pero el más común, tanto en los pueblos como en el campo, es el fandango. Semeja una especie de pantomima amorosa entre una ó dos parejas, sin otras variaciones que aproximarse y retirarse con cierta rapidez, bailando al rededor uno de otro, con poca variedad en el paso, que sólo consiste en golpear el suelo con cadencia, y con gestos y movimientos á veces no muy pulcros. En las tertulias que continuamente se celebran en los pueblos y estancias de la provincia, este baile constituye casi la única diversión, y generalmente todos son muy expertos en él.

Por lo que toca al estado de cultura intelectual y moral entre estas gentes, me parece punto menos que imposible decir algo sin demostrar de mi parte carencia de ámbas. Las mujeres pasan por ser ardientes, fieles y afectuosas, fama que probablemente

merecen; pero en cuanto á los sonrojos de la modestia, me temo mucho que es cosa que no sospechan. No tienen nada de esa reserva en la conversación ó en su porte que siempre he creído instintiva en el carácter femenino. He oído á una mujer muy hermosa decir, al contar un hecho, que le había hecho reir tanto que creyó «que se hubiera m...» El aseo esmerado de la persona no lo conocen y apenas si gastan alguna limpieza. En la ciudad era tema de las conversaciones y de general sorpresa que nosotros á bordo nos lavásemos todas las mañanas la cara y á veces la cabeza con agua fria. Entre ellas, no hay una entre mil que en el curso de un mes tenga un solo dia la cara bien limpia ó el cabello bien peinado. He visto á una señorita decir á otra que se detuviese mientras le pillaba un *animalito* que le andaba por el chal; y una vez paseándome en Concepción con la esposa de un oficial de graduación, le vi emplear los dedos de una mano para sonarse, siendo que en la otra llevaba doblado un hermoso pañuelo de batista. Mas, aunque las mujeres raras veces se lavan la cara, se cambian muy amenudo ropa limpia, si bien sus viviendas son tan insufriblemente desaseadas, que el vestido,

blanco á mediodía, en la tarde no puede pasar por tal. Como sucede en muchos de los climas tropicales, siempre están conversando de amor y son todos sumamente afectos á la música; pero en Chile, Venus se pasea sola y nunca en compañía de Psiché, y su música es siempre la de las fiestas, jamás la de la ternura.

Una madre de quince años jamás se le ocurre retirarse para dar de mamar á su hijo, ni tiene prisa en arreglarse el chal si se le ha caído, ni tampoco le importa mucho para ello estar delante de personas extrañas ó con sus amigos íntimos y conocidos; muchas veces en Talcaguano, madres é hijos, juntos ó separados, nos han estado mirando y nos han felicitado por nuestra agilidad en nadar y jugar en el agua; tienen, aún las más serias, cierto aire descocado y sin pudor; y en sus relaciones con el otro sexo admiten libertades y familiaridades en la conversación que entre nosotros se considerarían indecentes. Parece que las clases elevadas tuvieran siempre presente el adagio francés «Honi soit qui mal y pense». Por lo que respecta á la gente del pueblo, no tiene nada de limpia: la cocinera se secará el sudor de la frente con cualquier cosa y la grasa de las ma-

nos en el pañuelo que lleva al cuello. El *poncho* del aldeano le sirve al mismo tiempo de moquero y de tohalla, en el día, y por la noche, para taparse y abrigarse. El *poncho* tiene la forma de una manta con una abertura en el centro por la cual pasa la cabeza, y cae, no sin gracia, sobre los hombros, cubriendo la mayor parte del cuerpo; en provincia lo usa todo el mundo y los que llevan las personas de fortuna son hechos de los más ricos géneros, bordados y de hermosísimos colores.

No he escogido los anteriores ejemplos entre los que se me han grabado en la memoria por su extrañeza, porque esto sería un proceder muy poco generoso al describir los usos y costumbres de un país; podría llenar páginas enteras con incidentes que he tenido oportunidad de observar durante el año pasado, que me convencen plenamente de la falta absoluta que hay en este país de lo que podríamos llamar «delicadeza del alma», que es la base de la cultura moderna.

Existe, no hay duda, una delicadeza natural de sentimientos que ninguna circunstancia puede sofocar completamente, que se encuentra en todas partes y que, puede

decirse, acompaña á la inteligencia, y que, á la vez que es la flor más suave y más fragante es también la más tierna y la más delicada de todas. Tanto el calor de la riqueza y del lujo como el frío de la pobreza y del descuido son fatales para ella. En la mayoría de la humanidad brota con el rocío de la mañana y perece con él. Entre los niños de este país, (muchos de los cuales son extremadamente hermosos), he notado amenudo el rubor de la inocencia y el gérmen de la cultura. Pero ésta no puede subsistir de si misma y aquí no hay nada para alimentarla; el buen humor y la familiaridad son los distintivos de sus relaciones sociales. Un *enamorado* chileno guarda todos sus suspiros para su confesor y ninguno para su dama; jamás se le obliga á adorar á la distancia, á acercarse poco á poco y por grados imperceptibles, y después de años de esclavitud considerarse bien pagado si al fin consigue «le premier baiser de l'amour.» No existe aquí nada de esa reserva y tímida emoción que se experimenta en presencia de «la mujer amada» que constituye el encanto de la sociedad culta en los tiempos modernos.

Se permite á los niños de cualquiera edad, que oigan toda clase de conversacio-

nec, siendo temas muy comunes en ellas, algunos que, entre nosotros, se cuidaría uno mucho antes de confiarlos al médico de la familia.

Una niña de doce años es capaz de juzgar de la habilidad de una comadrona, y á menudo se casa y necesita una de ellas antes de cumplir los catorce. Tiene, naturalmente, muy poco tiempo para dedicar al estudio y á su educación, por bien dotada que haya sido por la naturaleza.

Los raptos no son raros, y he oído ponderar la habilidad é intrepidez de los jóvenes enamorados para lograr el cumplimiento de sus deseos á pesar de la oposición de los papás. El caballero con que he vivido algún tiempo nos suministra un ejemplo de esto, si bien la belleza y buenas cualidades de la esposa lograron pronto que las familias se reconciasen. El no ha cumplido aún veintiún años, se casó á los catorce y ha tenido cinco hijos, de los que le viven el primero y el último. Un amigo de Concepción, el Dr. Clemente Pérez, oficial del gobierno civil, (y en cuya casa nos han tratado con mucha hospitalidad), me ha repetido infinidad de veces los nombres de los veinte y seis hijos que le viven. Sin embargo, la población del país no es tan

grande como uno se imaginaria después de tales muestras de fecundidad. En toda la parte española de Chile no alcanza todavía á dos millones. De la región del país que aún ocupan los indios se sabe hasta ahora muy poco más que en el tiempo en que por primera vez rechazaron á los españoles cuando intentaban subyugarlos.

En el Chile español se encuentran todos los tipos, desde el cobrizo del indio hasta el blanco y sonrosado del vizcaino. El orgullo de familia más grande de los descendientes de los antiguos españoles consiste en haber conservado la piel en toda su pureza y sin mezcla de sangre india. Esto ha acontecido rara vez por largo tiempo en las familias. Sin embargo, los petimetres bajo otros puntos de vista, deben asemejarse mucho á los leones del país, que en cuanto á *sangre* se parecen bastante á los *borregos*, en el grado en que hoy la tienen en los Estados Unidos. Existen al presente en Chile tantos españoles de sangre pura, como los carneros merinos de España en Estados Unidos; pero de media, cuarta, tres cuartos y cinco sextas partes se ven por doquiera y en gentes de todas condiciones.

La revolución, que, según todo lo que vemos, pronto ha de verse coronada de

completo éxito, no ha sido un elemento poco destructor del orgullo de los oriundos de España. «Americanos libres y leales republicanos» ha sido la consigna que ha resonado casi por todo Chile durante los últimos tres ó cuatro años. Sin embargo, mientras haya indios, un blanco tendrá siempre entre los chilenos un título de distinción. Muchas de las mujeres mestizas son hermosísimas, con sus ojos negros, grandes y brillantes, y pasarían entre nosotros como *morenas* de primer orden.

JULIO, 1818.

Ha trascurrido un mes más sin que se note cambio alguno en el estado de las cosas del país. La provincia entera de Concepción (del lado sur de Talca y del río Maule) permanece en posesión tranquila de las armas reales: mientras todo *Chile* (como por vía de antonomasia se llama aquí á la parte norte del territorio), continúa en poder de los patriotas, quienes hasta ahora no han avanzado un solo paso. Mientras tanto, los realistas se muestran infatigables en sus trabajos para reforzar las fortificaciones de Talcaguano, y están levantando fuertes en la isla de la Quiriquina para

proteger de un ataque del exterior el puerto y la bahía. La fragata «Esmeralda» y dos corbetas permanecen en aquélla. La fragata regresó hace pocas semanas de su estación de Valparaíso, donde fué atacada por los patriotas con un gran buque inglés de los que hacen el tráfico de la India, tripulado en su mayor parte (según dicen los oficiales de la fragata) por oficiales y marineros ingleses y americanos. Llegaron á apoderarse de la cubierta al abordaje y la conservaron por espacio de media hora, pero al fin fueron rechazados, aunque es aquí imposible averiguar las pérdidas sufridas por una y otra parte. La «Venganza» con dos ó tres corbetas sigue cruzando en las afueras del puerto.

El jefe de los realistas don Francisco Sánchez continúa donde ha pasado la mayor parte del tiempo después de la batalla de Maipú, en la Florida, á quince leguas de Concepción, con cien ó doscientos hombres de tropa de línea y un cuerpo considerable de indios, que prosigue aún reclutando. Su número se hace fluctuar entre mil y diez mil. Se dice que todas las tribus vecinas se manifiestan partidarias de la causa realista. Se les considera como aliados poco poderosos y dicese que han dege-

nerado mucho de sus valientes antepasados los antiguos araucanos. Destacamentos van y vienen desde allí á la ciudad y al puerto, y son mantenidos á prorrata, esto es, la autoridad de cada lugar envia dos ó tres soldados á las estancias de los alrededores, con orden de apoderarse en nombre del Rey de lo que hallen y distribuirlo proporcionalmente.

El sistema de reclutamiento que al presente se practica en toda la provincia es semejante al de las levas usado en Inglaterra. Los soldados buscan gente por todas partes, y doquiera que encuentran un *animal* capaz de cargar armas lo envian con escolta á Talcaguano.

Exceptuados los derechos de aduana y una especie de impuesto directo sobre la compra y venta de propiedades rurales, carecen de contribuciones regulares ó establecidas por leyes. Siempre que el servicio público lo exige, reparten un impuesto en nombre del Rey, sobre toda clase de gentes, en proporción á lo que tienen, con los intervalos y de la manera que los delegados reales juzgan que conviene. Bajo cierto aspecto, se asemeja á un empréstito forzoso: otorgan recibos en nombre del Rey, aunque rara vez, y generalmente, tanto la

pérdida de la especie como la de los miembros del cuerpo se pagan al estilo del veterano de Gil Blas, con la honra de haber servido al Rey. En cuanto al estado de los negocios públicos, apesar de lo critico que resulta al presente, es casi imposible formar concepto de la opinión del pueblo, pero mis impresiones actuales son que éste, con todas sus privaciones é impuestos, se siente en verdad partidario de la causa realista.

La estación en el campo durante los últimos dos meses (de invierno) se ha parecido mucho á nuestro Abril, pero un Abril suave. Ha llovido con viento caliente del norte, cerca de una tercera parte del tiempo, pero en las mismas ocasiones cuando ha salido el sol, ha calentado y alegrado como en cualquier dia de Mayo entre nosotros. Los mayordomos y campesinos están ocupados en sus campos: las alberjas, garbanzos y hortalizas se hallan en flor, y el trigo se siembra en abundancia, casi sin otro trabajo que desparramarlo en la tierra para obtener más tarde una próspera cosecha.

La estancia en que me hallo puede tomarse como buen modelo de la mejor especie de habitaciones campestres en esta región del pais. La casa tiene cerca de

ochenta pies de largo por veinticinco de ancho, con un espacioso corredor, y tres *cuartos*, como se les llama á los pequeños departamentos agregados á la casa y que sirven de dormitorios. Las paredes son de adobes, de tres pies de espesor, enlucidas por dentro y fuera; dos puertas que se enfrentan y una pequeña ventana; el cielo techado con cañas y cubierto con tejas fabricadas de arcilla, de forma semi-cilindrica, cocidas y fijadas con cemento, colocadas unas sobre otras en hileras, alternativamente cóncavas y convexas, formando así canales para el descenso de las aguas. El piso es de tierra, y ése, áspero y desigual. Hay pocas casas que no se lluevan y en el invierno son en extremo húmedas é incómodas. Tienen más ó menos una altura de doce pies ni otro cielo que el techo. Cerca de la ventana se levanta una plataforma, de cerca de veinte pies de largo y de seis de ancho, tapizada con una alfombra turca ó tapete que lo parece, y en ella permanecen las mujeres sentadas, al modo que los sastres entre nosotros, siempre que no se hallan ocupadas. Casi todas las casas están dotadas con algunas pocas sillas, pero no recuerdo haber visto jamás á una mujer sentarse ellas, ni en el campo ni en la ciudad.

25 DE JULIO, 1818.

La presente estación es la peor del año en pastos, y así los caballos se ven escuálidos y enflaquecidos. Cuéntase siempre con la primavera, que comienza en el mes próximo, para que puedan reponerse y engordarse. Establos no se conocen, ni el heno se guarda, dejando que el pasto que tapiza sus fértiles campiñas madure y se pudra sin que nadie se dé el trabajo de cogerlo. Suplen el escaso forraje de los meses de invierno (ó mejor dicho, de los del otoño) con la paja del trigo mezclada con granos.

He visto en el campo multitud de caballos con las orejas cortadas ó quemadas y tapadas, con lo que quedan así completamente sordos, práctica cuyas ventajas no me explico. La cola se les deja siempre arrastrar por el suelo. Un hermoso caballo bayo que me regaló don Antonio Sosa anda perdido hace más de un mes y no dudo que lo hayan cogido los soldados que han estado prorranteando animales durante algún tiempo en esta parte de la provincia.

La última semana me hallé en una de las diversiones corrientes en esta época del año llamadas rifas, que se verifican del

modo siguiente. El mayordomo ó dueño de una estancia anuncia al vecindario con una semana de anticipación que en un día señalado matará un cerdo y que en su casa recibirá á todo el mundo, en la tarde de cuyo día comenzarán á reunirse en la casa hombres y mujeres, jóvenes y viejos, venidos de todas partes. La diversión comienza al són de los acordes de la guitarra y del canto, y sigue luego el fandango, en cierta parte de la casa, mientras en otra, tres ó cuatro círculos de hombres se entretienen con los naipes en un juego parecido al tresillo. Hacia la media noche se sirve una cena compuesta de guisos sabrosos y variados y especialmente alguno de puerco: tiénese á la mano vino, ponche y otros licores, que cada uno paga conforme á lo que pide, y la fiesta dura por tres días con sus noches, sin dormir más que lo necesario para restaurar las fuerzas y poder volver á comenzar. Esta especie de fiesta, según creo, es peculiar del campo y de las aldeas pequeñas.

En todas sus diversiones se nota una curiosa mezcla de franqueza y cortesía, de familiaridad y á la vez de seria urbanidad. Con respecto á los habitantes de la ciudad y á la gente más acomodada debemos ser

con ellos indulgentes, habiéndoles cabido en suerte en el solo espacio de un año los disturbios y alborotos que acompañan siempre á una guerra civil, ya sitiados ó sitiadores, ya perseguidos ó persiguiendo, ya entusiasmados con las noticias del triunfo. ya abatidos con los relatos de una derrota. En el interior del hogar, los trastornos políticos han influido poco en la rutina ordinaria de la vida y en los usos y costumbres de las gentes. Debe decirse aquí con relación á sus hábitos y modo de ser lo que dejo ya indicado tocante á su complexión y mezcla de razas. Como españoles é indios se han cruzado, unos y otros han adoptado sus respectivas costumbres, y hoy, en la misma familia, ó entre vecinos, se encuentra la amalgama más extraña del refinamiento europeo y de la barbarie indígena, hallándose así en el promedio del descenso del uno y en el mejoramiento y adelanto de la otra.

Uno de los tópicos más dignos de notarse es el diferente grado de aprecio en que algunos artículos y productos se tienen en distintas localidades con relación á su escasez ó abundancia. Aquí, para encender el fuego, el cocinero recoge un manojo de cañas que un elegante de las calles de

Nueva York elegiría para bastón en algunos de sus paseos matinales; y para barrer el húmedo y sucio pavimento, la criada juntará ramas de fresco y oloroso mirto, que entre nosotros se desparramarían con sus centenares de cogollos en flor para adornar un salón de baile. Del lado afuera de la casa se puede ver algún corral de cerdos fabricado de la más preciada madera, y en el interior, el dormitorio estará hecho de ladrillos á medio calcinar y de barro. Durante la noche se podrá reposar la cabeza en almohada de batista ó de fina holanda preciosamente bordada, y al mismo tiempo el catre consistirá en unas cuantas tablas y maderos sin labrar, mientras debajo de él no faltará algún tiesto de bruñida plata ... En la mesa los manjares se servirán en fuentes de plata maciza, puestas sobre un mantel que parece ha de haber servido para secar los platos desde hace un mes.

Aun en la ciudad, aunque poseen grandes jardines, tienen pocas ó ninguna puerta de servicio, á no ser un pasaje á los patios y huertos, común para hombres y animales. Para entrar el caballo al patio hay que pasarlo por la sala, y cien veces les he visto dejar trás de sí otras huellas que las de sus patas, incidentes caseros que

harán reír pero nunca sonrojar á nadie.

En pequeña escala, todos son comerciantes, puesto que constantemente lo pasan en negocios y regateos. Propiamente no guardan nada fijo en sus casas ó en sus personas, y no hay nada tampoco que tengan ó compren que en cualquier momento no estén dispuestos á venderlo, si en ello logran una ganancia, por pequeña que sea. En el campo con muchísima frecuencia están enviando de una estancia á otra á comprar, por un medio ó tres cuartillos, objetos de que uno carece y que otro posee. En la ciudad, las casas, casi sin excepción alguna, tienen como anexo un pequeño despacho en que el propietario, cualquiera que sea su estado ó condición social, ofrece en venta por temporadas los artículos que produce.

En esta tierra, que debe decirse cimentada sobre plata y oro, el dinero es relativamente escaso, y su influjo infinitamente más irresistible que en nuestro país, y esto, según deduzco, no sólo pasa hoy sino que siempre ha sido así.

El término medio de los jornales no ha cambiado con los tiempos: un hombre fuerte y entendido, ha podido siempre, como puede hoy, contratarse por doce y

medio centavos al día cuando lo solicita, y por veinte centavos cuando se le busca. En verdad, una moneda de plata acuñada, por pequeña que sea, hace más camino y se maneja con más cuidado que entre nosotros la mayor de su especie. Cuando un hacendado industrialo convierte el producto de su chacra en metálico y vuelve de la ciudad con cien ó doscientos pesos, da gracias á Dios que le permite vivir en una tierra de oro y plata.

Carecen de todas las facilidades de la industria ó del comercio: sin instituciones bancarias, sin papel moneda, guarda cada uno su caja de fierro, y pasa por de más importancia el que posee el cofre más pesado. Y aunque el medio circulante consiste sólo en metálico, en cuanto puedo juzgar del presente estado de cosas y de mis informes por lo que respecta al pasado, hay más de aquél en sola la ciudad de Boston que en toda la provincia de Concepción. Si uno les nombra aquí á personas particulares de Boston cuya fortuna sube á millones, ó de casas de habitación que han costado cuarenta, cincuenta y algunas un centenar de miles de pesos, exclamarán: «¡qué país tan rico y feliz!» pero si acontece decir que allí no hay minas de plata ú oro, á

uno le escucharán siempre en adelante con aire de incredulidad. Consideran como imposible que exista un hombre realmente rico en un país que no tenga metales preciosos, tan imposible como si pudiese haber cristiano alguno en una sociedad que negase la autoridad del Papa.

Ignoran de la manera más absoluta la situación geográfica, producciones, población y riqueza de cualquier país que no sea el suyo, aún de la España. El comercio exterior ha estado siempre monopolizado por el Rey, ó por unos pocos individuos, que lograban una concesión para el caso, y la generalidad, á la larga, habiendo sido excluida de toda participación, ha manifestado interesarse poco en él. En cambio de sus trigos, cobre y dinero, reciben de Lima tabaco y azúcar, con un escaso surtido de mercaderías de la Europa ó de la India, sin que sepan ó se cuiden de si estos son productos ó manufacturas de Lima ó si vienen de otra parte, y sin que puedan suplir esta falta de conocimientos con libros, de que carecen por completo. Con excepción de la lectura y escritura, en la que lo hacen bastante mal, y de las cinco reglas fundamentales de la aritmética, no hay entre ellos nada que se parezca á educación ó literatu-

ra, y aún aquéllas se consideran propiamente de lujo y no esenciales. Durante más de seis meses he buscado inútilmente un diccionario y una gramática españoles, sin lograr siquiera averiguar donde podré encontrar alguno de estos libros. Creo que puedo atreverme á decir que no hay un solo individuo oriundo de la provincia en cuya biblioteca figuren más de media docena de obras elementales ó de devoción, junto con una ó dos de homilias y otras tantas de medicina ó cirugía. El libre comercio con el extranjero es uno de los objetos capitales que persiguen los patriotas, y si la revolución triunfa ¡qué campo tan vasto de adelantos se abre á la nación!

AGOSTO, 1818.

El mes de Agosto es aqui el más desagradable de los del invierno, pero después de mediados de éste, consideran generalmente como iniciada la primavera. Los primeros diez dias del mes fueron tempestuosas con vientos fuertes del norte y lluvias continuas. El tiempo se ha asentado ya, y el dia de hoy, 12 de Agosto, es como uno de los más hermosos de nuestro Junio. Las lluvias desde esta fecha en ade-

lante disminuyen gradualmente en duración, hasta que, á fines de Septiembre, son ya raras.

Las viñas están podándose y arreglándose y el trigo y las hortalizas se hallan crecidos y prometen una recolección abundante. Los años experimentan aquí pocas variaciones entre si, de modo que las cosechas pueden siempre calcularse con certidumbre; jamás sufren sequías y sus lluvias primaverales no son nunca tan copiosas como para anegar la semilla una vez sembrada. Los campos son, por de contado, hermosos en las diversas estaciones, y flores silvestres de infinitas clases se ven al presente brotar por todas partes.

Como contrapeso á esta fertilidad y á la belleza del suelo y del clima (según dicen nuestros geógrafos) se hallan sugetos al más terrible de los fenómenos de la naturaleza: los temblores. Es indudable que los sacudimientos son aquí más frecuentes que en la mayor parte de Europa ó América del Norte, y es también incuestionable que por causa de ellos, los moradores viven en perpétuo y supersticioso terror. Sin embargo, habiéndome informado de los hombres más ancianos que he hallado, no encuentro á nadie que recuerde una sola muerte cau-

sada por los terremotos. Este miedo general que se les tiene procede quizás de la remoción de la capital de su antiguo sitio al local que ocupa hoy, á consecuencia de la inundación y destrucción de muchas casas de la ciudad vieja por el *temblor grande* ocurrido hace ochenta ó noventa años. En el año último sólo se sintió un sacudimiento perceptible en Concepción, de esto hace pocas noches, en circunstancias que ocho ó diez personas nos hallábamos en la estancia á la hora de la cena, cuando de repente se levantaron todas y salieron corriendo al patio pasándose á llevar cuanto encontraban en el camino y gritando «misericordia, misericordia.» El sacudimiento duró apenas un instante y fué menor que el que se sintió en Massachusetts pocos dias antes de nuestra partida y que dió que hablar apenas por un momento. Se me dice, sin embargo, que no puedo formarme una idea de lo que son los temblores en Chile á causa de que en el último año se ha visto notable y providencialmente exento de esta calamidad.

Apesar de la variedad de tipos que se encuentran en esta provincia, me parece que no hay diferencia en el idioma, y, en cuanto puedo juzgar, no existe un lenguaje

peculiar á las clases bajas. Entre nosotros, se puede, generalmente hablando, juzgar de la posición y educación que ha recibido una persona dada por su lenguaje, pero aquí el obispo y el campesino, la señora y su criada expresan sus ideas y sensaciones, sus deseos y sus necesidades con idénticas palabras y frases: el *guaso* medio desnudo manifestará su agrado ante lo que le gusta, ó su pena ante cualquiera desgracia que le sobrevenga con palabras que si se tradujesen literalmente á nuestro idioma se considerarían en un hombre sin cultura como afectadas y le expondrían al ridículo.

Su idioma, derivado directamente del Lacio, de hecho apenas es otro que un latín corrompido. En inglés, me choca la diferencia de los términos empleados por una persona de la clase alta y otra del pueblo, por su manera de expresarse, y porque aquélla usa de muchos, y ésta de pocos ó ningunos vocablos de derivación clásica.

Existe también muchísima familiaridad entre las diversas clases sociales. A los criados una vez que concluyen sus tareas del día, se les permite sentarse en el mismo cuarto que la familia, y como casi todos saben bailar ó cantar ó tienen algún talento ó gracia especial, se les llama fre-

cuentemente para que durante la noche diviertan á las visitas. En muchas familias se encuentra uno con un muchacho medio indio, á quien se le enseña á modo de payaso y que desempeña un rol parecido al que los antiguos bufones tenían en las familias reales durante la edad media. En la elección de compañero del momento me ha parecido que se presta poca atención á la posición social, aún entre las mujeres, y el señorito más rico de la comarca se chanceará con su lacayo con igual familiaridad que con un hermano. De aquí que en el porte y en la conversación prevalezca entre todas las clases sociales cierto espíritu de independendencia y naturalidad en el porte, y de aquí también que jamás se encuentre esa torpeza y encogida timidez que caracteriza entre nosotros á los campesinos y gente del pueblo cuando se ven en presencia de sus superiores.

Una de sus diversiones favoritas es «contar cuentos», en lo que demuestran tal buena memoria y facilidad de elocución que á menudo me he quedado asombrado. Donde quiera que durante la noche se encuentren agrupados media docena de amigos ó que la familia se halle reunida después de cenar, alguno de la concurrencia

toma la palabra, y sin la menor hesitación y sin interrupción alguna prosigue con su historieta durante una hora entera, y á veces dos, con el mismo aplomo y rapidez que si estuviese leyendo en un libro. Generalmente son cuentos de princesas cautivas ó encantados caballeros, tomados de las *Mil y una noches* y trasmitidos de viva voz de padres á hijos, entre nobles y plebeyos, pobres y ricos. No tienen más biblioteca que la propia memoria, que es notablemente buena. Se despacha amenudo de un pueblo á otro á un muchacho, con dinero y un centenar de diversos encargos, sin un solo apunte por escrito, y se puede estar seguro que los cumplirá con esmero y exactitud. Jamás oye uno decir á un chileno: «lo olvidé.»

Como sucede con la mayoría de los pueblos, son grandemente afectos á su país y á sus hábitos y costumbres.

Piensan que su país es la tierra de promisión bajo todos conceptos, y los demás, como los otros metales comparados con el oro, y en esto me siento inclinado á pensar como ellos, porque, ciertamente, en cuanto á belleza y salubridad del clima, fertilidad del suelo, como paisajes y variedad de producciones, no hay región en el mundo que

le sobrepase. Sus montañas son sublimes y á la vez pintorescas sobre toda ponderancia, sus campiñas fértiles y dilatadas, sus rios anchos y hondos, sus ganados hermosos y nobles: todo, con excepción de su soberano el hombre que, ageno á estas bellezas y condiciones naturales, anda siempre soterrado escudriñando las entrañas de la tierra.

Con respecto á su manera de vivir, dudo de que hayan experimentado cambio material alguno durante los tres últimos siglos. Han ido en aumento pero no han adelantado. Y en verdad, ¿cómo podrían adelantar? si por acaso se ve aparecer en alguno un principio de afición á las letras ó á instruirse, queda siempre cegado en flor, porque no tienen prensa ni libros. Jamás salen del país. Excepto cinco ó seis mujeres casadas aquí con oficiales españoles que han hecho con ellos el viaje á la Península, no he encontrado un solo oriundo del país que jamás haya intentado visitar punto alguno del globo, exceptuando también unos pocos marineros que han ido y vuelto de Filipinas.

Aquí, un mozo de la mejor clase social, tan pronto como sabe algo de escritura y aritmética y ha salido de la escuela, corre

con su novia al altar, y antes de que como hombre tenga tiempo de observar lo que le rodea, se encuentra ya padre de familia: arráigase entonces, contento en la esfera que le ha deparado su suerte, y en lugar de calentarse la cabeza con investigaciones acerca de los hábitos y costumbres de otras naciones, rara vez sabe ó se cuida de que exista alguna otra que la propia. Soldados españoles y aventureros han sido los únicos extranjeros que han sido admitidos entre ellos, hasta estos últimos años en que han sido por acaso favorecidos con la visita de unos cuantos balleneros ingleses ó norteamericanos, ninguno de los cuales ha tenido tiempo de contribuir mucho á su progreso. De aquí que ignoren completamente todos los adelantos modernos de la economía doméstica. El amueblado de sus viviendas es basto, tosco, incómodo y falto de elegancia, aún entre los más ricos del país. En cuanto á las cocinas y sus útiles, da lástima ver la deficiencia que tienen; ni hogares, chimeneas, palas, tenazas, ni asadores: de hecho nada de cuánto entre nosotros se considera de absoluta necesidad para cocinar con esmero; siendo esto prueba de su ingenio, pues, apesar de todo, guisan bien en el campo y en la ciudad y

poseen gran variedad de viandas muy sabrosas.

Sus casas, de las que he dado noticias más arriba, podrían transformarse con muy poca dificultad en castillos, desde que se necesitaría sólo colocar en el interior unos pocos cañones, perforar las paredes á trechos y tapar las puertas para formar una fortaleza bastante respetable y defendible; y al hacerlo, no se necesitaría subir escalas, ni tener pisos que se hundieran á nuestros pies, ni paredes divisorias que impidieran el avance. Son poco mejores que sombrías prisiones, y en las horas de descanso las gentes están sentadas en los corredores ó debajo de los árboles frutales de la huerta, la guitarra siempre á mano y siempre listos para acompañarse á cantar ó á bromear con cualquier amigo que pasa. Esto se aplica á las casas en general, si bien en la ciudad se encuentran muchas que pueden llamarse elegantes, con sus cielos de blanco y alisado estuco, con frisos ricamente dorados, con las rejas de las ventanas también doradas y ornamentadas, aunque siempre sin cristales, y todo por el mismo sombrío estilo arquitectónico.

No tienen nada que equivalga á las delicias de una conversación al lado de la chi-

menea entre nosotros; ni tienen idea de ese sistema de vida independiente, tan dulce y superior á los demás, que una familia inglesa ó norte-americana goza en casa, y que es aún mayor cuando no está en casa para los demás. En sus bailes y tertulias, á que acude mucha gente, sus diversiones y maneras no son tampoco del gusto de un europeo ó americano culto. Se encuentra bastante vida, alegría, franqueza y cortesía, pero sin mezcla ni apariencias de delicadeza, aseo, cuidado del traje, de las formas ó de un lenguaje cortesano.

Aunque la antigüedad parezca contradecir el hecho, ciertamente hay muchos ejemplos en lo moderno para probar que á medida que en un pueblo faltan los dones de la naturaleza, han avanzado las conquistas del arte. Las artes útiles y primordiales se cultivan en la misma proporción que sirven ó se necesitan en una comunidad cualquiera.

Aquí, la naturaleza se ha mostrado tan pródiga en sus beneficios, que para asegurar una subsistencia holgada, apenas se necesita de ayuda extraña, y, por lo tanto, las artes aunque, por supuesto, conocidas é introducidas entre ellos por sus relaciones con España, han más bien retrogradado

que florecido. Carecen de asociaciones mecánicas, de términos ordenados de aprendizaje, de todos los medios de ensayo que entre nosotros son tan necesarios para asegurar el éxito á un mecánico; nada parecido á una firma social hereditaria ó siquiera á un comercio de por vida—«semper sutor ultra crepidam»,—el aprendiz cuando se cansa de su banco carga á la espalda su fusil y se hace soldado del momento. El carpintero, con un año ó dos de intervalo, abandonará el hacha y empuñará la vara de medir; y el albañil dejará que su casa se venga abajo mientras allá lejos comercia con los indios. No faltan entre ellos manifestaciones de ingenio, pero rara vez se ven estimulados por la necesidad. No hay ni sombra de esa rivalidad y emulación que son el alma de las artes mecánicas. Siempre que se trate de ejecutar aquí cualquiera faena de importancia por algún artesano, habrá que pagarle y darle las gracias; y un padre de familia amenudo invitará á sus trabajadores á una cena seguida de baile después de concluido el trabajo. Muchos artesanos vienen, por de contado, de España, y muchos de ellos se apoltronan luego, desde que ven que pueden ganarse la vida con poco esfuerzo; otros, después de

ejercer durante algunos años con constancia un descansado oficio, se hallan en situación de comprar tierras, plantar una viña, ó sembrar sus campos de trigo, y dar á sus hijos todas las ventajas de la educación que el país permite; y los descendientes de los tales son los que forman, en cuanto puedo juzgar, la clase social, más rica y respetable en Chile.

Ha transcurrido ya un año desde que llegamos á la provincia de Concepción, un año durante el cual he soportado y sido testigo de más privaciones y miserias que en todo el resto de mi vida. En los dos primeros meses de este año, tuvimos que permanecer á bordo con los compañeros de la clase que he dicho. Siempre teniendo á la vista el paisaje más hermoso y seductor, pero sin poder aproximarme á él, y cuando al fin se nos autorizó para bajar á tierra, debimos, por de contado, limitarnos al territorio del Rey, que consistía en un solo estrecho promontorio, á cuya base está el puerto de Talcaguano, último asilo de los realistas. Allí pudimos participar de todas las penalidades y privaciones de un estrecho y apretado sitio; ascender con ellos á las alturas y ver la caballería enemiga, y escuchar el ruido de las bombas que reven-

taban sobre nosotros antes de caer en el pueblo. Con todo esto por diversión, nos ingeniamos para pasar el tiempo hasta que se levantó el sitio, permitiéndonos entonces visitar la ciudad y salir á caballo por los alrededores. No olvidaré jamás las impresiones que experimenté el primer día que visité á Concepción, inmediatamente después de la retirada de los patriotas y antes que los realistas hubieran abandonado á Talcaguano ó bajado de los cerros, donde muchos estuvieron ocultos durante el sitio. Presentóse entonces á mis ojos una escena de triste desolación, de que hasta entonces nada parecido había visto, cuando sólo unos cuantos habitantes y no pocos clérigos y frailes habían regresado y las iglesias del pueblo estaban todas abiertas. El clero se ocupaba en consolar á los enfermos y á los viejos, quienes parecían otros tantos patriarcas que lloraban y se lamentaban del exterminio de su raza. Una compañía de soldados se había alojado en el palacio, y en la plaza mayor que se halla frente de la catedral estaban apostados á trechos y de uno en uno centinelas que semejaban los genios guardianes del silencio y de la soledad. Podía transitar á medio día por entre las huellas de

una multitud que acababa de pasar, por calles de una milla de largo, sin divisar más que nuestra propia sombra y sin oír más ruido que el de nuestras pisadas. La escena impresionaba mucho más que si la ciudad hubiese sido abandonada por causa de la peste, como que en casi todas direcciones la vista tropezaba con un montón de humeantes ruinas. Para mí, aquello se asemejaba propiamente á la idea que me había formado del efecto de los terremotos, que esparcen tal repentino horror y consternación que los padres huyen en busca de su propia salvación, sin cuidarse de los quejidos de sus hijos moribundos.

La canalla de uno y otro sexo regresó de los primeros y la bulliciosa algazara que levantaba en ciertas partes de la ciudad formaba triste y repugnante contraste con el silencio solemne que reinaba en otras.

El aspecto de las cosas fué cambiando gradualmente; realistas venidos de todos los contornos ocuparon de nuevo sus casas en el pueblo; la pública tranquilidad y la seguridad renacieron completamente con la llegada de Osorio y los cuatro mil soldados que trajo de Lima; y en este estado permanecimos durante un mes ó dos, al-

gunas veces en la ciudad y otras en Talcaguano, los meses más hermosos del año, hasta que, á mediados de Abril, su General con unos quince ó veinte fugitivos, descalabrados y cubiertos de polvo, se presentaron de repente en el pueblo, anunciando la pérdida de la batalla del día 5 y la destrucción completa de su ejército. Una escena de espantosa confusión tuvo entonces lugar, peor que cuanto hasta ese momento habia presenciado. Los patriotas, irritados por la lucha y victoriosos, se esperaba que se apareciesen por momentos á las puertas de Talcaguano. Los habitantes de la ciudad huían otra vez al puerto, y las necesidades y sufrimientos del primer sitio parecían que iban á renovarse de nuevo, pero mayores todavía, como que el peligro se veía más próximo y menores eran las esperanzas de socorro. En este estado han continuado hasta hoy sin ser molestados de los patriotas, que por causas que no es posible conjeturar, aun no han continuado su marcha. En esta situación los dejé para irme al campo.

Durante la mayor parte de este mes, los negocios públicos han presentado el mismo aspecto que en Julio. Requisiciones diarias, contribuciones y levas de parte de

los realistas, y esfuerzos constantes para escapar á ellos y evitarlos de parte de los campesinos y habitantes de los pueblos. Partidas de soldados son enviadas en todas direcciones en busca de reclutas y provisiones, pero en cuanto se aproximan, los hombres huyen á los montes con sus caballos y ganados y permanecen ocultos hasta que pasa el peligro; sin embargo, raro es el dia en que muchos no son sacados de sus casas en estas vecindades para ser enrolados en el ejército ó trabajar en las fortificaciones de Talcaguano. Estas se han comenzado también en la isla de la Quiriquina y estaban ya bastante adelantadas y parecian de algún respeto, cuando el 10 de este mes los trabajadores y los reclutas, en número de cerca de doscientos, se sublevaron contra sus jefes. La guarnición consistia en una compañía de soldados españoles con sus oficiales.

El sargento de esta compañía fué elegido por jefe y poniéndose á la cabeza de los reclutas y operarios, prometiéndoles irse con ellos al campo de los patriotas. Después de alguna resistencia, en que murieron ocho ó diez de cada bando, lograron su propósito, destruyeron las obras de defensa en una centésima parte del tiempo que habian

tardado en levantarlas, y después de clavar y arrojar al mar los cañones y pertrechos que no pudieron llevarse consigo, se embarcaron en las lanchas de la «Esmeralda» atracadas entonces á la playa, y dirigieron su rumbo á algún punto de la costa que estuviese en poder de los patriotas. Si han logrado ó nó su objeto, aún no lo hemos sabido.

AGOSTO 25, 1818.

Al fin ha llegado la repuesta á las comunicaciones enviadas á Lima por el «Cantón», si bien parecen venir aun á complicar las zozobras de los realistas y habitantes de la provincia. No conocemos su texto, pero podemos apreciar sus efectos. Los fuertes de Talcaguano han sido destruidos; se ha embarcado la artillería ligera y la restante se ha inutilizado; todos los oficiales y soldados, junto con los realistas, deben embarcarse para Lima, y á estas horas probablemente se habrán hecho ya á la vela. La gran mayoría de la población de la provincia queda así á merced de los patriotas victoriosos. Lo que viene á aumentar todavía su zozobra y parece el colmo de su infortunio es que ahora que los realistas proyectan desistir de su causa, los

indios sus aliados vienen por bandadas en su auxilio. Unos cuantos miles se hallan en camino para la ciudad y el puerto; cómo ha de ocupárseles ó cómo ha de despachárseles con seguridad es tema de horrorosa incertidumbre para toda clase de gentes, y los recelos que inspiran, caso de despedirlos de pronto, son aún mas de temer que cuanto hasta ahora se ha experimentado.

SEPTIEMBRE 20, 1818.

Así se inició el mes de Septiembre, y hasta mediados de él estuvimos en el campo recibiendo día por día informes contradictorios con respecto á lo que ocurría en la provincia, hasta que con esta fecha tuvimos noticias seguras de lo que había pasado, á saber: que Osorio se dió á la vela de Talcaguano con todos los buques de guerra y mercantes, llevándose cerca de trescientos soldados, en su mayoría europeos, junto con muchas de las familias realistas más comprometidas y que pudieron proporcionarse dinero para hacer el viaje.

Antes de embarcarse, demolió los fuertes de Talcaguano, y los cañones que no pudo llevarse, los clavó, inutilizó y arrojó al mar.

Dejó en tierra cerca de doscientos ó trescientos hombres de tropas regulares al mando de don Francisco Sánchez, que ahora manda en jefe en la provincia, y que cuenta, además, con cuatrocientos ó quinientos nuevos reclutas y cuatro ó cinco mil indios que quedan aguardando sus órdenes en la frontera. Son ya de todos conocidos los proyectos del Gobierno, quien, sin órdenes ni apremios, invita y aconseja á todos los ciudadanos, sin distinción de clases, á seguir á las autoridades, que con todas las fuerzas que aun restan en la provincia, se trasladan á la ciudad fronteriza de Los Angeles, situada cerca del Biobío y como á cincuenta leguas de Concepción, ciudad que es una especie de depósito para el comercio con los indios. Este es ahora el punto de reunión de los realistas, de donde, si tuviesen necesidad de escapar, podrían pasar por el camino de las montañas al puerto de Valdivia, que aun permanece en poder del Rey y que se dice estar muy bien defendido. Mientras tanto, para atender á estas exigencias, el Gobierno ha decretado una contribución sobre las propiedades de toda especie, proporcionada á lo que cada uno posee, caballos, mulas, bueyes. Para estas requisiciones no hay

oposición declarada, pues aunque saben que bien pronto estará la provincia en poder de los patriotas, y aunque en ella hay muchos que lo son de corazón, sin embargo, es tal la ceguedad general con respecto á la majestad real que sufrirán tranquilamente que sus hijos les sean arrancados de sus brazos y el pan de su boca, si se ejecuta en nombre del Rey.

Lo que ahora ha sembrado la consternación y el desaliento entre la mayoría de las gentes es la translación de las monjas. En la ciudad de Concepción había cuatro ó cinco conventos de frailes y uno habitado por cerca de cien monjas. Durante los disturbios revolucionarios de los seis años últimos los claustros fueron convertidos en cuarteles por uno y otro bando, según era el que respectivamente ocupaba la ciudad; pero las monjas vivieron siempre tranquilamente, de cuya causa creció aún la reverencia que el pueblo les tenía, y así, cuando hace pocos días se anunció que debían abandonar su santuario, cayó la noticia como un golpe eléctrico produciendo más alarma que el temblor que arruinó la antigua capital. Tomaron la dirección de Los Angeles. atravesando ayer el Biobío en botes descubiertos, á una legua distan-

tes de nosotros. El viaje es de tres días por el río; pasaron la primera noche al aire libre, como á media legua de donde nos hallábamos, y esta mañana han continuado su viaje en nueve botes, seguidos por frailes y clérigos, en otros diez ó quince, acompañados de una escolta de soldados, *pari pasu*, por una y otra ribera del río. Antes de abandonar la ciudad manifestaron al pueblo que su translación no debía considerarse como anuncio de una venganza divina que cayese sobre el país, y que, los pobres que no pudiesen seguirlos, debían permanecer en sus hogares, confiados en el poder y protección de su Padre celestial.

Mientras tanto, durante el mes último y en realidad durante muchos de los pasados, la situación de los habitantes de la provincia ha sido del todo infeliz. Es difícil apreciar qué temen más, si la aproximación de los patriotas, ó la de los realistas, ó la de los indios: á los unos, porque por derecho de conquista se apoderan de cuanto encuentran; á los otros por las exacciones que les imponen, y á los últimos por el saqueo general que consideran pertenecerles de razón cuando prestan sus servicios.

En la estancia nos toca participar de to-

dos estos temores; hemos ocultado bajo tierra cuanto consideramos de algún valor, y dormimos con nuestras pistolas cargadas y con las espadas á mano, aunque nuestros temores no nacen tanto de las causas públicas ya dichas, como de la situación en que nos hallamos en medio de un populocho acostumbrado durante seis años á las turbulencias de una guerra civil y sin nada que se parezca al nombre de autoridad para contenerlo.

Para nosotros es imposible juzgar con alguna certidumbre de las intenciones y propósitos de los realistas; en su conversación, como siempre se manifiestan confiados en los socorros que han de recibir, en las promesas y poder del Rey y en la certidumbre del éxito final. Solamente por sus movimientos podemos formarnos algún juicio con respecto al verdadero estado de las cosas. Parecen hallarse persuadidos de que carecen de las fuerzas suficientes para sostener su dominación, pero no pueden consentir en abandonarla del todo. Saben que este país fué siempre considerado como una de las más brillantes joyas de la corona real, aunque, como joya, hasta aquí ha servido sólo de adorno. Los realistas, por lo tanto, se han negado á reconocer la

independencia de la nación, ó á tratar con los patriotas, excepto con motivo de algún canje de prisioneros. Ordóñez y los prisioneros de Maipú permanecen en Santiago, sin que sepamos cual sea su número. El General en jefe con la mayor parte de las fuerzas y riquezas de los españoles, han abandonado el reino, habiendo demolido antes las defensas de su más fuerte asilo. Uno se imagina así que, si hubieran abrigado esperanzas de mantenerse en el país, no habrían salido de Talcaguano, tan fuerte por la naturaleza, y casi inexpugnable como por el arte se hallaba, y al mismo tiempo, con inmediato acceso por el mar. Durante seis meses fuimos testigos de lo fuerte de la plaza, cuando con un exceso de población y sólo con mil hombres que la defendiesen, se mantuvieron firmes contra tropas cinco veces mayores en número en ataques casi diarios.

Sin embargo, han abandonado la plaza, y hoy todos los restos realistas se hallan reconcentrados en el pueblo de Los Angeles. La única ventaja que éste posee es su vecindad á las tribus de indios amigas, al través de cuyos territorios pasa el camino á Valdivia, y donde, hace unos quince años, el Obispo de Concepción al dirigirse á

aquella ciudad para administrar la confirmación, le robaron hasta la camisa, y sus guardias y criados fueron asesinados, perdonándole la vida por la intecesión de un indio que le había conocido en la ciudad. A tales aliados se halla confiada ahora la causa realista en Chile.

Con excepción de la inmediata vecindad del ejército, actualmente no hay autoridad civil ó militar en parte alguna de la provincia, los crímenes quedan sin castigo y no existe seguridad la que menor para vidas ni haciendas. Cada familia ó pequeña comunidad se halla obligada á buscarse lo necesario para su propia defensa y para protegerse á sí misma de la manera que puede contra cualquiera agresión.

Casi no pasa dia sin que nos visiten algunas de las partidas de soldados despachados en todas direcciones para recoger caballos, mulas, monturas, frenos, etc., para el servicio del Rey, cosas de que, como siempre, se apoderan sin el menor escrúpulo y sin dar recibo. Merced á la táctica que hemos observado con los soldados, hasta ahora vamos logrando escapar con sólo la pérdida de cinco ó seis caballos, si bien muchas familias de la vecindad han debido entregar todos sus animales, sus casas han

sido registradas con la mayor prolijidad y despojadas de cuanto se consideraba podía ser útil para el servicio del ejército. Defiéndense con energía en tales ocasiones, excusándose con su pobreza; pero, acostumbrados siempre á semejante procedimiento para suplir las necesidades del Gobierno, la cuestión del derecho ó de la oportunidad con que se ejecuta parece que no se les ha ocurrido jamás.

Comienzan, en verdad, ahora á adquirir ciertas nociones de independencia como nación; pero en cuanto á la verdadera libertad é igualdad, á la protección y seguridad que el gobierno debe proporcionar al pueblo, y al apoyo que éste, en cambio, debe prestarle; en lo tocante á tales derechos y obligaciones, generalmente hablando, ni aún el más ilustrado de todos tiene la noción más mínima, como las mulas y bueyes que manejan á voluntad en sus campos, no la tienen respecto á sus derechos y obligaciones en lo tocante al hombre. Confieso que jamás hasta ahora habia podido formarme una idea cabal de la mansa y degradante sumisión á que el despotismo y la ignorancia unidos pueden reducir al género humano. Que el Rey fuese absoluto señor de vidas y haciendas era

hasta hace muy poco un axioma tan indiscutible entre ellos como que el Papa es jefe de la Iglesia, lo que nadie que desee vivir en paz, se atreverá hoy tampoco á dudar. Como muestra de sus ideas tocante al poder real, diré que es frecuente que á uno le pregunten si los ingleses no son tributarios de España, si hay *patriotas* en Europa, esto es, si ha habido allí alguna nación que se haya atrevido á levantarse contra la autoridad del más católico de los reyes; y tal es, según me inclino á pensar, lo que en realidad se entiende por *patriotismo* en Chile.

Hasta hoy la iglesia de Hualqui ha permanecido abierta y en ella se ha dicho misa con regularidad, y aun dos veces desde que me hallo aquí ha habido sermón. El cura es hombre sensato y agradable, y su influencia es muy considerable en materias civiles y religiosas. Hurtos corrientes y delitos menores (y en verdad algunos que entre nosotros serían calificados de atroces) se descubren de ordinario en confesión, (práctica obligatoria á todo católico, á lo menos una vez al año) y el culpable, después de restituir lo robado y de cumplir la penitencia que le es impuesta, recobra su tranquilidad de conciencia anterior y el

puesto que antes ocupaba entre sus vecinos. Prepárase ahora para retirarse á Arauco, y junto con él, varias de las principales familias de Hualqui; y así, parece que el último lazo que ha podido mantener en sociedad á los vecinos del lugar, está en visperas de romperse.

FEBRERO, 1819.

Durante los tres ó cuatro últimos meses no me ha sido posible llevar en orden mis apuntes, ni aun escribir una letra, por las circunstancias que aparecerán de la ojeada retrospectiva que voy á hacer del estado de las cosas en la provincia y de los incidentes por que he pasado en este tiempo.

A principios de Octubre, la gran mayoría de las familias realistas, sin distinción de clases, en toda la provincia, de acuerdo con las órdenes del Gobierno, se habian trasladado, unas á Los Angeles y otras á varios puntos de la ribera sur del río Biobío, de donde, en caso de aproximarse los patriotas, pudieran pasar á Valdivia y Chiloé atravesando el territorio de los indios amigos. Las tropas, tanto regulares como de milicias, habian alcanzado hasta la frontera, llevándose consigo cuanto animal

pudieron encontrar. Don Francisco Sánchez, comandante en jefe, se quedó aun en la ciudad, pero solamente con una escolta lista para partir al primer momento de alarma.

Mientras tanto, nada se sabia de los movimientos de los patriotas, aunque, si habian dejado á Santiago, por lo menos no podian hallarse aún cerca de Concepción. Hubo en ese entonces un periodo de completa inacción, de considerable duración, durante el cual la hez del populacho de la provincia entera, acostumbrada durante siete años á las turbulencias de la guerra civil, se unió á los desertores del ejército, muchos de los cuales permanecian ocultos en las montañas, se desparramaron en todas direcciones, cometiendo sus fechorias sin impedimento alguno ni temor de que fuesen castigados. A la vez se esperaba que los indios aliados á los realistas se aproximasen de un momento á otro á la capital. Bajo tales circunstancias no pudimos considerar ya seguras nuestras vidas, aislados como nos veíamos en la estancia y á poco más de una legua de un pueblo que siempre habia tenido mala fama; á lo que se agrega que habiamos recibido repetidos avisos de que se decia en la vecindad que

comíamos en vajilla, lo que era cierto, y que yo era un oficial del «Cantón» que se había escapado con una suma considerable, lo que, desgraciadamente para mí, era inexacto.

Determinamos entonces abandonar á Gualqui por Penco, donde la familia con quien yo vivía poseía una estancia y contaba muchos amigos y empleados que en caso de cualquiera emergencia desagradable podían prestar inmediato socorro.

El 11 de Octubre salimos así de la estancia, donde habíamos pasado seis meses en completa inacción, aunque tranquilos, por lo menos. Llevamos con nosotros las vacas y ovejas y hallamos en la estancia trigo y vino en abundancia, de modo que nos ahorramos las escaseses y sobresaltos y los temores y alarmas que reinaban en Talcaguano durante ese tiempo. Bajo otras circunstancias y en mejores tiempos nuestra residencia cerca de Gualqui habría resultado deliciosa. Los paisajes de sus alrededores son grandiosos y pintorescos y la ubicación de nuestra estancia nos hacía recordar á veces el valle de Rasselas. Está situada en el declive de una montaña, al frente se dilata un precioso valle de corta extensión, en cuyo centro corre un pinto-

resco y perenne arroyo de orillas densamente pobladas de árboles frutales, higueras, olivos, limones, duraznos, membrillos, perales y manzanos. Se halla rodeado de cerca y por completo por altas montañas cubiertas de árboles siempre verdes y de arbustos; en la pendiente de uno de los cerros se ve crecer la viña, y por los otros se cruzan senderos que conducen á las diferentes estancias de la vecindad. Desde sus cumbres se domina una perspectiva grandiosa, que termina á distancia de cuarenta leguas, en los Andes ó Cordilleras, cubiertas de nieves perpétuas, que parecen vistas desde lejos densas y blancas nubes levantándose en el horizonte en mil fantásticos contornos: sobre ellas pasa el camino de Chile á Buenos Aires. Nuestras relaciones sociales mientras permanecimos en Gualqui se limitaban principalmente á las familias de tres señoras viudas, que se habían retirado de la ciudad al campo por los mismos motivos que nosotros. Las dejamos con gran ansiedad é indecisión por lo tocante al partido que debían seguir en aquellas circunstancias.

Habiendo terminado nuestros preparativos para el viaje, partimos temprano en la mañana del 4 de Octubre, formando una

caravana de doce personas, todas á caballo, y diez mulas cargadas con nuestros equipajes. Era entonces nuestra principal preocupación evitar las partidas de soldados que continuamente se encaminaban á la frontera, apoderándose al pasar de cuanto encontraban, en nombre y para el servicio del Rey.

Determinamos, en consecuencia, alejarnos del camino real que conduce á lo largo de las orillas del Biobio á la ciudad y luego á Penco, tomando un sendero que por sobre las cumbres de los cerros se dirige á la costa, alejándose del rio y de la ciudad más ó menos á distancia de cinco leguas hácia la izquierda. Tres dias duró nuestro viaje, logrando completamente nuestro propósito de pasar desapercibidos. No topamos soldado ni viajero alguno, pues en realidad nadie en circunstancias ordinarias se arriesgará á transitar por las quebradas que tuvimos que pasar. La senda á veces estaba borrada, y serpenteaba por los flancos de cerros ásperos y llenos de precipicios, en continua é invariable sucesión de subidas y bajadas. Con todo, en las cañadas, y á distancia de dos ó tres leguas una de otra, encontramos siempre alguna casa mediana, algún sitio cultivado y fértil, y de ordina-

rio alguna familia amistosa y hospitalaria.

El modo de instalarse para pasar la noche ó para comer, fué el mismo que el viajero encuentra por doquiera en toda la provincia. Por estos sitios no se halla nada parecido á una posada, y, según entiendo, tampoco en ninguna parte de Chile con excepción del camino de Valparaíso á Santiago. Una caravana ó un individuo solo llega á una estancia y solicita permiso para alojarse durante la noche, cosa que nunca se le niega. Si son conocidos ó parecen caballeros, se les invita á entrar y participar con la familia de cuantas comodidades existen en la casa. A los forasteros y viajeros comunes se les permite siempre instalarse en el corredor y usar de la cocina y de sus materiales, que en cuanto á las provisiones las llevan siempre consigo. Después de haber escapado muchas ocasiones «en un pelo», y caidose del caballo varios de nosotros más de una vez, en la tarde del tercer día avistamos el mar, y de ahí á pocas horas nos hallábamos alojados sin novedad en la estancia cerca de Penco.

Después de uno ó dos días de descanso, mi primer objetivo fué visitar las ruinas de la antigua ciudad de Concepción ó Penco, porque ambos nombres se usaban an-

tes y aun se usan hoy indistintamente. El sitio de la antigua ciudad se encuentra del lado oriente de la bahia y frente á frente de Talcaguano. Es difícil averiguar el motivo que tuvieron los fundadores para la elección del local en que edificaron la ciudad. Está casi enfrentando la entrada principal de la bahia y expuesto por completo á los vientos del norte, que en invierno son tan fuertes como frecuentes. Comenzóse la población en un llano de cerca de una milla en cuadro y casi al mismo nivel que las aguas del mar, rodeada por cerros de moderada altura, que, á medida que aquella creció, fueron también cubriéndose de casas. El suelo y el paisaje de las vecindades son los más áridos y tristes que he visto en toda la provincia, y jamás habría podido ser un buen puerto, como que el mar es allí sumamente bajo.

Renové aquí mis investigaciones tocantes al temblor grande, pero nadie pudo decirme si se ha cuidado de averiguar en que fecha tuvo lugar. He conocido una señora anciana, de buena familia, que dice que lo recuerda, pero por ningún motivo quiere admitir que haya ocurrido tantos años ha como resulta de los libros que he consultado. El sacudimiento mismo produjo poco

ó ningún daño, pues casi todo el que la ciudad recibió provino de la salida del mar, que fué tan lenta que todos los habitantes tuvieron tiempo de refugiarse en los cerros, de modo que en este temblor que motivó la translación de una gran ciudad y que produjo el pánico de que parece no han de recobrase los más lejanos descendientes de aquellos habitantes, no se perdió ni siquiera estuvo en peligro la vida de una sola persona.

Las gentes ancianas de la vecindad hablan con entusiasmo de la belleza de la antigua ciudad, de la magnificencia de sus iglesias y de la opulencia en que vivían sus padres y abuelos. Puede que esto haya sido así, pero hoy ni siquiera se ve «fantasma» de ciudad alguna, ni se encuentra un solo vestigio de aquel pasado esplendor. Puede reconocerse el trazado de unas pocas calles por los restos de cimientos que aun se ven, y el único edificio antiguo que queda es un fuerte de piedra situado á la lengua del mar, de cerca de doscientos pies de largo y de ochenta ó noventa de ancho, con sus murallas de treinta de alto y quince de espesor, bien construidas y todavía firmes. En el lienzo de pared fronterizo tiene una gran piedra de color gris oscuro, la-

brada en forma de puerta, que aun conserva muy bien grabadas las armas reales y en su base la inscripción PIUS VI. P. R. En uno de los costados del castillo se halla la fecha en que fué construido: ANNO 1687. En el interior hay cómoda instalación para trescientos ó cuatrocientos soldados con sus oficiales. En este fuerte, cada uno de los actuales bandos, según que ocupaban la ciudad y su costa durante la presente guerra, mantenian una avanzada de diez á treinta hombres.

Penco al presente es sólo una aldea de pescadores. Hay en el lugar apenas diez familias, que no tienen otros medios de subsistencia que lo que ganan vendiendo pescado en la plaza de abasto de Concepción. Los materiales con que estaban edificadas las iglesias y casas se llevaron á Concepción para construir la nueva ciudad, lo que explica la pronta desaparición hasta de las ruinas de la antigua.

Los que habitan á Penco añaden un ejemplo más á los muchos que constan de la historia para probar que ni las inundaciones, ni los volcanes, ni los temblores, ni las epidemias son bastantes para hacer olvidar el cariño á una localidad. Hubo general oposición á que la ciudad se trasn-

ladase, siendo necesario emplear toda la fuerza de la autoridad real para obligarles á abandonar las mansiones de sus padres.

El local de la población actual fué elegido con acierto y gusto, tres leguas al sur de Penco, sobre extensa llanura, casi en forma de paralelógramo, cercada de un lado por cerros altos y abruptos y bañada por el otro por el hermoso Biobío. Tiene fácil comunicación por tierra con el puerto de Talcaguano, fundado en la época de la translación y que alcanza hoy importancia considerable, tanto por su riqueza como por su población.

Gozamos al presente algunos días de tranquilidad, sin alarmas y sin saber nada de los movimientos de los realistas ni de los patriotas. Un arroyo que desemboca en la bahía nos suministra abundante pesca y sobre sus riberas vense innumerables bandadas de aves silvestres, de modo que no carecemos jamás ni de pesca ni de casa.

Mientras tanto, Talcaguano que por tantos años habia sido animado teatro de no pocos acontecimientos y cuyas calles se veían hace poco cubiertas de gente y su puerto poblado de embarcaciones, se halla al presente casi del todo desierto.

Las familias de nota han seguido al ejér-



L. G. H.

cito real y hoy sólo quedan los pobres y unos pocos negociantes. Ni un buque, ni una lancha, ni un bote se ha visto flotar en el puerto desde la partida de Osorio.

El 20 de Octubre aparecieron á la entrada de la bahía dos velas que enarbolaban la bandera de España. Después de despachar un bote á tierra para imponerse del estado de las cosas, entraron en la bahía y fondearon afuera del puerto. Resultaron ser una fragata española de guerra y un gran transporte, que pertenecían al convoy de quince ó dieziséis barcos que salieron de Cádiz en el mes de Mayo, con tropas, armas y pertrechos de guerra, y con rumbo al Callao, pero á Chile como último objetivo. Su viaje había sido en extremo tempestuoso y desgraciado, tanto que antes de llegar al Cabo de Hornos sufrieron averías considerables y se dispersaron á causa de un violento temporal, sin que en adelante lograran ya reunirse. Las tropas que conducían estaban tan generalmente atacadas del escorbuto que no había hombres suficientes para prestar socorro á los enfermos. Los marineros se hallaban casi en el mismo estado y apenas si quedaban en pie los necesarios para dirigir las maniobras. Después de tres ó cuatro dias y mientras los recién llegados

se ocupaban en desembarcar las tropas y conducir los enfermos á los hospitales de Concepción, fondearon otros dos transportes de la expedición: entraron en el puerto en idénticas condiciones y con sus soldados y tripulaciones en el mismo triste estado. Desembarcáronse como seiscientos hombres de los cuatro buques, y con los cuidados y solicitud de los vecinos de Concepción la mayor parte pudo de nuevo en breve tiempo hallarse en estado de servicio. Eran veteranos que habían peleado contra los franceses en España, y muchos de ellos cargaban alguna medalla ó distintivo conmemorativos de alguna gran batalla librada en Europa. Vinieron así á reforzar oportunamente el diminuto ejército del jefe realista

El estado de las cosas era entonces sumamente crítico en las vecindades de Talcahuano. Esperábase de un momento á otro que los patriotas avanzasen de diferentes puntos; se sabía que preparaban una expedición naval considerable en el puerto de Valparaíso, y era creencia general que ésta se dirigía á Talcahuano para obrar de consuno con el ejército. Por tales motivos los comandantes de los buques realistas anclados en la bahía creyeron conveniente

apresurar su partida, y habiéndose provisto de comestibles frescos y de agua, se dieron á la vela para Lima el primero de Noviembre, y habíanse apenas alejado de la costa cuando se vió aparecer, entrar y fondear en la bahía, de idéntica manera que los otros, un gran buque de guerra, que resultó ser la fragata *María Isabel*, perteneciente al mismo desgraciado convoy, y bajo todos conceptos el más rico y valioso de todos. A su bordo venían como pasajeros muchos empleados principales del gobierno civil de Lima, un hijo del Virrey, que regresaba de España después de terminar allí sus estudios, junto con multitud de militares de graduación, algunos de los cuales traían á sus mujeres y familias. Es una fragata de primera clase, que monta cincuenta y seis cañones, construida en Rusia, según algunos de sus tripulantes me dijeron, de materiales de primer orden y concluída hasta en sus menores detalles. Además de las tropas y de buenos pertrechos de guerra, traía á bordo ricas y copiosas mercaderías pertenecientes al capitán y pasajeros. Los soldados y marineros que lo tripulaban no habían sufrido tanto como los de los otros buques, aunque no eran pocos los enfermos que había tenido,

y con los cuales se adoptaron las mismas medidas que con los que fueron desembarcados de las otras naves. Los oficiales y pasajeros estuvieron en la ciudad solazándose uno ó dos días antes de seguir su viaje á Lima, y allí los vi por primera vez, sin poder imaginarme que cerca de dos meses después los había de encontrar de nuevo en estos alrededores y entre los salvajes de las Cordilleras.

Habiendo permanecido en el puerto varios días y procurándose cuanto necesitaba para refrescar la tripulación, la *María Isabel* se preparaba para darse á la vela; los pasajeros estaban ya en Talcahuano y la gente á bordo, esperando sólo que cambiase el viento para levar sus anclas y dirigirse al Callao, cuando en la mañana del 6 de Noviembre se vió aparecer otros dos grandes barcos que enderezaban su proa al puerto. Nosotros, que estábamos cerca de las playas enfrente de Talcahuano, del cual nos separaba apenas una pequeña parte de la bahía, creímos, por supuesto, que aquellos formaban parte del convoy, gastando algunas horas de la mañana en observar la majestad y gracia con que, aprovechándose de un viento favorable, se dirigían á toda vela hácia el sitio en que nos encontrábamos.

Pronto se hallaron lo bastante cerca para producir muy diversa impresión entre los oficiales y tripulación de la *María Isabel*. No contestaron sus señales, y al pasar la isla que está á la entrada de la bahía, enarbolaron el pabellón patriota. La *María* se aproximó á la costa y se preparó á la resistencia, en circunstancias que el enemigo, empujado por el viento favorable y con gran velocidad, se encaminaba hácia ella. Las fuerzas eran demasiado desiguales para que pudiera dudarse del resultado: las de los patriotas consistían en el *San Martín*, que montaba más de sesenta cañones, y en el *Lautaro* que contaba con más de cuarenta. La *María* rompió el fuego cuando sus cañones apénas alcanzaban á los dos tercios de la distancia que le separaba del enemigo, y lo continuó con viveza, fuego que fué contestado con sólo dos disparos de los cañones de caza de proa del *San Martín*, hasta que éste y su compañero llegaron á tiro de fusil escaso y colocándose uno de cada lado, largaron ambos una andanada sobre la *María*, que bastaron para que ésta arriase su bandera, sin haber recibido daño material alguno ni en el casco ni en su tripulación. Al mismo tiempo, el comandante y oficiales con cuantos hombres pudieron caber en los

dos únicos botes con que contaba, dirigieronse á tierra y desembarcaron sin novedad, aunque expuestos al fuego que los patriotas les hacian á su paso. Escaparon con sólo la ropa que llevaban puesta, sin haber tenido tiempo para bajar á sus camarotes ni para salvar objeto alguno del tesoro que contenía el buque. Las naves patriotas arriaron en el acto sus botes y procedieron á tomar posesión de su presa, sumamente valiosa en sí, pero mucho más en esas circunstancias por el refuerzo que añadía á su naciente marina. Se dijo que una de las naves patriotas estaba mandada por un norteamericano. La situación de los oficiales y pasajeros que se hallaban en tierra y presenciaban la escena era realmente desconsoladora: en país extraño, sin una muda de ropa ni un peso en el bolsillo y por todas partes amenazados por enemigos numerosos y formidables. En compañía de muchos de los vecinos de Talcahuano, se dirigieron á Concepción, temiendo un desembarco de los patriotas, como en efecto aconteció. Entre tres y cuatro de la tarde, después de haber adoptado las medidas necesarias para asegurar su presa, desembarcaron como cien hombres y tomaron sin resistencia posesión de Talcahuano,

donde hallaron aguardiente, vino y provisiones en abundancia, pero nada de valor que pudieran llevarse á bordo.

Mientras tanto, se habia enviado noticia á la ciudad de lo que estaba ocurriendo en el puerto. Cuantos soldados pudieron reunirse recibieron órden de marchar inmediatamente á Talcaguano, y á entradas de la noche llegó allí un cuerpo considerable. Después de una corta refriega en que los patriotas perdieron un capitán de marina y varios marineros (prisioneros) se acogieron á los botes y se dirigieron á bordo.

Abrieron entonces un nutrido y tremendo fuego de cañón desde los tres buques sobre la ciudad y lo continuaron con corta interrupción hasta las nueve de la noche. Al amanecer del dia siguiente renovaron de nuevo el fuego y lo continuaron con viveza por cerca de dos horas, durante cuyo tiempo rara fué la casa de Talcahuano que escapó sin avería de importancia, y muchas de las más expuestas fueron casi arrasadas. A todo esto, un solo cañón les contestaba, que era todo lo que quedaba en el puerto de las formidables baterías del año anterior.

Hacia las diez de la mañana del día 7 saltó repentinamente el viento del sur, y

con esto leváronse en el acto las anclas de la presa, que partió para Valparaiso, adonde llegó en salvo. Las otras dos naves hicieronse á la mar en la tarde del mismo día, habiendo una de ellas estado varada. Permanecieron durante varios días cruzando en la boca del puerto, pero no volvieron de nuevo á entrar en él.

Poco después de este incidente, Sánchez, el comandante en jefe, inició su marcha á la frontera, llevando consigo los soldados españoles que estaban en aptitud de seguirle, con orden de que los restantes fuesen trasladados á diferentes sitios de la banda meridional del Biobío. Muchos de los vecinos que habian hasta entonces permanecido en Concepción, junto con los oficiales, pasajeros y tripulantes que escaparon de la «*Maria Isabel*» le fueron acompañado.

La ciudad y provincia de Concepción quedó entonces sin autoridades ni defensa alguna. Poco tiempo antes, guerrillas de veinte á cuarenta hombres habian permanecido apostadas en varias direcciones por toda la provincia, ya á fin de coleccionar recursos á prorrata para el servicio del Rey, ya para obrar como avanzadas, ó ya para vigilar á las personas sospechosas.

Estos destacamentos fueron reforzados con parte de los veteranos últimamente llegados de Europa, hombres criados en pañales de sangre y encanecidos en escenas de rapiña y devastación. Aquellos destacamentos eran á veces mandados por sargentos recién ascendidos de soldados, con órdenes vagas, poder ilimitado y libres de todo contrapeso, á causa de la lejanía y debilidad del Gobierno y los peligros de la situación.

Pronto se hicieron para los infelices y desarmados habitantes de la costa más terribles que lo que habían sido los bárbaros para sus abuelos. Al aproximarse, no sólo se escondían los ganados, sino que hombres, mujeres y niños escapaban á las montañas para huir del peligro. Su conducta en muchos casos fué tal que lo hacía á uno estremecerse á su sólo relato y sonrojarse al escribirla. No se limitaban en sus incursiones á un sitio determinado, sino que cambiaban de localidad á medida que las presas escaseaban, de modo que muy pocas haciendas de la provincia, aunque distantes, se vieron libres de su visita.

Nuestra situación se hizo así sumamente perpleja y angustiosa. La estancia en que nos hallábamos caía al camino real y tenían

que pasar por ella los soldados al dirigirse á la frontera. La familia con quien vivía había sido siempre mirada como sospechosa de afecta á los patriotas, y dos de sus miembros fueron retenidos como prisioneros durante todo el sitio de Talcaguano, acusados de inteligencia con el enemigo y de haberse quedado á retaguardia, como si el esperar la aproximación de los patriotas hubiese sido considerada prueba suficiente contra ellos.

Por mi parte no tenía menos motivo para evitar un encuentro con estas guerrillas. Era el único de mi país en toda la provincia y la irritación de los realistas contra los norte-americanos era grande y general. Se creía por casi todos ellos que los patriotas, faltos de marineros y desconocedores de la táctica naval, debían sus éxitos en el mar á los oficiales y tripulantes norte-americanos é ingleses que se les habían unido. Los oficiales y particulares á quienes había conocido el año precedente se hallaban entonces lejos, de modo que en caso de apuro no tenía esperanza de que viniesen en mi auxilio.

Bajo tales circunstancias resolvimos adoptar el temperamento corriente en este país en todos los casos de peligro: retirar-

nos á las montañas. La topografía del país cerca de la costa es tan accidentada por la sucesión de cañadas y cerros, los árboles crecen en tal profusión y su follaje siempre verde es tan espeso, que sólo un accidente desgraciado puede revelar un escondite elegido con tino y cuidado. La temperatura del clima es tan suave y tan generalmente pareja durante todo el año, que sus inclemencias no pueden temerse, como sucedería en semejantes casos en la mayoría de los otros países. Durante las alternativas que habían tenido lugar en la actual contienda, muchas personas y aún familias enteras, habían permanecido reunidas y ocultas por meses seguidos en los montes, á una legua del enemigo, que, al ser descubiertas, habrían sido probablemente asesinadas, confiadas en la fidelidad de algún amigo ó pariente, jamás desmentida, y algunas veces del partido contrario, para procurarse provisiones y noticias.

Habiendo, pues, escondido en los montes vecinos á la estancia cuanto cosa de valor poseíamos, nos retiramos como á distancia de media legua y escondidos en las profundidades del bosque pasamos la mayor parte de Noviembre.

El 30 de este mes tuvimos la noticia, que

creimos fidedigna, de que los patriotas se hallaban muy cerca y que la última guerrilla realista había pasado esa mañana por la estancia en dirección á la frontera. Abandonamos así nuestro escondite y regresamos á la estancia, donde comimos con mas alegría que de ordinario, preparándonos para dormir nuestra siesta en paz y sosiego. Nuestro descanso duró poco. Hacia las tres de la tarde fuimos despertados por el anuncio de una guerrilla, y al asomarnos á la puerta pudimos ver ya á los soldados galopando con dirección á la estancia. Los dos jóvenes de la familia resolvieron en el acto, fiados en su conocimiento del terreno, ocultarse en lo más intrincado del bosque, y huyeron, mientras que yo, confiado en mi condición de neutral y en la probabilidad de encontrar algún oficial que me conociera, me quedé. En unos cuantos minutos, cuatro soldados que venían de vanguardia, se avanzaron hácia mí y poniéndome las espadas al pecho me amenazaron con matarme en el acto si no les decía el lugar en que se ocultaban mis compañeros; contestéles explicándoles mi condición de extranjero, que estaba allí de paso, etc., etc., lo que escucharon con mucha más paciencia de lo que con razón podía esperar.

Mientras tanto llegó el resto de la guerrilla; la mitad de los que la formaban recibieron orden de perseguir á los fugitivos, al paso que los restantes tomaron posesión de la casa, que registraron con escrupulosidad tal que para ello parecía guiarles algún otro aliciente que el de la «dealtad.» Cuanto objeto les parecía bien resultaba que para ellos tenía algún signo patriótico, y, así cuanto estaba ligado con el patriotismo fué declarado buena presa.

Después de gastar cerca de media hora en esta tarea llegaron los otros compañeros, sin lograr el objeto de su examen, pero no con las manos vacías. Es casi seguro que hubieran dado con los fugitivos si en su persecución no encontraran algún cebo que les demorase, cebo á su juicio demasiado tentador para resistirse á cogerlo. Regresaron cargados con baules y maletas pertenecientes á la familia y á mi. La más pequeña de las mías, que contenía papeles, algún dinero y unas cuantas alhajillas de oro y plata, la rompieron, robaron cuanto en ella había, con excepción de los papeles, y á renglón seguido se dividieron el botín. Continuaron luego con el examen de lo restante de mi equipaje, apoderándose de mi reloj, carteras, objetos de tocador y

la mayor parte de mis trajes, prendas todas que debían quedar guardadas en lugar seguro hasta que pudiese comprobar mi personalidad, pero ninguna de las cuales, con excepción de mi reloj, pude jamás recuperar.

Procedieron en seguida á reconocer mis papeles, pero como el jefe de la guerrilla, un mulato que hacía de sargento, no supiese leer ni escribir, delegó la tarea en un soldado español que, á primera vista, parecía tener gran influencia entre sus compañeros. Este individuo nos dió á entender que conocía casi todas las lenguas de Europa, que había vivido mucho entre ingleses, y que, aunque no hablaba el idioma de éstos, no tendría dificultad en darse cuenta de lo que mis papeles indicasen. Después de hojear algunos que le pareció presentaban más apariencias de sospechosos, su atención se fijó al fin sobre una gran póliza de seguros encabezada por las palabras «Fire and Marine Insurance Company», que desde luego y con toda seriedad dijo ser un despacho ó título de la marina de guerra de los insurgentes, cosa que, apesar de su absurdidad, fué aceptada por todos como indubitable. El jefe me previno entonces que sus instrucciones le

obligaban á llevarme consigo, como prisionero, á la frontera, y que debíamos partir sobre la marcha. Dispuso, en consecuencia, que dos ó tres soldados se procurasen en los alrededores los medios para conducirme. Pronto regresaron con una mula para mis baules y el esqueleto de un caballo, viejo, descarnado y cojo, una enjalma de madera con una sola piel de carnero para cubrirla, y una tira de cuero ó lazo, como freno, todo lo que, según se me previno, se destinaba para mi uso.

Se me colocó en el centro de la guerrilla, y con tal montura y compañía empecé mi jornada hácia las fronteras de los indios, distantes de allí, por la ruta que llevábamos, más de setenta leguas.

El camino durante las primeras diez leguas era poco mejor que el que habíamos traído de Gualqui, una continuada sucesión de montañas escarpadas y oscuros y melancólicos bosques. Diez leguas fué la distancia que se señaló para la jornada de esa noche, noche que no olvidaré jamás. En todo aquel largo y horrible camino no brillaba á la distancia la luz de cortijo alguno, los rayos de la luna amenudo permanecían ocultos durante millas enteras por la espesura de la floresta, y no se divisaba

una sola señal de habitación humana. Mas de una vez, el infeliz animal que montaba cayó á tierra rendido, y en tales casos la ayuda que se me prestaba eran reniegos y maldiciones.

Más de una vez también, durante aquella noche, fui entre ellos objeto de acalorado debate si no era preferible, siendo yo patriota, deshacerse desde luego de mí para evitarse los entorpecimientos y demora que podia ocasionarles en el camino. En el presente estado de peligro y desórdenes no era probable que sobre el caso se hiciese averiguación alguna y así era fácil inventar cualquier cosa para justificar mi desaparición. Conversaciones de esta especie tenían lugar delante de mí mismo, creyendo quizás que no les entendía, ó acaso sin cuidarse de que las comprendiese ó nó. Mi guarda-ropa estaba bien provisto y era bastante valioso, ellos miserablemente vestidos y algunos aún sin camisa. La tentación era tan grande que creí que no podrian resistirla. Uno solo de ellos parecia interesarse por mi situación y desde un principio procuró prestarme cuantos socorros se hallaban á su alcance. Era un campesino, miliciano que se habia juntado hacia poco á la guerrilla. Quien jamás se ha visto re-

ducido á una situación tan peligrosa y triste como era la mía durante aquella noche, no podrá concebir cuan dulce puede parecer en ciertos momentos una palabra de bondad y simpatía. En cualquier lugar y bajo cualesquiera circunstancias en que llegue á encontrar alguna vez á aquel hombre lo abrazaría con el mismo afecto que á un hermano, Contóme después en Los Angeles cuales eran en realidad los designios y deseos de la mayor parte de los de la guerrilla con respecto á mi. Los soldados españoles instaban para que yo les fuese entregado, pero el jefe, en la inteligencia de que no se hallaba lejos del cuartel general y que quizás se encontraba ya dentro del radio en que podía estar obligado á dar cuenta de sus actos, y á que también podía ser cierto, como habia tenido ocasión de decirselo, que fuese íntimo amigo de su superior y que á su mesa habia comido durante meses enteros; es lo cierto que, fuera por esto ó por otros motivos más dignos de la humana naturaleza, tomó entonces una actitud muy diversa de la que hubiera podido atribuirsele. Opúsose á todo intento de violencia, y al fin, tomando la cosa con calor, declaró que no solamente se opondría á que se infiriese

injuria alguna á mi persona, sinó que también derramaría su sangre en defensa mía. Después de esto, continuamos el viaje en sombrío silencio, hasta que como á las dos de la mañana llegamos á un extenso y dilatado valle y á una casa que estaba desierta, donde desensillamos los caballos, encendimos fuego y nos preparamos para descansar algunas horas; y aunque por entonces ya estaba algo acostumbrado á usar el suelo por cama y una piedra por almohada, no me sentía, sin embargo, aun suficientemente tranquilo con tener aquellos compañeros durante la noche para pensar mucho en descansar.

Poco después que salió el sol, continuamos nuestro viaje, llevándonos un hermoso ganado de ovejas que encontramos cerca de la casa donde nos alojamos.

Dejamos entonces aquellos lugares de las vecindades de la costa, montañosos, agrestes y relativamente estériles, y comenzamos á marchar hácia el interior. La llanura donde habíamos pernoctado era el principio de un retazo de terreno rico, fértil, variado y que abundaba en todo género de producciones. Mejoraban gradualmente los caminos, y estancias con grandes potreros cultivados se divisaban en todas direcciones.

Después de andar unas dos leguas nos detuvimos para almorzar en una hacienda. donde fuimos recibidos cariñosamente y donde la tropa se proveyó en pocos instantes de todo lo que podía desear. Las casas eran aquí semejantes á las de las demás estancias que luego encontramos en el camino. El edificio principal era grande, sólido y por lo menos tan bien hecho como los de la ciudad, de mejor construcción como forma y distribución, aunque concluido con más gusto, más adornado y con los patios y dependencias infinitamente más aseados y limpios. Además de la casa en que vive la familia, las estancias vecinas al camino tenían generalmente otros cuatro ó cinco agregados, la cocina, que está siempre aparte, un granero grande, una bodega y á menudo tres ó cuatro fábricas, de jabón, almidón, ladrillos, losa, etc.

Cerca de tres leguas más adelante hicimos alto para comer en una estancia de primer orden, donde fuimos recibidos tan amistosamente y festejados de tan suntuosa manera que se decidió que nos quedásemos allí un día y una noche. En la tarde se nos festejó con música y en la noche con una reunión de algunas jóvenes muy hermosas con quienes pasamos algunas

horas en tertulia y baile. Consideré que esta era buena ocasión para manifestar al jefe de la guerrilla el modo, tan impropio para él como para mí, en que efectuaba mi viaje, insinuándole nuevamente la amistad que me ligaba con sus superiores, lo que produjo tan buen efecto que antes que se fuese á acostar vino á decirme que en la mañana tendría á mi disposición un buen caballo con montura y freno.

Dejando un tanto á nuestra izquierda el lugarejo de La Florida, hicimos el día siguiente cerca de quince leguas, sin ningún incidente digno de mención. La Florida es una aldea pequeña é insignificante, cuya importancia se deriva únicamente de las minas de plata que hay en su vecindad, aunque sólo unas pocas se explotan hoy. Al cuarto día de viaje atravesamos por Yumbel, el único pueblo de cierta nota que existe entre Concepción y Los Angeles, bien edificado, pintorescamente situado sobre un rico valle regado por un hermoso estero. Cuenta cerca de tres mil habitantes. El intendente del ejército, Cavada, se hallaba entonces en Yumbel de camino para Los Angeles. Allí encontramos también al capitán de la compañía á que pertenecía nuestra guerrilla, (Mendoza). En el

acto me dirigí á él pidiéndole permiso para acompañar al Intendente, á lo que se negó perentoriamente.

En el resto de nuestro viaje, que duró ocho días, pasamos gran número de estancias, que tenían todo el aspecto de la abundancia y opulencia, aunque habían sufrido las depredaciones é impuestos de siete años de guerra. Con frecuencia atravesamos anchos y caudalosos esteros que corrian hácia el Biobío y cuyas orillas estaban pobladas de preciosos arbustos.

En la mayor parte de los cerros se veía alguna pintoresca viña y casi sobre todos los valles las sementeras de trigo se dilataban hasta donde alcanzaba la vista, el pasto en varias leguas seguidas se veía tan alto y abundante como entre nosotros los campos de forraje en la época de la cosecha: no se corta ni almacena jamás, y, lo que es hoy, ha quedado sin segar.

Antes de esta lucha desoladora, la dotación corriente de ganado en una estancia de buena clase, era de uno á dos mil caballos y de cuatro á cinco mil animales vacunos. Ahora no se halla uno solo en un centenar de estas estancias. Nuestra guerrilla, que se suponía era la última que debía retirarse por este camino, parece re-

suelta á barrer con todo, y antes de llegar à la frontera habia reunido cerca de mil animales vacunos y cuarenta caballos, que íbamos arriando y que dejamos en las estancias vecinas á Los Angeles, que rebo-
saban ya con los ganados colectados para el servicio real. En un terreno como éste y con tales compañeros viajé durante ocho días. Mientras caminábamos se dijo varias veces que el pueblo se había levantado y que los patriotas estaban cerca, en cuyas ocasiones la guerrilla marchaba siempre preparada para el combate. Amenudo en el curso del viaje traté de ponerlos bien en las acaloradas disputas que tenían, ocasionadas con frecuencia por el favor que el jefe continuaba dispensándome.

Estábamos ya cerca de Los Angeles, cuartel general de los realistas. Como á una legua del pueblo encontramos las tropas de éstos formadas en revista. Consistían en cerca de dos mil indios y en quinientos ó seiscientos soldados europeos. Después de ejecutar varias maniobras, que nuestra guerrilla se detuvo á ver, avanzaron hácia la ciudad y formaron en la plaza. Nuestro destacamento siguió el mismo camino, siendo yo presentado al Estado Mayor, que se hallaba en el centro de

las tropas, como persona sospechosa, encontrada en casa de un patriota. El Comandante en jefe, sin embargo, me reconoció y dispuso que con guardia fuese llevado á casa del Intendente, donde se examinaron mis papeles y fui luego exonerado de la guardia. A la circunstancia casual de tener alguna amistad con el comandante en jefe debí mi libertad y probablemente la vida. El entusiasmo en favor de la causa realista era tan grande en esta época y la irritación contra los patriotas tan intensa, que bastaba una sospecha, sin pruebas, para que un hombre fuese vejado, encarcelado y aun muerto. Especialmente con los indios, bastaba solamente señalar á uno como patriota para que todos se le fuesen encima con furia salvaje.

En tales condiciones, la hora que estuve en presencia del ejército cuando formaba en la plaza fué para mí sumamente desagradable y realmente de prueba. Mi continente demostraba por sí solo que era un prisionero. Sabía que había sido cogido en circunstancias sospechosas; ignoraba si el comandante en jefe se manifestaría inclinado á reconocerme, y además me sentía débil y casi desfallecido con las fatigas de tan horrible viaje. El círculo de lanzas que

formaban los indios y sus furiosos ademanes eran en verdad poco á propósito para tranquilizar mis temores. Estaban casi desnudos, muchos de ellos pintados y desfigurados de la manera más repelente, armados con lanzas de cerca de veinte pies de largo y todos montados en magníficos y bien amaestrados caballos. Se me figuró entonces que un sacrificio humano era lo único que faltaba para completar la escena.

No fué, pues, de poco consuelo para mí cuando me vi reconocido, y después del examen de mis papeles, relevado en gran parte de restricciones. Mi situación, sin embargo, era poco halagüeña. Hallábame en las fronteras de los indios, al pie de los Andes, en un pueblo que rebosaba con los realistas que de todas partes habían acudido allí en busca de protección; desconocido, sospechado, sin amigos y sin recursos. En uno de mis baules, encontré, sin embargo, ocho pesos que habían escapado á las pesquisas de la guerrilla, y con tal suma pude subsistir durante las seis semanas que me vi obligado á pasar en Los Angeles. Mis repetidas instancias para que se me otorgase ración y alojamiento fueron desatendidas, y mi petición para que se me restituyesen los efectos de mi propiedad que

me habían sido tomados, desechada en vista de la pobreza del erario real y del crítico estado de los negocios públicos.

El estado de las cosas era realmente crítico, puesto que los patriotas iban avanzando entonces á marchas regulares, con fuerzas indudablemente superiores á las que podían oponérseles. Con todo, el comandante en jefe hallaba medio de mantener la confianza y entusiasmo de las tropas y del pueblo tan enteros y ardorosos como si hubiese podido disponer de un regimiento para oponer á cada uno de los enemigos. Los prisioneros patriotas eran tratados con tal dureza que con ella parecía se desafiaba una retaliación. De los desertores que se había logrado aprehender, nueve fueron fusilados en un momento, pocas mañanas después de mi arribo. Fueron conducidos al banquillo en la plaza, cada uno acompañado de un sacerdote para alentarlos y consolarlos, seguidos por una banda de músicos y de los soldados que habían de ejecutarlos. Como esta era la primera vez que presenciaba cosa semejante y aun no me sentía del todo tranquilo por mi propia seguridad, fué para mí aquella escena doblemente solemne é imponente. En esta ocasión y otras semejantes, mientras per-

manecí en Los Angeles, los indios eran llevados á presenciar el acto, demostrando siempre en él un interés del todo repulsivo.

Los dos ó tres primeros días de mi arribo á Los Angeles hube de gastarlos en buscar alojamiento, teniendo que pasar las noches en el tinglado de un patio, cerca de la casa del Intendente, donde se hallaba mi equipaje. Al fin recibí acogida hospitalaria en casa de una familia tan pobre como honrada y trabajadora, cuya habitación ó *cuarto* consistía en una pieza de ocho pies de ancho por unos veinte de largo. Me prepararon sobre el estrado una cama bastante decente, con lo que creí que podría pasar una noche en tranquilo reposo; pero mis esperanzas se vieron una vez más defraudadas. Hacia la media noche me despertó un ligero ruido que se sentía cerca de la puerta de entrada, que no había quedado atrancada, y aplicando el oído sentí un cuchicheo y luego unas pisadas de alguien que caminaba con cuidado. Saqué entonces un brazo y el primer objeto con que me encontré fué con el sable de un soldado. Me hallaba bastante próximo á la familia para avisarla en el acto. Dijéronnos los soldados que si ha-

cíamos el menor ruido nos iba á pasar algo. Las mujeres, con todo, comenzaron á dar golpes en las paredes y á gritar de manera tan desaforada que los soldados consideraron más prudente retirarse, no sin haber cargado, sin embargo, con mis botas, que hallaron al lado de mi cama. Desacatos peores que éste tenían lugar en todos los barrios de la ciudad y casi á todas horas de la noche. El estado de las cosas impedía conservar la disciplina entre los soldados, y éstos que lo sabían bien, se aprovechaban de ello para abusar cuanto podían.

Entre las familias que continuamente iban llegando á Los Angeles en busca de asilo, luego reconocí á varias de las que había tratado en Concepción, que hicieron mi situación, si bien bastante desagradable, mucho más llevadera. Aquí también divisé de nuevo al hijo del Virrey de Lima y á los oficiales y pasajeros de la «María Isabel» á quienes había visto, después de la captura de ésta, en Talcaguano.

La ciudad de Los Angeles está situada casi al centro de un dilatadísimo valle que de un lado se extiende hácia el Biobío como en distancia de tres leguas, y por los otros hácia cordones de cerros de mediana altura. El llano ofrece excelentes pastos para

innumerables rebaños, y en las vecindades de los cerros se encuentran estancias de primer orden pertenecientes á gentes que viven en el pueblo, ó á ricos hacendados, muchos de los cuales se han acogido allí con sus familias, siendo fácil reconocer entre ellos muchos europeos. La ciudad está edificada bajo el mismo plan que Concepción; las calles son anchas, están cortadas en ángulo recto, y domina el mismo estilo arquitectónico, pero las casas no son tan bien construidas ni de tan buenos materiales, y los edificios públicos muchísimo inferiores.

En uno de los lados de la plaza se vé un gran castillo ó fuerte, de espesas murallas y rodeado de un foso profundo. En él pueden alojarse unos mil soldados, y parece bastante adecuado para defenderse de los indios. Frontero á éste se encuentra la única iglesia y convento que existe en el pueblo. No es grande, ni vistosa, ni en el interior está ricamente adornada. No puedo explicarme el hecho de que el edificio religioso sea aquí tan misero cuando en muchos otros pueblos del país de menos magnitud se encuentra uno con iglesias y conventos casi en cada esquina. Los hábitos y costumbres de los habitantes me parecen

que difieren poco de los de Concepción. El aspecto de la gente, especialmente de la clase baja, es de complexión más oscura, lo que se explica fácilmente por su proximidad á los indios. El número de habitantes en tiempos corrientes asciende á cerca de seis mil, pero al presente pasan por lo menos de diez mil.

Como he dicho antes, es el depósito de todos los artículos de comercio entre los indios y los habitantes de la provincia, y en la calle principal, que tiene como una milla de largo, se encuentran más manifestaciones del comercio y de la industria que en lugar alguno de los que he visitado en el país. Por el centro de la ciudad corre un límpido y hermoso arroyo, que trae sus frescas aguas de los Andes, y que, dividido en varios canales, contribuye mucho á la salubridad y limpieza de la ciudad.

Los suburbios de ésta son en extremo hermosos. Las casas aparecen limpias; generalmente se hallan un poco alejadas del camino, y tan completamente escondidas entre los árboles frutales que al pasar entre ellas es difícil persuadirse de que se halla uno en la ciudad.

Desde Los Angeles y sus alrededores se disfruta de una magnífica vista de parte

de la cadena de los Andes, cuyos nevados picos se encumbran tanto sobre las nubes que semejan éstas descansar sobre sus flancos. Al aproximarme á Los Angeles, creí que habíamos llegado casi á su pie, pues en realidad parecían que se inclinaban sobre nosotros, quedando asombrado al saber que por lo menos nos hallábamos á diez leguas de distancia. La misma ilusión óptica he experimentado en las diferentes posiciones en que los he mirado desde otras partes del país.

Los numerosos arroyos que descienden de estas montañas y que de trecho en trecho van á verter sus aguas en el Biobío son una de las causas principales de la exuberante fertilidad de esta región de la provincia. Es fácil desviar su curso, aunque las lluvias, aun en los meses de verano, son suficientemente frecuentes y copiosas para sazonar la mayor parte de los productos del suelo.

No existen minas en la inmediata vecindad de Los Angeles y aun las más próximas son las de plata de la Florida que pasamos el segundo día que salimos de Penco.

La impresión que recibí de los indios al ver las diputaciones que enviaron á Talca-

guano á los realistas mientras permanecí allí, no han cambiado en el fondo por haberlos visto más de cerca. Durante mi estadía en Los Angeles un grupo de diez ó quince tribus vino á ofrecer sus servicios al comandante en jefe. En tales ocasiones eran recibidos con gran ceremonia por un oficial de rango, formaban en la plaza y se les hacía una salva de cañón y fusilería. En el momento se avanzaban al galope hácia el cañón, blandían sus lanzas en el momento del disparo y parecían desafiar su poder. Tales despliegues de heroísmo eran siempre recibidos por sus compañeros con fuertes y prolongadas salvas de aplausos. Por supuesto que entre ellos no puede esperarse nada parecido á subordinación y disciplina, siendo tarea no poco difícil lograr siquiera mantenerlos en mediano orden.

El entusiasmo con que su ayuda fué aceptada era suficiente pará manifestarles cuan importantes se les consideraba para el éxito de la causa realista. En verdad que el actual comandante en jefe don Francisco Sánchez ejerce desde tiempo atrás considerable influencia sobre ellos. El origen de su popularidad fué que durante la primera revolución logró defender con éxito

la ciudad de Chillán contra un ataque formidable de los patriotas con sólo unas pocas tropas regulares y un cuerpo considerable de indios que tenía á sus órdenes. Dudo mucho, sin embargo, que su nombre y presencia fuesen entonces tan eficaces para mantenerlos reunidos y entusiasmados por la causa realista como la abundancia de vino y provisiones que se recogían de todas partes de la provincia para alimentarlos. Su campamento, situado á poco más de una legua de la ciudad, ostentaba una de las escenas más repugnantes que jamás haya presenciado. Hacia medio día se les veía sentados en grupos al rededor de las fogatas, devorando con la voracidad del tigre los trozos de carne de caballo medio asada, seguidos luego del vino, que generalmente bebían en tal cantidad que quedaban tendidos en tierra sin conocimiento. A cada una de las tribus estaba agregado algún vecino de Los Angeles, que por su dilatado tráfico con ellos, poseía su idioma y servía como comisario é intérprete en sus relaciones con el gobierno.

Nunca se estaban tranquilos mucho tiempo, ya entre ellos mismos, ó con respecto al gobierno, sino que diariamente andaban como enjambres en la ciudad, rondando

las habitaciones del general para exponerle quejas ó para pedirle provisiones.

En resumen, desde el primer momento me convencí que aunque su nombre y su número pudieran atemorizar á los desafectos al sistema realista en la provincia, y por más imponentes que pudieran parecer con respecto á los patriotas,—que continuaban su marcha,—no podría conseguirse jamás de ellos que llegasen á prestar un servicio efectivo y de importancia á la causa del Rey. Las tribus reunidas al presente aquí viven dispersas á lo largo de las primeras montañas de los Andes, rodeando la provincia de Concepción, en toscas aldeas que abandonan de tiempo en tiempo á medida que encuentran sitio más adecuado para sus necesidades. Aunque al presente forman tribus independientes y se hallan frecuentemente en guerra unas con otras, se nota muy poca diferencia en su aspecto general, y, según entiendo, sus usos, costumbres é idioma son los mismos. Trescientos años atrás probablemente constituían una de esas formidables naciones que opusieron tan tenaz resistencia á la conquista española. En sus personas no manifiestan señales de haber degenerado: son altos, bien formados y no faltos de

gracia; muchos de sus caciques tienen facciones que no hubieran sentado mal á un emperador romano. Bajo cualquier otro aspecto, no presentan señales características que permitan distinguirlos de los salvajes de otros países. Son astutos y pusilánimes en el ataque, prontos y rápidos en la retirada, crueles y feroces en la victoria.

Hoy será inútil tratar de descubrir en ellos las huellas de ese valor firme y sistemático que la historia reconoce en sus antepasados en su resistencia á las extorsiones de los españoles, y mucho menos puede discernirse en ellos una partícula de ese entusiasmo, magnanimidad y heroísmo, cuyas muestras ha descrito Ercilla con tanta belleza y energía en su *Araucana*. Han decaído mucho, tanto en su número como en el carácter. La poligamia no la llevan hoy tan lejos como antes, pues ahora hay pocos caciques que tengan más de seis ó siete mujeres.

Muchas de éstas vinieron acompañando á sus maridos á Los Angeles, divirtiendo bastante al pueblo de la ciudad por la curiosidad que manifestaban y por sus ingenuas exclamaciones de sorpresa y admiración por cuanto veían. Ellas también poseen formas hermosas, estaban decentemente

vestidas y se adornaban con una porción de alhajas de plata pendientes de las orejas ó colocadas sobre el pecho y los brazos. En sus casas viven de ordinario ocupadas en tejer mantas y ponchos, que se usan por todo el mundo en la provincia en lugar de abrigo, objetos que con los caballos y ganados son los principales artículos de comercio entre los indios y los habitantes de Concepción, de quienes reciben en cambio vino, aguardiente, azúcar, algodón, añil, tabaco y otras cosas que se han acostumbrado ya á considerar como necesarias para la vida. Está bien averiguado que las tierras que ocupan son más fértiles y más abundantes en minas que las demás de Chile. Hoy sólo poseen nociones rudimentarias de agricultura y existen pocas tribus que siembren y cosechen con cierta regularidad. Las noticias sobre la abundancia de frutas que poseen, y especialmente manzanas, que se producen silvestres en los sitios que habitan, sobrepasan lo creíble. De las manzanas fabrican *chicha* ó cidra en gran cantidad, machacándolas en tinajas hechas de pellejos, la que, extraída y mezclada con un licor que sacan de las raíces de ciertos árboles y arbustos, forma una bebida fuerte y embriagante; y mientras dura la estación

adecuada para esto, se consagran casi en absoluto á fiestas y orgias, lo que, sin embargo, dura poco, pues no se hallan aun tan adelantados como para pensar en lo porvenir.

Pocas de sus minas han sido exploradas y hoy no dejan trabajar ninguna. Los macizos adornos que gastan en sus personas y en las monturas son hechos casi de plata nativa, que amenudo encuentran en los cerros en la superficie del suelo. Buen número de plateros y herreros han emigrado de cuando en cuando de la provincia y estableciéndose entre ellos. Se dice que gozan del favor de los caciques, á fin de tenerlos siempre contentos y que no piensen en volverse. Los indios trajeron consigo á Los Ángeles buenos caballos y mulas en abundancia: por dos ó tres pesos, ó (lo que ellos preferirian) una chaqueta roja usada ó un par de pantalones, se puede comprarles un caballo hermoso y bueno.

Las monjas de Concepción que al abandonar su santuario sembraron tan gran consternación en la provincia, se hallan ahora en Los Ángeles. Se arregló para ellas una casa particular, dejándolas vivir conforme á lo que acostumbraban, en cuanto las circunstancias lo permitian. Dudo

mucho que en las guerras que han desolado la Europa durante los últimos veinte años, se haya visto allí alguna religiosa en situación más triste é infeliz que la que ha cabido en suerte á estas desamparadas y desgraciadas monjas. Muchas de ellas eran ya viejas, y muchas, en treinta años, no habían divisado más que las paredes de su convento. Se les sacaba ahora de repente al escenario del mundo, y bajo tales circunstancias, que habrían exigido no pequeñas condiciones de fortaleza aún en mujeres por largo tiempo acostumbradas á semejantes alternativas y sinsabores, se les indujo á seguir á retaguardia de un ejército en retirada, en constante expectativa de ser perseguido por los victoriosos patriotas, quienes se les había hecho creer habían llegado á ser enemigos de su instituto y de su fe. Se les obligó, además, á confiarse á un nuevo *elemento*, rodeadas por marineros y soldados, á *embarcarse* para partes lejanas, y eso para ser colocadas bajo la protección de salvajes infieles. Varias de ellas durante el camino, abrumadas por penalidades positivas y terrores imaginarios, enfermaron, llegando al lugar de su destino á tiempo sólo de ser enterradas. Es imposible conjeturar la suer-

te que espera á las que quedan: su causa se halla hoy completamente identificada con la realista, y no es de modo alguno improbable que esta penosa translación sea sólo el comienzo de sus sufrimientos.

Mientras tanto, el aspecto que presentaba Los Ángeles no revestía interés considerable, si bien hubiera podido servir de ejemplo para reflexionar sobre la inestabilidad de las cosas humanas. Casas y calles rebosaban de gente de todos colores, rango y condiciones. Los hacendados ricos de la vecindad habían llegado allí con sus familias y con cuanto objeto de valor pudieron acarrear. Los frailes de todas las órdenes habían abandonado sus conventos, y los curas y vicarios sus ovejas y se habían reunido aquí. Las tropas salían todos los días á ejercicio, y en sus maniobras podía verse la diferencia entre los rudos esfuerzos del salvaje y la perfecta disciplina del soldado europeo.

En su exterior podrá observarse la más completa variedad, desde la desnudez completa hasta el relumbrante uniforme del oficial español. Las tribus que viven al pié de los Andes, formaban hoy bajo las mismas banderas y combatían por la misma causa que los veteranos que acababan de

batirse al pie de los Pirineos. Los milicianos de los alrededores habían sido llamados al servicio activo y ocupaban un grado intermedio entre los españoles y los indios. Todos obraban impulsados por el mismo afecto á la causa del Rey, parecían ajenos á un peligro inmediato y se manifestaban confiados en el éxito final. Resultaba, en efecto, que se consideraba entre ellos como moralmente imposible que combinación humana alguna pudiese por mucho tiempo resistir el poder y la voluntad del Rey muy católico. En esta época se hizo circular de intento, y se creyó, que Lima había hecho un esfuerzo más y que una nueva expedición se hallaba en camino para auxiliarlos y libertarlos. También se creía por todos que los patriotas habían sufrido grandes pérdidas en la batalla de Maipú comprando la victoria con casi la destrucción total de sus fuerzas. Esto era lo que se decía generalmente, como que parecía el único medio de explicar la extrema tardanza que los patriotas ponían en su avance. Nueve meses habían transcurrido ya desde la derrota del ejército de Osorio, del cual sólo habían regresado doscientos ó trescientos rezagados: hubieran los patriotas seguido su triunfo con energía y

rapidez y avanzado hasta la provincia, con un puñado de hombres se hubiesen apoderado sin resistencia de Talcaguano, hubiesen salvado íntegras las fortificaciones de ese fuerte refugio, y muy probablemente hubiesen logrado impedir la escapada de no pocos buques que entonces se hallaban en el puerto ricamente cargados. De los inmediatos y precipitados preparativos que Osorio hizo para su partida, era por demás evidente que el creía que tal debería ser el resultado de su derrota. Pronto, sin embargo, se averiguó que los patriotas no se movían para perseguirlos, dando tiempo á que Osorio pudiese á su sabor reunir los restos de las fuerzas realistas que habían en la provincia, enviar comunicaciones á Lima y recibir respuesta á ellas; demoler en seguida las fortificaciones de Talcaguano y embarcar la mayor parte de los cañones que las artillaban; y, por fin, darse él mismo á la vela llevando consigo parte de los habitantes de la provincia con todas las riquezas que pudieron transportar. Fué entonces cuando se encargó el mando militar de la provincia al actual comandante en jefe don Francisco Sánchez, con muy poco más que un destacamento por todo ejército y sin más

fundadas esperanzas que lograr escapar á Valdivia con los realistas que pudiesen hallarse en situación de seguirle. Si los patriotas hubiesen emprendido su avance en esas circunstancias no habrían encontrado resistencia, y, en cambio, dieron tiempo á Sánchez para organizar las milicias de la provincia, para juntar las tropas regulares que habían quedado después de la partida de Osorio con las que llegaron en el convoy; para tratar con los indios y prepararlos para la acción; y, por fin, para retirarse á las fronteras con fuerzas capaces de impedir el avance de los patriotas y al cabo quizás también la completa ocupación de la provincia. El pánico que había seguido á la batalla de Maipú estaba desvanecido; las inveteradas preocupaciones del pueblo en esta parte del país se hallaban reforzadas y confirmadas; las numerosas tribus de indios de toda la frontera habían sido atraídas á los intereses y servicio del Rey; y tales eran los efectos de lo que hasta ahora me parece á mí la demora innecesaria é indisculpable de los patriotas en sus preparativos para apoderarse de la provincia.

Era ya mediado Enero y Sánchez había permanecido en Los Ángeles más de dos

meses sin ser molestado. No podía ocultársele por más tiempo que los patriotas estaban muy cerca. Uno de sus destacamentos había entrado ya en Chillán, ciudad que distaba treinta leguas, pero después de tenerla por cerca de dos días en su poder, fué rechazado por un cuerpo de reclutas que en esos momentos se hallaba en aquellos alrededores. Este triunfo parcial dió nuevas esperanzas al pueblo de Los Ángeles, que parecía resuelto á defenderse y se manifestaba confiado en los elementos con que contaba para ello.

El gobierno otorgóme entonces un pasaporte para San Pedro, puerto militar situado á orillas del Biobío y frontero á Concepción, para que permaneciese allí hasta que encontrase ocasión de embarcarme para Estados Unidos, y así hube de prepararme para despedirme de mis relaciones y amigos de Los Ángeles. Entre éstos contaba á don Juan Ruiz, el comerciante más rico y respetable del lugar y en cuya casa había pasado ratos sumamente agradables. Sus hijos eran inteligentes y no poco caballerosos, y su única hija, hermosa en extremo y que tocaba bien, tanto la guitarra como el piano. Don Juan, sin embargo, no tenía nada de recomendable

en su persona, pues no recuerdo haber visto jamás figura y rostro más sin gracia y repelente; me parecía la personificación de la avaricia y bajeza, siendo esto una prueba evidente de cuanto engaña un juicio formado por sólo las apariencias externas. Ocurrió que á ese tiempo estaba para partir á Concepción en busca de una hermana que aún permanecía por aquellos alrededores, y tan pronto como supo que me proponía marchar para allá, me invitó á que le acompañase, ofreciéndome un criado, mulas y caballos y cuanto pudiese necesitar para el viaje.

Partimos de Los Ángeles en la mañana del 20 de Enero, y hacia mediodía llegamos á una estancia de propiedad de don Juan, donde comimos y mudamos caballos. La estancia era parecida á las demás de las vecindades de Los Ángeles que habia encontrado cuando efectué mi viaje; las casas espaciosas y cómodas, las sementeras de trigo tan ricas como extensas, y la viña en magnífica condición y en armonía con lo restante de la hacienda.

Ignorando cual podria ser el estado de las cosas en las vecindades de la ciudad del lado norte del Biobio, determinamos cruzar éste en cuanto encontrásemos sitio

adecuado, habiendo llegado á un vado en las primeras horas de la tarde. Allí hallamos una lancha que gobernaban algunos de los marineros que lograron escapar de la "Maria Isabel". El río en ese lugar, á cerca de siete leguas de Los Angeles, tiene algo más de una milla de ancho, la corriente es rápida y el agua clara y profunda. Para pasar el río no se embarcan jamás los caballos y mulas, sino que se les lleva tirando de las riendas, lo que ocasiona muchas molestias y no poco peligro. El trecho de campiña que habíamos atravesado al acercarnos al río era casi todo de potreros de campos fértiles, ricos y bien regados.

Después de cruzar á la banda meridional del río, la diferencia del terreno y el aspecto de la campiña se hacían inmediatamente perceptibles. Los cerros se elevaban notablemente, eran áridos y relativamente estériles, y durante varias leguas no encontramos árbol corpulento alguno. Habíamos contado con llegar á Santa Juana á las oraciones, pero habiendo tardado en cruzar el río, nos vimos obligados á pasar la noche en una choza en los cerros, teniendo por cama nuestros ponchos y monturas. Al día siguiente temprano arriba-

mos á Santa Juana, puerto militar sobre el Biobio, de alguna importancia y antiguamente bastante fortificado. El puente y todos los edificios públicos habian sido destruidos por los patriotas en su retirada última. Constaba de cerca de ciento cincuenta casas y estaba entonces atestado de gente, unos de paso para Los Ángeles y otros que se habian radicado creyéndose á cubierto de peligros. Después de descansar allí dos horas, seguimos por cuatro leguas las orillas del rio hasta la estancia de un amigo de mi compañero, donde pasamos la tarde y la noche. Encontramos allí una familia agradable y hospitalaria que nos hizo una recepción sumamente cariñosa.

Esta fué la única hacienda de alguna importancia que hallamos del lado sur del Biobio, situada en un valle que dejaban los cerros al alejarse del rio; el paisaje de los alrededores era más agreste y grandioso, pero, por lo demás, parecida á las otras estancias de las vecindades de Los Angeles.

Al amanecer estábamos á caballo camino de San Pedro. Por espacio de diez leguas el sendero era sumamente áspero y los cerros altos, pendientes y áridos. Atra-

vesamos una sola aldea de unas treinta casas pajizas, hasta que entramos á la llanura en que está situado San Pedro, adonde llegamos sin novedad antes de oscurecerse. A cerca de cinco leguas de San Pedro cruzamos el camino que conduce á Arauco, cuyo pueblo dejamos más ó menos á otras tantas leguas hacia el sur, y hasta allí vinimos acompañados durante casi todo el día por algunos pescadores que habían salido de Arauco para ir á vender su mercancía á Los Angeles, quienes nos dijeron que aquel pueblo estaba también lleno de emigrados, unos con la expectativa de embarcarse para Lima y otros aguardando la anunciada expedición. Es plaza medianamente fuerte y tiene ahora una guarnición compuesta de tropas realistas y un cuerpo considerable de indios. El último año fué tomada á los patriotas por los indios en un asalto. Según las relaciones que tuvimos del hecho en esa época en Talcaguano, de la guarnición sólo escapó un oficial. Era entonces de importancia para los patriotas para tener comunicación con el mar.

San Pedro es una aldea miserable que posee una sola iglesia y cerca de cuarenta casas. Se ven allí los restos de un antiguo

fuerte y existe un arsenal que ha sido últimamente arreglado y aprovisionado. Había entonces en el pueblo no menos de dos mil habitantes, sin contar una guarnición de cerca de cien soldados sobre las armas y cincuenta ó sesenta convalecientes de los que habían llegado en el convoy. Hoy, sin embargo, una nueva aldea se ha levantado de repente. En el espacio de tres ó cuatro semanas se han formado casi otras tantas calles nuevas y las casas poblándose de gente. Se hacían las casas enterrando en el suelo palos sin labrar, como pilares, en el centro y en las esquinas, con vigas encima para sujetar los tijerales, amarrando á distancia de ocho á diez pulgadas uno de otro, cierto número de coligües, todo muy bien asegurado con látigos. Los claros llenábanse en seguida con una especie de alga ó junco que se encuentra muy cerca y en abundancia. De este modo, en el término de un día y con ocho ó diez pesos de costo podrá fabricarse una casa bastante grande, y para este país, relativamente cómoda. En una de estas casas mi compañero don Juan encontró á muchos de sus amigos más íntimos. Había también cinco señoras con sus chicos, todas pertenecientes á diferentes ramas de una de las familias

más respetables de Concepción (los Caravajales). Durante los últimos disturbios y mudanzas habian vivido todas juntas y permanecido en la ciudad, pero en ese entonces se vieron obligadas á salir de ella en cumplimiento de la orden general del comandante en jefe. Con respecto á los maridos de las cuatro que estaban casadas, uno se hallaba en Lima, otro en servicio de los realistas y dos en el de los patriotas. Con excepción de las monjas, escasamente á otras tantas personas de posición se había permitido quedarse en la ciudad después de la última retirada de los patriotas. A la cabeza de esta familia se hallaba una viuda de buena presencia, aunque de edad, hermana de un noble que servia en Madrid en palacio. En este desagradable y vacilante estado de cosas, tenia á su cargo, incluso los criados, más de treinta personas, entre éstas ningún hombre, á no ser un muchacho de diez y seis años, un desalmado, que por sí solo daba más trabajo que toda la demás gente. Pero era ella mujer cuerda, enérgica, valerosa, conciliadora y prudente y habia hallado ya, y tendria aún que hallar, ocasiones en que ejercitar todas estas buenas cualidades. Después de cenar en compañía de esta familia, á la

que don Juan me presentó en términos que me merecieron cordial acogida, nos retiramos á pasar la noche debajo de unos árboles que crecían á espaldas de la casa, pues el interior estaba totalmente ocupado.

En la mañana siguiente, don Juan me llevó consigo para presentarme al gobernador de la plaza, de quien era intimo amigo, y al despedirse de él me recomendó de la manera más eficaz por si alguna vez llegase á necesitarle. Nos retiramos luego para comer con las señoras (quienes, según pude colegir, tenían depositado parte de su capital en poder de don Juan) comenzando, á renglón seguido, á hacer sus preparativos de marcha á Los Angeles. Antes de abandonar esta ciudad, pude proporcionarme algún dinero para los gastos de viaje, como que no ignoraba que á la gente de Chile, hablando generalmente, hay que comprarle sus favores. Sin esperanza de poder compensarle de algún modo las atenciones que me había dispensado, llamé entonces aparte á don Juan para arreglarle mis gastos del camino, habiendo insistido desde un principio en que él seria el tesorero durante el viaje. No sólo rehusó recibir dinero y los varios pequeños regalos que le ofrecí tan delicadamente como pude,

pero ni aun queria escuchar que le diese las gracias, dándome por respuesta que sólo me pedía que si me viese en algún apuro en San Pedro ó me sintiese dispuesto á regresar á los Ángeles, se lo hiciese únicamente saber y que en el acto me enviaria un mozo, caballo y cuanto necesitase para regresar allí. La misma recomendación me repitió después en carta que me escribió desde los Ángeles. De este modo, su aspecto y facciones, que tanto me habían prevenido en contra suya, prevención que hasta lo último no pude desechar, resultó que ocultaban el corazón más cariñoso que jamás hasta ahora encontrara en esta tierra extraña para mi!

Después de la partida de don Juan, mi primer cuidado fué buscar algún refugio donde poder pasar las noches. Al cabo de no pocas dificultades conseguí un rincón de una pieza en una casa de adobes: mi catre consistia en una artesa colocada sobre uno de mis baules, y mi cama y cobertores, de pieles de carnero y de mi gabán. Esta fué mi instalación para pasar las noches en las tres semanas, más ó menos, que permaneci en San Pedro, durante cuyo tiempo puedo con seguridad afirmar que jamás logré una hora de sueño tranquilo

en todo el día, pues las restantes hube de pasarlas corriendo con una mano las pulgas de mis piernas y con la otra las ratas de mi cabeza. Estos animalillos abundan de tal modo, tanto aquí como en Concepción, que me han hecho pensar cuan exacta debe ser la descripción que el Dr. Clark hace de los bichos del Gran Cairo, que al principio habia tenido por estupenda. Por fortuna, el río que pasaba por la puerta era claro y hondo y permitia bañarse con completa comodidad, como lo hacen aquí todos, baño que gustaba más si se considera lo sucio y desaseado de las casas y camas.

El Biobio, en este sitio, alcanza cerca de una legua de ancho, en la estación actual lleva poca agua y en algunas partes es bastante angosto para pasarlo á caballo, si bien nadando de trecho en trecho por corto espacio. Desde lo alto de un cerro, á cuyo pié se halla situado San Pedro, se goza de una hermosa vista del río y del pueblo, se puede contar las iglesias y seguir el trazado de casi todas sus calles. Tomando (como es fácil hacerlo con un poco de imaginación) por mármol todo lo que blanquea, y todo lo grande por grandioso, el aspecto que ofrece es muy bello: al pre-

sente el más triste y aflictivo para los centenares que pululan al pié, que parecen allí languidecer, como es la verdad, contemplando sus casas, inciertos de si alguna vez podrán de nuevo volver á verlas. Los gérmenes de la revolución afirman que se sembraron en Concepción, y en verdad que puede decirse que esta ciudad ha soportado todo el peso de la guerra. Cinco veces durante esta lucha tenaz y encarnizada, según que uno ú otro de los contendientes se esperaba que triunfase en la provincia, otras tantas este desgraciado pueblo ha sido abandonado y evacuado por todos sus habitantes, que cargaban con cuantas riquezas y semoventes contenia. Cuando llegué á San Pedro no estaba cortada la comunicación con la ciudad, y de cuando en cuando venian embarcaciones en busca de la fruta de los huertos ó traian algún artículo del ajuar que se habia quedado atrás; por lo demás, Concepción permanecia en tranquila posesión de la pequeña guardia avanzada que aún se estacionaba allí, siempre pronta á partir, y de algunos infelices y gentes perdidas que se quedaban á retaguardia sólo para recoger las migajas del infortunio.

En San Pedro, sin estar envalentonado

por la presencia del comandante en jefe ó del ejército, el pueblo se manifestaba tan confiado en sus esperanzas de recibir socorros y tan constante en su lealtad como el de Los Angeles. Bien pronto se ordenó que su guarnición de tropas regulares se uniese al ejército, con excepción de un oficial y de unos treinta hombres, encargando la defensa á los milicianos de las vecindades y á unos pocos indios de Arauco. Los indios de la costa cerca de este lugar han adoptado gradualmente el lenguaje, costumbres y trajes de los campesinos de la provincia. Son todos ginetes, tanto aquí como en las fronteras, y sus armas consisten en un cuchillo que usan como daga y una lanza de unos diez pies de largo.

Durante una quincena próximamente no ocurrió aquí acontecimiento alguno de importancia que hiciese cambiar el estado de las cosas. Dia por dia llegaba alguna nueva noticia alarmante, que se desmentia en el siguiente. Los temores de los vecinos, sin embargo, parecian más bien calmarse que aumentarse. Algunos clérigos permanecian todavía allí, que decian misa con regularidad; muchas tiendas estaban abiertas y el mercado se veia provisto con regularidad y abundancia de cuantos articulos de

consumo se podían necesitar. Muchos que habían seguido á Sánchez hallábanse aquí de regreso para estar más cerca de sus casas.

Manifestábanse irritados contra los ingleses y norte-americanos y sin duda yo lo hubiese pasado mal entre ellos, á no ser por los amigos á quienes me había presentado don Juan y en cuya compañía gastaba la mayor parte del tiempo, siendo tratado tan bondadosa y hospitalariamente que no lo podré olvidar jamás. Mi asiento en la mesa se hallaba al lado del de la señora, y si alguna vez no me presentaba á comer al mediodía ó en la noche, siempre se me buscaba. Uno de los principales objetos que ella parecía tener en vista era desterrar todo motivo de tristeza y no dejar tiempo á su familia para reflexionar acerca de su situación actual y sus desgracias. En la casa había un piano y algunas guitarras, que tocaban varias personas de la familia; habiendo tomado entonces á su servicio á dos marineros españoles de la *María Isabel*, uno que cantaba admirablemente y otro que era una especie de bufón alegre y chistoso, cuyas facultades se les hacía ejercitar alternadamente á toda hora del día. Además de esto,

en una casa vecina se jugaban titeres para el elemento más joven de la familia, y, por fin, en casa tenían tres ó cuatro loros tan hermosos como bien enseñados; de modo, bien considerado todo, que nuestras diversiones no eran pocas ni despreciables.

Sin embargo, no nos fué posible disfrutar mucho tiempo de tales diversiones. Después de dos ó tres días que nos hallábamos ya perfectamente arreglados, la lancha que servía en el vado y que había pasado en la mañana con dirección á la ciudad, regresó precipitadamente, dejando parte de sus pasajeros en calidad de prisioneros. Se le había hecho fuego cuando avanzaba, logrando escapar á duras penas.

Era así evidente que las patrullas se hallaban ya en posesión de la ciudad; podíamos conjeturar solamente sus fuerzas, si bien se distinguía perfectamente con los anteojos en la orilla opuesta del río un cuerpo considerable de caballería que constaba, al parecer, de más de una compañía. Acuartelóse entonces á todos los milicianos y se organizaron patrullas que avanzasen hasta cuatro ó cinco millas hacia arriba y abajo del río.

Permanecimos así sin que ocurriese

nada de interesante, durante tres días, hasta que una noche una lancha llena de soldados se aproximó á tiro de fusil de la orilla, sin que hubiese sido sentida, apesar de la luna que habia. Disparóse entonces el cañón de alarma y cambiáronse algunas descargas, con lo cual la lancha se alejó lentamente en dirección á la ciudad. Traían á bordo una banda de músicos que á cortos intervalos tocaba algún aire marcial y patriótico. Como la noche estaba serena y hermosa, las orillas del río se cubrieron inmediatamente de hombres y mujeres para oír aquella música que se alejaba y que procedía de un grupo de sus mortales enemigos, quienes muy probablemente en pocas horas más serían sus amos. El efecto de la música sobre el agua, que en todo tiempo impresiona bastante, veíase realzado por semejante concurrencia en aquellas circunstancias y producía una mezcla singular de encontradas emociones.

A la mañana siguiente, muchas familias, temerosas de un asalto repentino, se prepararon para abandonar á San Pedro y salieron, no pocas á pie, seguidas de las carretas y mulas cargadas con sus equipajes, algunas con dirección á Arauco, otras á Santa Juana, y muchísimas sin saber ape-

nas adonde dirigir sus pasos ó donde poder encontrar seguridad y reposo.

Tres noches después de esto, tocóse alarma nuevamente al ver otra lancha que se aproximaba á la ribera, con el propósito (según lo supe más tarde en Concepción) de buscar sitio adecuado para desembarcar y de indagar qué preparativos habia para la resistencia. Hizosele fuego también, le mataron dos hombres y le hirieron á casi todos, y entre ellos á un oficial á quien luego vi en la ciudad, que recibió dos balas y que hubiera probablemente fallecido á no ser por la destreza y cuidados del cirujano de un ballenero inglés que acertó á hallarse en el puerto.

El oficial que mandaba las fuerzas ordenó entonces que todos los que no estuviesen armados abandonasen inmediatamente y sin distinción alguna la plaza, pues habia sabido que pronto se intentaría un ataque general, lo que produjo una griteria y confusión poco menor que si se hubiese tratado del mismo temido ataque general.

Habian estado durante tan largo tiempo perplejos con las falsas alarmas que no se habian cuidado de precaverse contra el peligro real.

Muchos de los que poseian mobiliarios y

objetos de valor carecían de los medios para llevarlos fuera, y, en suma, parecía que debía considerarse entonces muy feliz aquel que sólo tenía que cargar con su cama y salir andando.

Creíase por el pueblo que la guerra se había convertido entonces en una lucha de exterminio y que si los patriotas vencían no habían de dar cuartel á nadie, ni aun á los más infelices. Muchos del poblacho de Talcaguano, que tan á menudo había resultado ser la piedra de esquina de los patriotas, se hallaban reunidos aquí, creyendo que ellos, menos que nadie, tenían motivo para esperar perdón y reconciliación.

Veíase á éstos salir del pueblo en grupos, en su mayor parte mujeres y niños, sin rumbo fijo y sin más provisiones que escasamente las necesarias para el día. La situación de muchas de las mujeres, en absoluto destituidas de socorro, era aflic-tiva por extremo. A algunas se les veía salir con uno ó dos chiquillos colgados a la espalda y llevando de la mano sus útiles de cocina.

La familia con quien vivía, con todo, no sentía ninguno de estos temores. Había pasado ya más de una vez por semejantes

escenas como las que se temían, sin ser molestada, resolviendo así quedarse donde estaba, sucediese lo que sucediese. Sin embargo, como entonces no había más remedio que salir, comenzó desde luego á hacer sus preparativos, instándome para que yo ejecutase otro tanto y la acompañase.

Habiendo enviado por mulas y caballos al fundo de campo de un amigo que estaba cerca, tratóse luego de decidir el camino que debíamos tomar y el lugar adonde pudiéramos retirarnos. Después de mucho discutir, se resolvió que no nos alejásemos de los alrededores, trasmontar el cerro y cruzar el río á cerca de cuatro millas más arriba, para llegar á un cortijo donde algún tiempo antes se habían refugiado varios de sus amigos. Luego nos pusimos todos á la obra de arreglar las cargas de las mulas, tarea que se terminó pronto, por cuanto era muy poco el equipaje que se había desencajonado en San Pedro.

La mayor parte de las cargas estaban ya en camino en las primeras horas de la tarde, seguidas de las señoras, algunas á pie y otras á caballo, escoltadas por los arrieros. Yo me quedé atrás para ver cargar las mulas cuando volviesen segunda

vez por el equipaje que no pudo ir en este primer viaje. Sali de San Pedro al caer de la noche, dejando la aldea casi del todo desierta. De la gente que se hallaba reunida aquí la semana anterior, apenas si quedaban veinte personas, además de los soldados. Después de una caminata poco agradable, llegamos, cerca de las nueve, al sitio en que nuestra caravana estaba acampada. Encontré á las señoras sentadas sobre los colchones y esteras, bajo un árbol corpulento, y en parte dentro de una tienda de campaña formada por frazadas y manteles colgados de las ramas y sostenidos por estacas. Algunas jugaban con los chicos, otras tomaban mate, y en lugar de hallarlas medio muertas de fatiga por el cansancio y las incomodidades, según creí, estaban charlando tan alegres y animadas como si se encontrasen en los salones de su casa. A algunos pasos de distancia y debajo de otro árbol chisporroteaba el fuego en que los cocineros se hallaban preparando la cena. La novedad de la escena añadía cierto atractivo á la noche, cual si la gastásemos tan agradablemente como cualquiera de las que juntos habíamos pasado en medio de todas las diversiones de San Pedro. Después de cenar comenza-

mos á sentirnos un tanto cansados de las fatigas del día, de modo que dándonos las buenas noches con la mayor seriedad, nos retiramos á nuestros respectivos apartamentos formados por diferentes hileras de cajas y baules, olvidándonos pronto de si en el mundo habia realistas ó patriotas.

Al amanecer nos levantamos para comenzar nuestras tareas. Lo primero era construir una casa. A este intento se envió á buscar algunos trabajadores de la vecindad con quienes se ajustó luego el contrato, en virtud del cual, por ocho duros se comprometían á fabricar con la mayor rapidez una casa grande, cómoda y á prueba de lluvia.

Miéntas se reunían los materiales necesarios, tuve ocasión de inspeccionar nuestro nuevo domicilio. Estábamos en un pintoresco vallecito de menos de cien varas de anchura, lleno de pasto y poblado de árboles frutales y encerrado entre el río y los cerros. Un novelista lo habria llamado sitio verdaderamente romántico. Sólo se divisaba una casa, que por su tamaño parecia más bien una cabaña. En ésta se hallaban los amigos de nuestra gente que habían salido un día antes, y que eran la hermana, sobrinas y otras parientes del

Provisor ó Deán de la Catedral de Concepción, que inmediatamente después de la primera alarma se fueron de San Pedro para Arauco. Eran personas amistosas y atrayentes.

Antes de mediodía el aspecto del cielo parecía indicar que una tormenta se aproximaba, considerándonos, en vista de esto, muy afortunados en haber podido prepararnos tan á tiempo un refugio. Apurábase el trabajo, de modo que antes de oscurecer estaban casi terminados una extremidad, un lado y parte del techo de la casa. Mientras tanto, nosotros nos ocupábamos en transportar los baules y utensilios á nuestra nueva habitación, tarea que no logramos terminar, sin embargo, sino largo tiempo después de haber comenzado la lluvia, que más tarde se hizo torrencial, proporcionándonos el prospecto de la noche que debíamos pasar para poner á prueba el buen humor, que muchas damas acostumbradas toda su vida al regalo, no habrían soportado tan fácilmente.

En realidad poco ganamos con haber dejado nuestra refugio del árbol. Merced á las esteras y pieles estábamos perfectamente resguardados del viento, pero el techo resultaba no pasar de ser un cedazo.

A la hora de la cena no había un solo sitio seco en la casa en que poder colocar la mesa. Las señoras, sin embargo, no suspiraban con el viento ni lloraban con la lluvia. Cenamos como de costumbre y pasamos la noche sin más cuidado que el de conservarnos tan secos y abrigados como fuera posible.

En esta época del año, las tormentas, aunque á veces violentas, no son nunca de larga duración, de modo que cuando nos levantamos en la mañana siguiente brillaba un sol espléndido. Pareció entonces que hubiesen cesado todos nuestros trabajos. La casa estuvo pronto concluída, hallándonos en ella tan confortablemente instalados como en San Pedro, pero en sitio mucho más pintoresco. Unidas las dos familias, formaban una reunión suficientemente grande y quizás tan agradable como la que hubiese podido escogerse en la provincia. El paisaje que ofrecían los alrededores era variado y hermoso, y así gastamos buena parte del día en recorrerlos. Por la noche recibíamos siempre la visita de las patrullas que venían á tomar algún refresco y á traernos las noticias del día.

Gozábamos por el momento de mucha

más tranquilidad de la que podíamos esperar en aquellas circunstancias, siendo nuestro único deseo por entonces que pudiésemos permanecer así hasta que el estado de los negocios públicos se consolidase.

De este modo habíamos pasado cinco días sumamente agradables cuando se nos hizo saber un bando del oficial que mandaba en San Pedro, en que disponía que todos los que se hallasen de este lado del río debían retirarse inmediatamente á Arauco, bajo pena de ser considerados y tratados como enemigos del Rey, y que al mismo tiempo quedaba á retaguardia una guerrilla para ver si la orden se cumplía. Esta noticia era tan inesperada, como lo fué de mal recibida por nosotros, pues retirarnos con una familia como aquella á un sitio tan distante, sin escolta ni medios de transporte, parecía imposible. Si nos quedábamos atrás, nos veíamos obligados á ocultarnos, é incurriríamos, además, en el desagrado del Rey, á quien, después de Dios, á muchas de esas señoras se les había enseñado á temer.

Comencé entonces á pensar con verdadera pena en que tenía que separarme de esta interesante familia. Resuelto á no

acompañar más contra mi voluntad á una guerrilla en retirada, con la perspectiva de soportar otro sitio, comencé á hacer mis preparativos en esta conformidad. Un joven comerciante de Concepción, acompañado de su mujer, se habia venido á establecer junto con nosotros y vivian en un pequeño cobertizo que estaba adyacente á una de las paredes de la casa. Era realista convencido, que creia que las cosas se aproximaban ya á su desenlace, que pronto se libraria un combate, y que Sánchez, victorioso, estaria en camino para Concepción. Unimosnos á fin de efectuar nuestros preparativos para ocultarnos en los bosques. Auxiliados por un anciano trabajador, pronto encontramos un sitio en la falda del cerro, como á una milla de la casa, donde creimos que era difícil que nos descubriesen, aunque nos buscasen. Trabajando con tesón, en las primeras horas de la noche trasladamos nuestros baules y equipaje sin tropiezo alguno, y allí nos quedamos hasta que amaneció. Mi amigo y yo regresamos por la mañana para informarnos del estado de las cosas y prestar á la familia los auxilios que pudiésemos, dejando sola á la señora en el cerro. Encontramos á nuestra gente sumamente

triste y abatida, temerosa de quedarse y sin los medios de moverse. La mañana se pasó en una indecisión abrumadora. Antes de mediodía llegaron á la casa dos soldados, trayendo la noticia de que la guerrilla de los realistas se habia retirado de San Pedro, que habia llegado un destacamento patriota, y que ellos eran enviados por don Manuel González en busca de la familia, con encargo de invitar á todos á que se fuesen á sus casas en Concepción. Los soldados que dieron estas nuevas los conocimos desde el primer momento como realistas. A uno de ellos le habia tratado yo algunos meses atrás. Habian desertado y pasádose á los patriotas hacia sólo dos días, y González, que era comisario general del Ejército en Concepción y hermano de una de las señoras á quienes acompañábamos, les habia despachado con aquella comisión.

Nacia ahora otra dificultad ante la sospecha de que estos hombres formasen parte de la guerrilla que vagaba por aquellos alrededores y que hubiesen sido enviados con el propósito de sondear los propósitos de nuestra caravana y quizás para comprometernos seriamente. Se les contestó con recato, dándoseles á entender que co-

mo ellos confesaban que recién habían cambiado de bando, no se podía prestar mucha fe á lo que decían. Los soldados pidieron entonces que se les diese un plazo para probar que decían la verdad, y se fueron. En la noche regresaron con una carta de don Manuel, recomendando que ninguno de la partida pensase en alejarse de allí sino que regresasen todos en el acto á Concepción, donde serian recibidos con agrado y se les darian cuantas facilidades y protección fuesen necesarias. Envió á la vez una proclama impresa del Director Supremo en que invitaba á todas las clases sociales á regresar á sus hogares, garantizando la seguridad y protección de sus personas y el libre goce de sus propiedades y haciendas. Parecia con esto que no podia ya dudarse acerca del partido que habia que seguir y sin embargo la decisión final adoptóse con extrema hesitación por parte de la señora y de varios otros de la familia, quienes se estremecian sólo ante la idea de recibir salvaguardia y protección de manos de los enemigos de su rey. Al fin, con todo, comenzamos nuestros preparativos para la mudanza. Fuíme en el acto á la montaña para trasladar mi equipaje é informar á mi amigo, que se

habia vuelto alli, de cuanto pasaba y para invitar á él y á su esposa á que nos acompañasen á la ciudad. Pero á esto no quisieron siquiera prestar oído, pareciendo resueltos á esperar el desenlace de los acontecimientos, confiados en que Sánchez entraria pronto triunfante en Concepción.

Los soldados habian recibido orden de don Manuel de que en caso que nos resolviéramos á cruzar el rio fuesen inmediatamente á San Pedro en busca de una lancha y que regresasen donde nos hallábamos para que desde ahí nos fuésemos embarcados. A la mañana siguiente temprano llegó la lancha hasta muy cerca de la casa, con la correspondiente guardia de soldados, pilotos, etc. Con ayuda de los soldados, en breve nuestro equipaje estaba á bordo, y á las nueve de la mañana nosotros y nuestros vecinos de la casa navegábamos hácia Concepción.

Yo esperaba con no pequeño interés lo que ese dia iba á suceder. Durante los dieziocho meses últimos habia vivido en contacto con realistas de todos grados y condiciones, en diferentes partes y en situaciones varias, pero, salvo al través de las rejas de las cárceles, ó de alguna lejana

altura, jamás habia visto á los que se llamaban patriotas. Seguimos con rapidez la corriente, cercanos á las orillas, hasta que llegamos á San Pedro, donde cambiamos nuestro rumbo derechamente á la ciudad. Cuando habiamos cruzado poco más de la mitad del rio, salió á encontrarnos un pequeño bote en que venian cuatro ó cinco oficiales. Se acercaron á nosotros, saltaron inmediatamente á la lancha, saludaron á las señoras con gran cordialidad, felicitándose de la honra que les cabia de escoltarlas en persona á la ciudad. Eran altos, de presencia agraciada y hermosa y estaban vestidos de gran uniforme. Al llegar al desembarcadero, como á una milla de la ciudad, encontramos notable concurso de oficiales, soldados y otras personas. Don Manuel se hallaba allí esperándonos, con ocho ó diez soldados, que habian traído caballos para que las señoras se trasladasen á la ciudad. Había también mulas para cargar el equipaje, de modo que luego nos dirigimos á casa de don Manuel, á la que llegamos cerca de las once. Fuimos allí obsequiados con vino, frutas, etc., y después de media hora gastada muy agradablemente, dejé á mis compañeros para ver é indagar lo que ocurría

en la ciudad. De los primeros á quienes reconocí, al penetrar á la plaza, fueron mis dos jóvenes amigos con quienes habia vivido tan largo tiempo y sufrido tanto el año último. Habían llegado esa mañana de Penco, en busca de algunos de sus parientes que se hallaban de este lado con los realistas. Se sorprendieron muchísimo cuando me vieron. Ignoraban no solamente que yo me hallaba en Concepción, pero ni siquiera tenían idea de que pudiera hallarme con vida. Se creía en Penco que habia sido asesinado y abandonado en la montaña la noche que salimos de allí. Esto nacía probablemente de la muerte de un joven patriota que fué ultimado en aquellos alrededores pocos días antes por la misma guerrilla, por haber hecho alguna resistencia y negándose á gritar «viva el Rey». El hecho se me habia aplicado á mi con algunas circunstancias adicionales y aún se puso en noticia del Gobierno, y así mi muerte se habia añadido á la lista de las atrocidades cometidas por el ejército realista. Después de mutuas felicitaciones, nos fuimos al palacio á hacer una visita al intendente-gobernador, ó gobernador-general, que es amigo del mayor de estos jóvenes. Fuimos recibidos con gran cordialidad, estuvimos en conversación durante

media hora, con extrema cortesía, y al despedirnos nos hizo ¡infinitud de ofrecimientos, etc. El intendente Freire, aunque joven, ha sido una de las figuras más prominentes de la revolución. Era amigo y protegido de D. Juan Rozas, comerciante de Concepción, bastante rico, de influencia y de talento, bajo cuyos auspicios fué guiada la revolución durante los primeros tiempos en la provincia. Freire habia cruzado varias veces los Andes y tomado desde un principio parte activa en la guerra. Tenía la reputación de oficial entendido y valiente, y es, además, caballeroso y de excelente figura.

Después de pasar un dia bastante agradable en Concepción, nos volvimos en la noche á Penco. Si el elemento masculino se sorprendió al encontrarme, las mujeres se asustaron muchísimo cuando me vieron. Tenían mi cama y equipaje, que allí habían quedado, muy bien embalados y listos para ser enviados en primera ocasión al cónsul de mi país en Valparaíso con una relación de mi desaparecimiento.

Luego, sin embargo, me prodigaron un afectuoso recibimiento, sentándonos á una mesa bien provista, tanto para conversar como para confortarnos. Ellas también habían sufrido mucho después de mi par-

tida. La casa había sido visitada por varias guerrillas que buscaban á los jóvenes y que se llevaron casi todo lo que contenía. Aquéllos no habían salido nunca de su escondite de la montaña, habiéndose retirado luego las señoras á una pequeña choza distante del camino donde habían permanecido hasta una quincena antes de mi llegada. Hallélos á todos en buena salud y felices ante la expectativa del bienestar y seguridad futuras.

1.º DE MARZO 1819

Nos hallamos á una hora de camino de Concepción, que he visitado varias veces después de mi vuelta. Los patriotas emigrados están regresando en número considerable y la ciudad comienza de nuevo á presentar su aspecto de vida y animación. He visto ahí bastantes oficiales, y entre ellos algunos que acaban de llegar del teatro de la última acción cerca de Los Ángeles, por quienes he sabido la suerte que corrió Sánchez y soldados é indios que le seguían.

Poco antes de salir de San Pedro, recibí una citación del fiscal del ejército real para que me presentase en seguida en los Angeles á fin de prestar mi declaración en

un consejo de guerra que debia celebrarse para juzgar á algunos oficiales del regimiento á que pertenecía la guerrilla que me habia hecho prisionero; pero en virtud de haber escrito al gobernador (Cavada) obtuve autorización para declarar en San Pedro, y al hacerlo así, escapé á no pocas molestias y sinsabores. A principios de Enero, el ejército patriota, fuerte de cerca de tres mil hombres, salió de Santiago, entró en la provincia sin oposición y marchó directamente á Chillán, distante cerca de veinte leguas de Los Ángeles, esperando encontrar allí á Sánchez con sus fuerzas y librar una batalla. Sánchez, en efecto, habia avanzado hasta ese punto, pero se retiró nuevamente á los Angeles, dejando en aquella plaza como cuatrocientos soldados y un cuerpo de indios. Después de algunas escaramuzas con las avanzadas patriotas, esas fuerzas se replegaron también sobre Los Ángeles. Los patriotas continuaron inmediatamente su avance y llegaron á Los Ángeles antes de que Sánchez (que, según parece, desesperaba ya de oponer una resistencia eficaz) hubiese terminado sus preparativos para retirarse al otro lado del Biobío. Los patriotas le alcanzaron en el momento mismo de vadearlo, haciendo una carnicería

considerable en sus tropas. Algunos centenares de soldados y muchos de los vecinos de los Ángeles se ahogaron al intentar vadearlo.

Durante la noche, estando Sánchez acampado en la orilla opuesta, dispúsose que un destacamento patriota cruzase más abajo el río, que subiese hasta el campamento realista y le atacase por sorpresa. Sánchez, sin embargo, noticioso de estos movimientos, tuvo tiempo de abandonar sus posiciones y se retiró apresuradamente al territorio indígena, no sin perder parte de sus bagajes y municiones. Apoderáronse entonces los patriotas de Los Ángeles, donde encontraron grandes cantidades de trigo, vino, aguardiente y tabaco y asimismo numerosos rebaños de vacas y carneros que pastaban en las vecindades. Los indios, mientras tanto, huyeron en todas direcciones, haciendo imposible su persecución. Así concluyó toda abierta resistencia á la causa patriota en Concepción.

Freire, el gobernador y comandante en jefe, salió de Santiago con el ejército, del cual se separó en Talca á orillas del Maule, á mitad de camino de Concepción. Tomó allí otra dirección y con cerca de doscientos dragones avanzó en derechura á

aquella ciudad, la cual ocupó sin resistencia. Estas fueron las tropas que vimos primero en San Pedro.

El ejército se halla ya en marcha á Santiago, después de dejar guarnecido á Los Ángeles y de enviar un refuerzo de seiscientos ó setecientos hombres de infantería á Freire en Concepción.

Esta fuerza se considera suficiente para guardar el orden en la provincia.

Los puestos militares del otro lado del río se hallan aun en poder de los realistas y hace pocos dias algunos destacamentos de indios se han presentado frente á Concepción, pero no creo que la fuerza que hay aquí, si ocurre ocasión favorable para un levantamiento, sea suficiente para sofocarlo. Las mismas familias patriotas de Concepción no se manifiestan tranquilas por su seguridad, y las que son de Talcahuano aún no se atreven á trasladarse allí.

He conversado también con muchos de los oficiales que se hallaron en la dispersión de Cancharrayada y después en la famosa batalla de Maipú, de la cual estuvo pendiente la suerte de Chile. Los relatos de estas acciones difieren en sustancia poco de lo que antes habia oído á los realistas.

El ejército patriota estaba acampado en

Cancharrayada, á cerca de tres leguas de Talca y del rio Maule. Se componia, incluyendo dos ó tres mil milicianos, á lo menos de trece mil hombres, bien equipados y disciplinados, la caballeria bien montada y la infanteria bien armada, mandado por San Martín como general en jefe, que habia ya demostrado ser valiente y afortunado, y animado por la presencia de la persona del Supremo Director. El ejército realista, á las órdenes de Osorio y Ordóñez, se habia aumentado en su marcha con voluntarios y soldados que estaban escondidos en la provincia desde la anterior derrota de los realistas, y consistia á su llegada al Maule de más de seis mil hombres. En la mañana del 19 de Marzo, los realistas cruzaron el rio sin oposición, juzgando entonces los patriotas que los tenían ya completamente en su poder. En las primeras horas de la tarde se verificaron algunas escaramuzas entre las avanzadas de ambos ejércitos, en las que los realistas llevaron la peor parte y tuvieron que replegarse. San Martín habia resuelto librar un combate general en la mañana siguiente temprano. Mientras tanto, dispuso una cena abundante y algunos refrescos para la tropa y que los caballos estuviesen bien comidos y preparados para la acción del siguiente dia. En

esto se ocupaba el ejército, teniendo sus armas en pabellón, y los caballos desensillados, cuando la caballería enemiga se lanzó sobre ellos, seguida por el resto del ejército. La sorpresa fué tan completa que no se pudo tomar una sola medida, ni hacer un solo movimiento para resistir. El ejército entero se dispersó en el acto casi por completo, huyendo en todas direcciones, sin orden, disciplina ni cohesión alguna. Unos cincuenta ó sesenta hombres fueron muertos cuando trataban de huir y muchos salieron heridos, y entre éstos el mismo Director Supremo. Toda su artillería, municiones y bagajes, muchos caballos y como dos mil fusiles cayeron sin resistencia en poder de los realistas. Al cuarto día de este suceso llegó San Martín á Santiago, y al siguiente el Director Supremo, por diferente camino, pero sin soldados y casi sin séquito. En la ciudad todo era, mientras tanto, confusión y tumulto, pues nadie se hallaba preparado para semejante desenlace. Los extranjeros que allí estaban cargaron de prisa sus efectos y salieron para el puerto á fin de embarcarse; una gran parte de la población se preparaba para cruzar los Andes y el desaliento y la desesperación reinaban por doquiera.

Fué entonces cuando San Martín des-

plegó una decisión y energía de carácter que manifestaron que era digno del puesto que ocupaba: reunió á los principales vecinos, arengó al pueblo, puso la milicia sobre las armas y animó á los soldados, logrando al fin calmar el sobresalto que habia é inspirar confianza y esperanza á todos. A todo esto, las tropas, con excepción de quinientos ó seiscientos soldados que cruzaron la cordillera, se dirigian á la ciudad por diferentes caminos é iban llegando por horas á centenares. Formóse en el acto un campamento en las afueras de la ciudad: los que habian perdido sus armas ó caballos, recibieron otros; reorganizóse de nuevo el ejército, y á los ocho dias de haber llegado á la ciudad, San Martín se encontró otra vez á la cabeza de diez mil hombres resueltos á borrar la mancha que empañaba sus armas, ó á perecer en la demanda.

Mientras tanto, Osorio embarazado por su artillería y detenido por numerosos rios y esteros que carecian de puentes, podia sólo avanzar con lentitud en su marcha á la capital. Su ejército aumentóse aún por voluntarios á quienes su reciente triunfo inducia á alistarse bajo sus banderas, y á quienes proveyó con las armas que había tomado á los patriotas. En dieziséis dias

anduvo setenta y cinco leguas, hasta llegar á seis de distancia de la capital. Su ejército, fuerte entonces de cerca de ocho mil hombres, cruzó el río Maipú en la noche del 4 de Abril, y continuando su marcha acampó en las primeras horas de la mañana del 5 sobre uno de los cerros que limitan el valle en que está situada Santiago, y como á tres leguas de la ciudad. Allí colocó su artillería y dispuso sus fuerzas en orden de batalla para esperar el ataque. Durante estos movimientos, Freire que mandaba un cuerpo de observación, le hostigó constantemente, y evitando un encuentro, había gastado toda la noche y la mañana en escaramuzas.

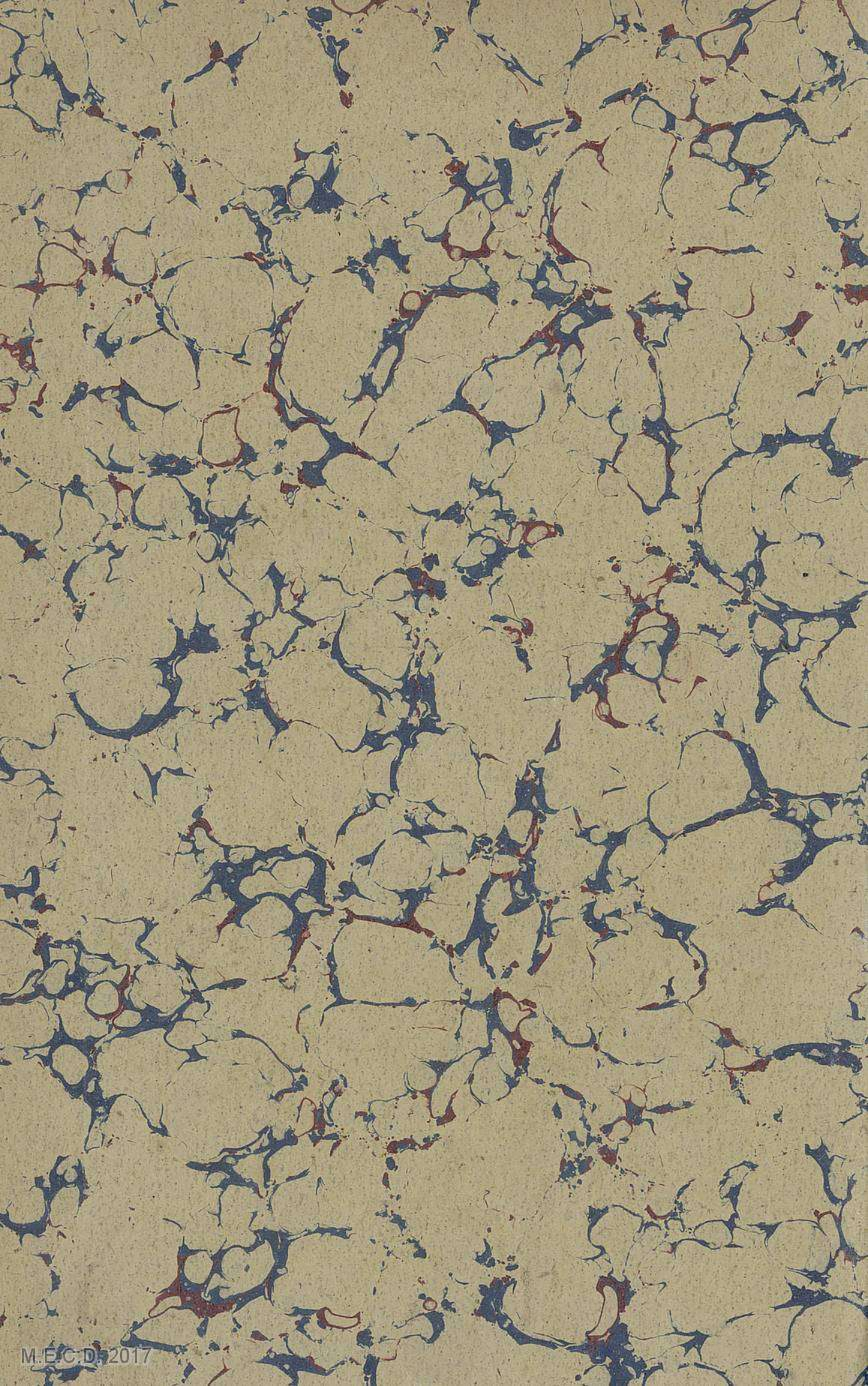
A todo esto, el grueso del ejército patriota había pasado la noche en descanso, y en la mañana siguiente temprano fué abundantemente socorrido de cuanto podía necesitar para su comodidad. Antes de las siete, marchaba á encontrar al ejército realista para decidir de un solo golpe la lucha entre la libertad é independencia y la esclavitud y el despotismo. A las nueve ambos ejércitos se hallaban á tiro de fusil, frente uno á otro, sin que los patriotas sufriesen mucho de los tiros de la artillería realista. La acción comenzó entre el regimiento de Burgos, compuesto de veteranos

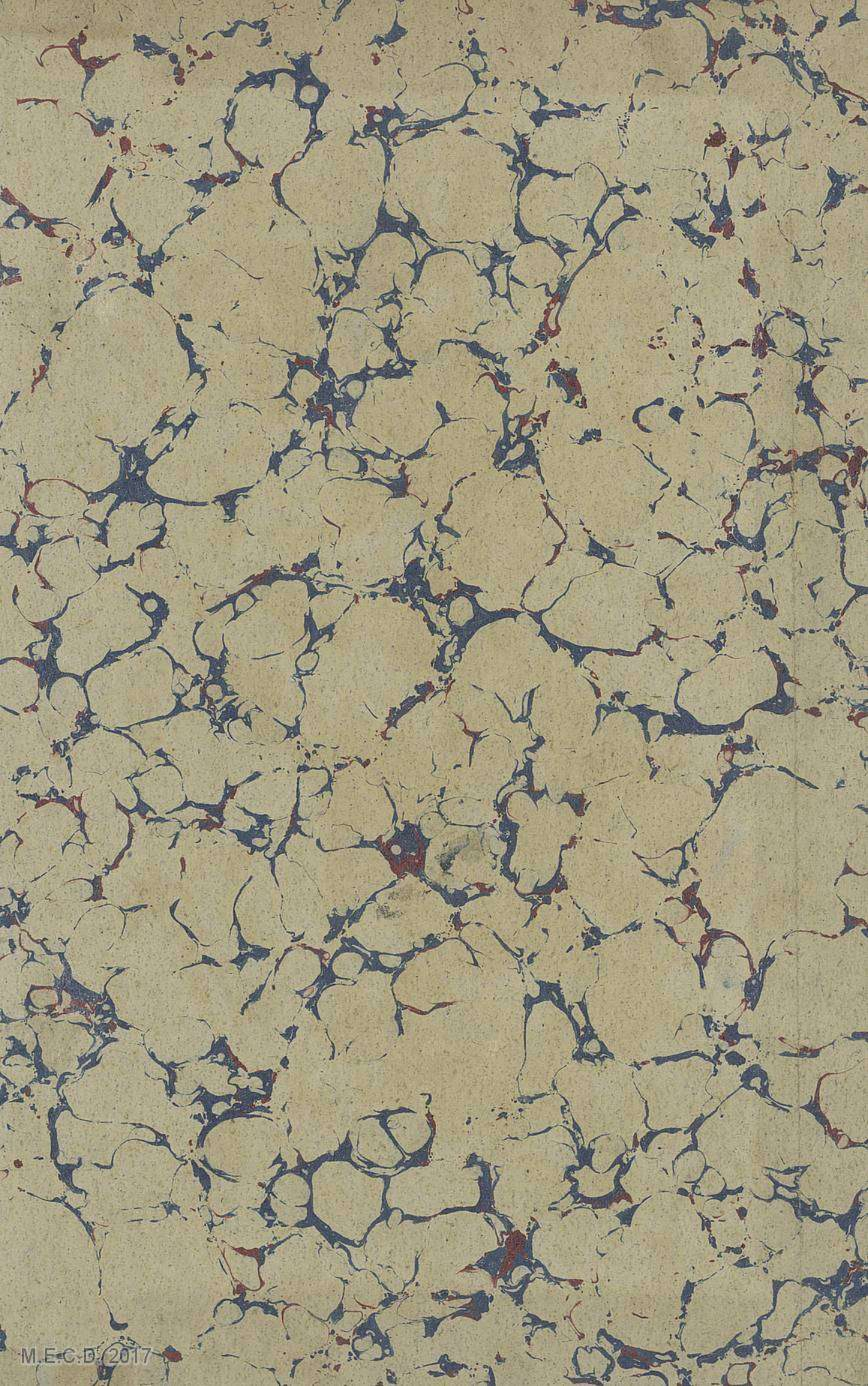
españoles, que protegía la artillería, y el número ocho de los patriotas, formado en su totalidad de negros, y el que después de lucha encarnizada, cedió y se puso en fuga. Los españoles comenzaron á perseguirles con ardor; una división patriota recibió entonces orden de cargar sobre la artillería, de la cual se apoderó pronto por completo. Siguióse luego un fuego graneado, que duró cerca una hora en toda la línea, después del cual los ejércitos se estrecharon y la batalla se decidió á punta de bayoneta y al filo de los sables. A las once rindióse Ordóñez con cerca de trescientos cincuenta hombres, que eran todos los que quedaban del regimiento que habia peleado tan valientemente á sus órdenes en Talcahuano. Morgado, que mandaba la caballería, se entregó casi á la misma hora, y casi al mismo tiempo también, se supone que Osorio se dió á la fuga. La matanza en el campo de batalla continuó hasta cerca de la una, y la persecución y carnicería de los fugitivos todo el día. Del ejército realista, tres mil, incluyendo los heridos, fueron hechos prisioneros, y se supone que escaparan unos mil; los demás quedaron tendidos en el campo de batalla. Las pérdidas de los patriotas se calculan en tres mil, entre muertos y heridos.

No tengo noticia de ningún combate en todo el curso de nuestra revolución que fuese tan manifiestamente decisivo de la suerte de una nación como fué éste: el tiempo, lugar y circunstancias bajo las cuales se verificó, todo contribuye para asignarle un interés poco común. Se dice que casi todos los hombres que había en Santiago salieron de la ciudad y fueron testigos de esta lucha desesperada. Después que Osorio regresó á Talcahuano, recuerdo haber oido decir á uno de sus oficiales que cuando aquél divisó con su anteojo la muchedumbre inmensa que seguia al ejército patriota y casi llenaba la llanura, suponiendo que eran milicianos ó cuerpos de reserva, exclamó: «estamos perdidos sin remedio». Los prisioneros que se habian rendido fueron conducidos á la ciudad en la tarde de aquel mismo dia, y los que fueron tomados mientras trataban de huir, estuvieron llegando constantemente durante varias semanas después. La victoria fué celebrada en Santiago con pompa triunfal y el mes entero se pasó en continuados festejos.

FIN.







AECID-BH



BH000000102631

1 (8) 1000

CHILE
EN
1817-1819

DIARIO
DE
UN NORTE-
AMERICANO

9107(83)
Día

J.V.N.

M.E.C.D. 2017